

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio de Historia

Mujeres y poder en Bizancio, a través de la mirada de Ana Comneno

Tesis que para obtener el título de licenciada en Historia presenta:

Daniela Pastor Téllez

Núm. de cuenta: 30010318-6

Asesora: Dra. Clara Inés Ramírez González

Ciudad Universitaria, Julio 2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos a modo de dedicatoria.

A pesar de que esta tesis fue escrita en largas noches de soledad, tuve un gran número de personas que me ayudaron y que sin su apoyo este trabajo no hubiera visto la luz, es por esto que esta tesis está dedicada a cada uno, sin importar el orden de aparición.

En primer lugar quisiera agradecer a Clara Ramírez por la paciencia, consejos y apoyo que me brindó a lo largo de toda mi carrera, y por haberme dado su tiempo y energía al asesorarme esta tesis. También quiero externar mi gratitud a Gerardo López y a la señora Mari, de la coordinación, por haberme ayudado en cada uno de los obstáculos que me generé en la carrera.

En un plano más personal quiero dedicar esta tesis a las dos personas más importantes de mi vida: mi madre, Blanca Pastor, y mi hermana, Valeria Jáidar. Gracias por haber sido y ser un apoyo incondicional, pero sobre todo, gracias por el amor que me han dado; sin ustedes ni esta tesis ni yo existiríamos hoy. Además quiero agradecer a mi matriarcal familia, por apoyarme y emocionarse con estos pequeños pasos que he dado.

Esta tesis también es producto de aquellos que me han rodeado con su cariño y apoyo sin pedir nada a cambio; aunque ya no sean cercanos, acaben de entrar en mi vida o sean demasiados años de historia común, este trabajo también se los dedico porque sin sus palabras de aliento y cariño me habría vuelto loca en este proceso. Por la falta de espacio, y porque no encuentro las palabras, no puedo mencionarlos a todos, por lo que prefiero hablar en general y no cometer el error de no mencionar a alguno, pero bien saben lo que siento por cada uno y lo que significan para esta tesis y en mi vida: ¡gracias amigos!

Índice

| | |
|---|----|
| Introducción | 5 |
| 1. Una revisión historiográfica | 8 |
| 1.1. Panoramas generales para profesionales | 9 |
| 1.1.1. Alexander Vasiliev | 9 |
| 1.1.2. Georg Ostrogorsky | 12 |
| 1.1.3. Louis Bréhier | 18 |
| 1.2. Panoramas generales para público amplio | 24 |
| 1.2.1. Karl Dieterich | 24 |
| 1.2.2. Charles Diehl | 30 |
| 1.2.3. Norman Baynes | 34 |
| 1.2.4. Steven Runciman | 37 |
| 1.2.5. John Norwich | 40 |
| 1.2.6. Franz Georg Maier | 44 |
| 1.3. Obra con temática de género: Judith Herrin | 47 |
| 1.4. Conclusiones parciales: Las mujeres bizantinas y su relación con el poder en la historiografía contemporánea | 52 |
| 2. Ana Comneno, una historiadora del siglo XII | 54 |
| 2.1. Ana Comneno, una princesa bizantina | 54 |
| 2.1.1. La vida de Ana Comneno | 54 |
| 2.1.2. La educación de Ana Comneno | 59 |
| 2.2. Ana Comneno y <i>La Alexiada</i> | 61 |
| 2.2.1. Las razones y objetivos de la escritura de <i>La Alexiada</i> | 62 |
| 2.2.2. Fuentes | 65 |
| 2.2.3. Cronología | 68 |
| 2.2.4. Dios en la historia | 70 |

| | |
|---|-----|
| 2.2.5. El manejo de los hechos | 72 |
| 2.2.5.1. Temáticas abordadas | 73 |
| 2.2.5.2. Objetividad o la búsqueda de la verdad | 77 |
| 2.3. La utilidad de la obra de Ana Comneno para el estudio de las mujeres y la política | 82 |
| 2.3.1. Los personajes de <i>La Alexiada</i> | 84 |
| 2.4. Conclusiones parciales: La importancia de Ana Comneno y de su <i>Alexiada</i> | 95 |
| 3. El papel de las mujeres dentro del Estado bizantino, según Ana Comneno | 97 |
| 3.1. Características de la mujer aristócrata | 98 |
| 3.2. Diferencia entre los géneros en el papel imperial | 100 |
| 3.3. Los roles femeninos en Bizancio | 102 |
| 3.4. Campo de acción política de las mujeres bizantinas | 107 |
| 3.4.1. La figura de la <i>basilissa</i> | 107 |
| 3.4.1.1. Las características de la <i>basilissa</i> | 108 |
| 3.4.1.2. La soberanía de la <i>basilissa</i> | 111 |
| 3.4.2. Otras formas de acción: el poder detrás del trono | 114 |
| 3.4.3. El matrimonio, un arma diplomática | 118 |
| 3.5. La doctrina legitimista | 121 |
| 3.6. El gineceo, un espacio femenino | 127 |
| 3.7. Conclusiones parciales: Las mujeres bizantinas y el poder político | 130 |
| Conclusiones | 135 |
| Bibliografía | 144 |

Introducción

Hoy por hoy podemos observar que el escenario político aún conserva cierta rigidez; en cierta medida, la mujer es discriminada, se cuestiona su capacidad de detentar una posición dentro de la esfera pública y se le niega un lugar de mayor acción y poder dentro de la estructura del Estado. Este hecho discriminatorio nos obliga a detenernos en la historia y buscar cuál ha sido el papel de la mujer dentro del ámbito de la política y cómo ha evolucionado la relación del género femenino con ese poder.

La presente investigación tiene como principal objetivo responder a esta problemática. Sin embargo, buscar la respuesta a tan complejo problema en el inmensurable mar de la historia resulta humanamente imposible, por lo que es necesario buscar algún enclave determinado que nos guíe en la búsqueda de esa respuesta. A ello se debe la decisión de circunscribir el análisis al papel de las mujeres dentro de la estructura política de un Estado, en este caso, del bizantino; Bizancio abre un nuevo horizonte en el estudio de la relación de las mujeres con el poder político, ya que se observa un papel más activo –o más visible– de las mujeres dentro de la esfera política; además, el Imperio bizantino es una civilización que sentó algunas bases para la estructura estatal de Occidente, por lo que no debería resultarnos tan ajeno y “exótico”.

Evidentemente no podemos iniciar el estudio propuesto sin tomar en cuenta que la estructura y las relaciones de poder dentro del Imperio bizantino, como dentro de todo movimiento histórico, se fueron modificando a lo largo de los once siglos que duró dicho imperio. Por lo anterior, se ha decidido limitar el estudio a la época del primer emperador de la dinastía Comneno, Alejo I, esto es, a finales del siglo XI y principios del XII.

La decisión temporal obedece a la importancia de la fuente primaria con que se cuenta, *La Alexiada*; se trata de una obra escrita por la princesa Ana Comneno, hija del emperador Alejo I, y redactada en años posteriores a la muerte de este. Ciertamente, la obra tiene un carácter panegírico, pero eso no merma la cantidad e importancia de la información que contiene; usaremos la fuente con una visión crítica que tendrá en cuenta las dificultades que presenta al historiador contemporáneo.

En el primer capítulo daré cuenta de cómo ha sido vista la mujer en las obras más destacadas sobre el mundo bizantino, escritas durante el siglo XX, para saber en qué medida este estudio puede aportar una nueva visión sobre el tema propuesto. La selección de obras consideradas para el análisis obedece a la importancia y difusión que tienen dentro de los estudios bizantinos en México.

Posteriormente, en el segundo capítulo, se hará un análisis de la fuente primaria en la que nos apoyaremos, esto es, el libro *La Alexiada*. El análisis, tanto de la autora como de su obra, busca mostrar en qué medida dicha obra nos proporciona la información necesaria para realizar la investigación que nos hemos propuesto.

Por último, se presentará la información recabada en la obra de Ana Comneno, contrastada y apoyada con diferentes obras de historiadores contemporáneos; el análisis de la información explicará las características y roles del género femenino, su papel político dentro del Imperio bizantino y las acciones políticas que desempeñó este género; también se valorará hasta qué punto fueron relevantes estas acciones en la historia del Imperio bizantino.

Esta investigación se ha realizado tomando en cuenta, en todo momento, que el estudio sobre el papel de las mujeres dentro de una sociedad resulta una tarea difícil; la dificultad de analizar la posición política de la mujer en una sociedad reside, fundamentalmente, en el hecho de que hay poca información bibliográfica asequible. El propósito de este trabajo ha sido ir construyendo esa historia con los fragmentos que pueden extraerse de las obras que se pudieron consultar. Creo que, si bien las fuentes utilizadas no darán cuenta de la realidad completa de las mujeres aristócratas y su relación con el poder político en el Imperio bizantino, la información que hemos glosado basta, por el momento, para dar una primera respuesta al tema planteado.

Esta investigación no termina con el punto final; por el contrario, se necesita más investigación y el análisis de diferentes tipos de fuentes para ir respondiendo a la pregunta sobre cómo eran las relaciones entre el poder y la mujer en el Imperio bizantino. Por ahora, valga esta primera aproximación, ceñida a una fuente, *La Alexiada*, tal vez la obra de historia más importante escrita por una mujer.

Capítulo 1. Una revisión historiográfica

En el presente capítulo se analizarán las obras de diferentes bizantinistas, para ver cómo los historiadores han abordado el tema de las mujeres durante este imperio y la relación de éstas con el poder político, en el caso de que los autores manejen dicha relación. A pesar de que la mayoría de las obras revisadas no tienen como objetivo principal analizar el papel político femenino, podemos señalar la manera en que los diferentes historiadores contemporáneos interpretaron este fenómeno, ya que por la fuerza misma de los hechos no podían evitarlo.

Es necesario aclarar que las obras analizadas son, solamente, una pequeña muestra del gran universo de los estudios bizantinos; fueron elegidas por la importancia y continuidad de su lectura en México, con lo que no se busca decir que así sea la situación en el resto del mundo, aunque sí se puede afirmar que están tratadas las principales historias sobre Bizancio utilizadas en este país. Se decidió separar las obras según el público al que están dirigidos y la información que contienen, esto es, si son generales para destinatarios estudiosos de Bizancio, monográficas o para lectores de diversos campos, y con temática de género; además, el análisis tiene un orden cronológico.

Conviene advertir que, además de la lectura directa de los textos, se emplearon especialmente las obras de Georg Ostrogorsky y de Alexander Vasiliev por ser fuentes con elementos crítico-bibliográficos que tratan algunos de los textos que fueron utilizados, ya que poseen un resumen analítico de la historiografía bizantina.

1.1. Panoramas generales para profesionales

Dentro de las obras de carácter general, encontramos tres que han sido básicas para el conocimiento, por lo menos en México, del Imperio bizantino, por haber sido muy difundidas. Las obras corresponden a los siguientes autores: Alexander Vasiliev con su libro *Historia del Imperio bizantino*, Georg Ostrogorsky y su *Historia del Estado bizantino* y, por último, Louis Bréhier con su libro en tres volúmenes, *El mundo bizantino*.

1.1.1. Alexander Vasiliev

Georg Ostrogorsky nos dice sobre Alexander Vasiliev que éste es un miembro destacado de la escuela rusa de Vasilievsky y de Uspensky, por lo que continúa con el tema del régimen agrario en Bizancio, temática muy popular e importante dentro de la historiografía rusa sobre Bizancio. Sin embargo, Ostrogorsky también nos señala que Vasiliev se concentra en la historia de las relaciones entre los bizantinos y los árabes entre los siglos IX y X.¹ Su *Historia del Imperio bizantino*, (con su último aumento en la versión inglesa de 1952) es descrita por Ostrogorsky de la siguiente manera: “Esta obra, que goza de una merecida fama, constituye una guía clara y segura para el estudio de la historia bizantina”.²

Alexander Vasiliev es un estudioso bizantinista de principios del siglo XX, con un gran interés por la historia política y la estructura del Imperio bizantino; no aborda directamente la temática sobre las mujeres y su papel dentro del poder imperial; más bien le interesan las acciones y las estructuras que

¹ Ostrogorsky, Georg, *Historia del Estado bizantino*, trad. de Javier Facci, Madrid, Akal, 1984, p. 25.

² *Ibid.*, p. 34. Para conocer cómo Vasiliev habla de su propia obra, *cfr.* Vasiliev, Alexander, *Historia del imperio bizantino*, trad. Juan G. de Luaces, Barcelona, Iberia-Joaquín Gil, 1946, p. 45.

formaban al imperio en general. Sin embargo, no puede evitar hablar de mujeres cercanas al poder o que lo detentaron; en general, muestra a estos personajes femeninos como influyentes sobre los hombres.

Dentro de los casos de mujeres que podemos encontrar en el primer volumen de la obra de Vasiliev, están las típicas figuras femeninas que sobresalieron: Teodora (esposa de Justiniano), Irene y Teodora (esposa de Teófilo, posteriormente canonizada), estas dos últimas por ser acérrimas combatientes de la iconoclastia y, además, Irene destacada por haber detentado el poder imperial. Sin embargo, todas ellas siempre son mostradas sólo como esposas de algún emperador, sin importar que éste haya trascendido o no en la historia y sin atribuir acciones propias a estas mujeres.

Al profundizar en lo anterior, observamos que, para Vasiliev, la relación entre las mujeres y el poder político prácticamente se reducía a la influencia que éstas ejercían sobre sus maridos, quienes detentaban el poder. El caso de Teodora (501-548), la esposa de Justiniano, es el que mejor ejemplifica lo anterior, ya que Vasiliev nos muestra a una emperatriz que actuó sobre el futuro del imperio, pero siempre con el consentimiento de su marido:³

Hizo acudir a Teodora a la corte, la elevó al rango de patricia y a poco casó con ella. Al ser hecho Justiniano emperador, su mujer se convirtió en emperatriz. En su nuevo papel, Teodora se mostró a la altura de la situación, manteniéndose fiel a su marido, interesándose en los asuntos del Estado, demostrando gran penetración y ejerciendo considerable influencia sobre Justiniano en materias de gobierno. [...] Con su sangre fría y su energía extraordinarias, probablemente salvó al Estado de nuevas convulsiones.⁴

Además de esposas, el otro acercamiento que tuvieron las mujeres a la política y a la toma de decisiones fue la regencia, vista por Vasiliev como la

³ *Ibid.*, pp. 163, 176, 189 y 296.

⁴ *Ibid.*, p. 164.

forma legal del gobierno de las mujeres.⁵ En estos casos de regencia, que se debían a la minoría de edad del emperador, Vasiliev pone mayor énfasis en explicar las acciones políticas, sociales y económicas que llevaron a cabo las emperatrices regentes; se ocupa particularmente de las dos mujeres que lucharon contra la iconoclastia: Irene (c. 752-803, gobernó del 797 al 802) y Teodora, esposa de Teófilo (†867); a esta última, Vasiliev la diferencia de Irene por haber cedido parte de su poder a un hombre, su favorito, y no habérselo usurpado, posteriormente, a su hijo.⁶

Con el caso de la emperatriz Irene se rompe totalmente el esquema que nos ha marcado hasta el momento el bizantinista ruso, ya que, al haber sido ésta la primera mujer que detentó el poder de manera independiente y en calidad de gobernante suprema, se acaba la idea propuesta por el historiador de la emperatriz vinculada al marido emperador; el mismo Vasiliev llega a dudar y busca una explicación, a la que llama el mecanismo de ficción y que llamaríamos proceso de inmasculación:⁷

El caso de Irene plantea un problema importante: ¿Podían las mujeres asumir el poder supremo en el Imperio bizantino, reinando en el más amplio sentido de la palabra? Desde la época de la fundación del Imperio las mujeres de los emperadores llevaban el título de «Augusta» y durante las minorías de sus hijos desempeñaban las funciones del poder imperial, pero siempre en nombre de sus hijos. Ella [Irene] fué un verdadero [*sic*] autócrata. Semejante fenómeno significaba una innovación en la vida bizantina y una innovación opuesta en absoluto a las tradiciones seculares del Imperio. Es interesante notar, al respecto, que en los decretos y documentos oficiales, Irene no es calificada de «emperatriz», sino llamada «Irene, el emperador (basileus) fiel». Según los conceptos de la época, sólo un emperador, es decir, un hombre, podía legislar oficialmente, y por eso hubo que adoptarse la ficción que hacía un emperador de Irene.⁸

⁵ *Ibid.*, p. 339.

⁶ *Ibid.*, pp. 317 y 339.

⁷ Schweickart, Patrocinio, "Leyéndo(nos) nosotras mismas: Hacia una teoría feminista de la lectura", en Fe, Marina, *Otramente: lectura y escritura feministas*, México, FCE-PUEG-FFyL, 2001, p. 127 y ss.

⁸ Vasiliev, *op. cit.*, pp. 296 y 297.

En la anterior cita, podemos apreciar que para Vasiliev el gobierno de una mujer sólo era posible si se aceptaba la ficción de hacerla hombre. Además, considera que el gobierno de una mujer iba en contra de las tradiciones políticas del imperio. Al seguir este razonamiento, cerrado ante la evidencia de una mujer que detentó el poder, Vasiliev cae en juicios de valor sobre el personaje de Irene, llamándola ambiciosa y usurpadora, entre otros términos peyorativos.⁹

1.1.2. Georg Ostrogorsky

Por su parte, para Alexander Vasiliev, la obra de Ostrogorsky es considerada muy importante dentro de la historiografía sobre Bizancio.¹⁰ Coincidiendo con la opinión de Vasiliev, se ubicó el texto de Ostrogorsky dentro de las obras generales por ser de las más extensas (en cuanto a la longitud del tiempo histórico que analiza) y detalladas que existen actualmente, también es una de las más citadas por otros autores que buscan estudiar el tema del Estado bizantino y su historia.

En general, Ostrogorsky expone una historia política y socioeconómica desde el punto de vista de las acciones del emperador. Por lo anterior, muestra la figura de la emperatriz siempre en relación con el emperador; esta relación entre los emperadores no es vista como una relación de iguales, sino, en la mayoría de los casos, como relaciones diplomáticas, por alianzas matrimoniales, en las que el emperador era la figura principal y la emperatriz sólo una herramienta diplomática.

⁹ *Ibid.*, pp. 296 y 334.

¹⁰ *Ibid.*, p. 35. Ciertamente la obra de Vasiliev es anterior a la de Ostrogorsky; sin embargo, la edición utilizada para esta investigación es una edición posterior (1946), hecha de la traducción francesa (1932) que fue revisada y ampliada por el propio autor.

Sin embargo, cuando presenta a alguna mujer sobresaliente, Ostrogorsky parece imparcial, tratando las acciones de gobierno de ésta como si fueran de un *emperador*. Además, el autor siempre muestra a las emperatrices reinantes apoyadas por algún consejero y casi siempre como las figuras secundarias durante la regencia por minoría de edad del emperador, con lo que pretende darnos la idea de que una mujer en el gobierno sólo es la última opción.

Como ejemplificaciones de lo anterior, encontramos las figuras de Irene, Teodora y algunas de las mujeres Comneno. Empecemos por el desarrollo que hace de Teodora, ya que Irene es un caso especial. Teodora no aparece en escena como la esposa del emperador Teófilo, sino como la madre y regente del siguiente emperador, su hijo Miguel III. Su regencia la tiene compartida con Tecla, la hermana mayor del joven emperador, pero Tecla sólo fungía en asuntos oficiales y de protocolo; los asuntos políticos y de administración del imperio los dirigía Teodora, en nombre de Miguel y de ella misma, pero siempre apoyada y aconsejada por su familia y por personal masculino cercano.¹¹ Ostrogorsky la muestra como una emperatriz con un gobierno tranquilo, que no dejó de ser enérgica, pero que, por intentar quedarse con el poder y también mantener la tutela sobre la vida íntima del emperador, se vio “obligada a soltar las riendas del gobierno”.¹²

Las mujeres Comneno, son un caso diferente. El reinado de Alejo I Comneno (1048-1118, gobernó del 1081 al 1118) es considerado por Ostrogorsky como un gobierno fuertemente organizado y con una gran

¹¹ Ostrogorsky, *op.cit.*, pp. 226 y 229. Al final de las explicaciones del gobierno de Teodora, Ostrogorsky sostiene que “el verdadero jefe de Estado” había sido el *logoteta* del dromo, Teoktistos.

¹² *Ibid.*, p. 229.

capacidad política, tanto fuera como dentro del imperio; el emperador fue capaz de cambiar al sucesor del trono, que iba a ser su yerno (Constantino Ducas, comprometido con su hija Ana) por su hijo Juan, para fortalecer, de esta manera, la autoridad imperial y crear la dinastía Comneno;¹³ además, la descripción de este caso evidencia cómo, para Ostrogorsky, es mejor que gobernara un hombre a que lo hiciera una mujer, ya que contrapone las figuras de los dos hijos del emperador Alejo, dando preferencia a la imagen de Juan; por una parte, muestra a Ana como una mujer orgullosa, ambiciosa y terca que termina sus días en un monasterio; por otro lado, presenta a Juan II como el mayor soberano de la dinastía Comneno y a la par lo describe como “un hombre recto, de carácter firme y de una nobleza de sentimientos que le hace sobresalir entre sus contemporáneos”.¹⁴

A pesar de lo anterior, Ostrogorsky nos muestra el “talón de Aquiles” de Alejo I, las mujeres, y lo hace con cierto tinte fatalista. Alejo Comneno fue “presa” de las mujeres que lo rodeaban tanto en lo pasional (María de Alania o Irene Ducas), como en lo político (su madre que llegó a tener la regencia, su esposa y su hija Ana). Sin embargo, el autor no considera que esta gran influencia femenina sobre el emperador se haya debido a las características de dominación de las mujeres que lo rodeaban; más bien cree que se debió a la debilidad del emperador ante ellas, ya que, incluso en su lecho de muerte, Alejo casi fue persuadido de dejar a Ana en el trono y aunque no cedió ante los esfuerzos de madre e hija, nunca se negó rotundamente.¹⁵

¹³ *Ibid.*, pp. 369 y 370. Cabe aclarar que sólo en estas dos páginas aparecen las mujeres que tienen tanta influencia en el emperador, según nos dice Ostrogorsky.

¹⁴ *Ibid.*, p. 370.

¹⁵ *Idem.* Sin embargo, la actividad de estas dos mujeres llevó a que la subida al trono de Juan tuviera la apariencia de golpe de Estado.

Con todo, esta visión antifemenina no impide que el autor acepte la importancia de la obra de la princesa Comneno como fuente primaria sobre la época de Alejo I, ni le impide apreciar los grandes conocimientos de la autora, tanto sobre las ciencias que cultivó, como sobre los acontecimientos políticos que la rodearon.¹⁶

Irene, esposa de León IV, es descrita como figura fuerte y enérgica ante un emperador débil.¹⁷ Ostrogorsky muestra cómo Irene desarrolla la ambición como una nueva faceta durante la regencia de su hijo Constantino VI. De manera formal, Irene compartió el gobierno, en un papel secundario, con su pequeño hijo, pero en los hechos Ostrogorsky la plantea como una gobernante cabal que se organizó y luchó, aun en contra de la política impuesta por su difunto esposo.¹⁸

Ostrogorsky asegura que se dio un cambio completo en Irene cuando su hijo alcanzó la mayoría de edad: de ser enérgica y con una política fuerte e independiente, se volvió ambiciosa, aconsejada por otros, lo cual nos lleva a pensar que, para Ostrogorsky, ella no era capaz de tener decisiones propias, pese a tener como contrincante a un hijo débil y maleable. Irene decidió por su hijo en sus asuntos personales, buscó por todos los medios deshacerse de él, hasta que, finalmente, lo mandó cegar para quedarse con el gobierno. Todo esto crea una imagen de mujer desalmada y adicta al poder, capaz de pasar por encima de cualquiera con tal de alcanzar su meta última.¹⁹

Irene mantuvo para sí misma el título de emperador (se designaba *basileus*, no *basilissa*). Esto ha parecido sumamente extraño a historiadores

¹⁶ *Ibid.*, p. 345.

¹⁷ *Ibid.*, p. 184.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 185-187.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 188-189.

como Ostrogorsky: “En esta época en la cual el oficio de emperador, por tradición romana, parecía inseparablemente ligado a la función del mando supremo del ejército, el derecho de una mujer a ejercer este oficio era al menos dudoso”.²⁰ Pero cabe la pregunta de por qué una mujer no podía ejercer el mando supremo del ejército, tomando en cuenta de que en el Imperio bizantino no era necesario que el gobernante estuviera presente en el frente de batalla.

Debido a la gran fuerza de carácter de Irene, se puede suponer que su gobierno fue enérgico. Ostrogorsky nos la muestra como una mujer débil, mala administradora y que gobernaba mediante procederes populistas y por favoritismo.

Para asestarle el golpe mortal a la figura de Irene, Ostrogorsky confronta las decisiones tomadas en el gobierno de la emperatriz con las de gobiernos sucesivos, sobre todo con el subsiguiente de Nicéforo I, con el cual “hubo de nuevo a la cabeza del Imperio un soberano capacitado”.²¹ Sin embargo, estas comparaciones sólo las establece en los momentos en que Nicéforo tuvo una decisión acertada mientras que Irene, en ese mismo campo, cometió un error; nunca aparecen dichas comparaciones en las situaciones desafortunadas para el emperador, además, en esos casos, muestra con gran detalle cómo las condiciones no eran favorables al soberano.²²

Una de estas comparaciones, y tal vez la más desafortunada de Ostrogorsky, se refiere a la ruptura de Occidente con el Imperio bizantino del año 800. El autor plantea que una de las causas de esta separación fue el hecho de que en Bizancio gobernaba una mujer, mientras que Occidente se fortalecía bajo el reinado de Carlomagno o, en palabras del autor: “La tragedia

²⁰ *Ibid.*, p. 189.

²¹ *Ibid.*, p. 194.

²² *Ibid.*, pp. 195-202.

del antiguo imperio fue que en el momento de encontrarse su destino en manos de una mujer y de eunucos, el reino franco estaba encabezado por uno de los mayores soberanos medievales”.²³

Sin embargo, esta aseveración no va de acuerdo con sus explicaciones siguientes. En primer lugar, Carlomagno buscó unirse con el Imperio bizantino mediante lazos matrimoniales, ya fuera entre ambos soberanos o entre sus hijos, para que, de esta manera, se lograra la legitimación de su gobierno en Occidente.²⁴ En segundo lugar, y siguiendo la visión del desarrollo histórico puntualizada por propio Ostrogorsky, la separación definitiva entre Occidente y Oriente se dio diez años después, bajo el reinado de Miguel I, quien fue el que aceptó y legitimó a Carlomagno como emperador.²⁵ Por último, Ostrogorsky resume que la ruptura del imperio se debió, más que nada, a la política eclesiástica de Constantinopla que permitió que el Papado de Roma, ayudado por el reino franco, tuviera un pretexto para deslindarse de la tutela bizantina:

La política eclesiástica de los emperadores iconoclastas y su falta de interés en la parte occidental del Imperio precipitó la separación entre Bizancio y Occidente, provocando así las circunstancias que llevaron, a través de la fundación de los Estados Pontificios, a la coronación de Carlomagno.²⁶

En suma, podemos observar que para Ostrogorsky las mujeres aparecieron en la escena de la política bizantina sólo cuando el emperador fue débil, influenciado o un niño. A su vez, en su desarrollo político, esas mujeres se volvieron ambiciosas, pecadoras, torpes y nunca dejaron de estar acompañadas de una figura masculina; y en el caso de que las mujeres

²³ *Ibid.*, p. 191.

²⁴ *Ibid.*, pp. 193 y 194.

²⁵ *Ibid.*, p. 207. Cabe aclarar que para Ostrogorsky la decisión de reconocer a Carlomagno no fue por voluntad del emperador Miguel I, más bien fueron las circunstancias las que lo orillaron a tomar esa decisión.

²⁶ *Ibid.*, p. 224. Irene, en cambio, nunca siguió una política iconoclasta.

detentadoras del poder no se ajustaran a estas características, el autor busca alguna explicación alterna a “tan extraño” acontecimiento.

1.1.3. Louis Bréhier

Ostrogorsky nos describe a Louis Bréhier como uno de los estudiosos que forman parte del gran auge francés de estudios bizantinísticos, a finales del siglo XIX y principios del XX.²⁷ Además, habla de su obra *El mundo bizantino* (donde la historia bizantina es tratada desde tres diferentes ámbitos históricos: político, institucional y cultural) como una de gran magnitud, que ha ayudado a todos los estudiosos de Bizancio ya que “Estos tres volúmenes destacan por su gran solidez e información”, por lo que considera que crea un cuadro completo sobre la vida bizantina en sus distintas manifestaciones.²⁸

A continuación analizaremos los dos primeros tomos de esta magna obra: *Vida y muerte en Bizancio* y *Las instituciones del Imperio bizantino*. No se analiza el tercer tomo (*La civilización bizantina*) ya que contiene información sobre las formas de vida de los diferentes círculos sociales de Bizancio y que son ajenos al tema que nos interesa, ya que el enfoque a estudiar en el presente trabajo es de aspecto histórico-político. Ciertamente, en esta tercera parte existe un capítulo donde Bréhier nos relata la vida privada de los emperadores, pero sólo a través de anécdotas que reiteran la información obtenida en sus dos obras anteriores.

²⁷ *Ibid.*, p. 23.

²⁸ *Ibid.*, p. 35.

Vida y muerte en Bizancio

Este primer tomo, *Vida y muerte en Bizancio*, de la gran obra de Louis Bréhier, se enfoca en las cuestiones de gobierno. Es una síntesis de los diferentes períodos políticos que vivió Bizancio desde su nacimiento hasta su agonía con la invasión otomana en el siglo XV.

Dentro de este texto se aprecia que las mujeres no constituyen un tema de interés. Para el autor, la política está hecha por los hombres, y son los hombres los que gobiernan y hacen la historia. Sin embargo, a lo largo del tomo se pueden notar ligeros destellos de presencia femenina.

Estas figuras femeninas se presentan, en su mayoría, como acompañamiento de la parte masculina que detenta el poder; es tan imperceptible su importancia que ni sus nombres se mencionan; se les conoce como “doncellas insignificantes”, entre otras formas despectivas. Los casos de mujeres con mayor importancia –por lo que merecen aparecer en la obra de Bréhier en más de tres palabras– son aquéllos en que las mujeres gobernaron, por circunstancias muy determinadas. Describo algunos ejemplos de este último tipo.

Irene, siendo la esposa de León IV, es llamada por Bréhier como “una oscura provinciana iconódula”.²⁹ Sin embargo, aparece como figura importante en el momento en que ejerció el poder durante la regencia de su hijo. El autor presenta a una Irene regente fuerte, enérgica y ambiciosa, pero prudente en el gobierno, y, a su vez, una madre totalmente dominante, que se dejó llevar por los consejos de personas ajenas a la familia imperial. No obstante, esta imagen

²⁹ Bréhier, *El mundo bizantino. Vida y muerte de Bizancio*, México, UTEHA, 1956, (Colección “La evolución de la humanidad”, Sección segunda, “Orígenes del cristianismo y Edad Media”, tomo XLVIII), p. 74.

está contrapuesta con la del emperador Constantino VI, que se exhibe como débil y torpe.³⁰

En la siguiente etapa de la vida de Irene, es decir, desde el momento que se coronó como emperador (*basileus*), se percibe un atisbo de sorpresa por parte del autor, debido a la novedad del acontecimiento. Es en este punto donde Bréhier evidencia que, según su visión de la historia bizantina, la normalidad se refiere a que las mujeres transfirieran el poder y no lo detentaran, y en el caso de que lo usasen siempre fueron acompañadas de una figura masculina.³¹

El caso de Teodora se adapta más a lo anteriormente expuesto: Teodora asumió el poder imperial por medio de la regencia, gobernó con asistencia masculina y, cuando empezaron las conjuras, dejó el poder y se recluyó en un monasterio³² (lo cual se diferencia de la exposición de Ostrogorsky, quien sostiene que la obligaron a dejar el poder).

Por su parte las mujeres Comneno ejemplifican otros campos de acción femeninos; estas mujeres buscaban poner la diadema imperial sobre la frente de sus familiares a toda costa, sacando provecho máximo de sus alianzas matrimoniales y manipulando a sus propios hijos, sin importarles incluso la interrupción de los últimos minutos del emperador moribundo. Otra forma de participación política fue las conjuras palatinas; en éstas, las mujeres actuaban activamente, ya fuera buscando convencer (mediante alianzas) o eliminar radicalmente el obstáculo (mediante asesinato).³³

³⁰ *Ibid.*, pp. 75-78.

³¹ *Ibid.*, p. 79. Otro ejemplo de esta lectura de los hechos es la insistencia del autor sobre el hecho de que Irene siempre mostró carácter más bien de emperador, que de emperatriz.

³² *Ibid.*, pp. 98-100.

³³ *Ibid.*, pp. 259 y 282.

Sin embargo, para Bréhier, las alianzas matrimoniales y la familia no fueron tan importantes como las acciones políticas y militares del emperador:

Por su madre, Ana Dalassena, y por su segunda esposa, Irene Ducas, prima de Miguel VII, [Alejo I] estaba vinculado a las casas más poderosas de la nobleza bizantina. Pero más aun que a su nacimiento debía su ascensión al trono a los eminentes servicios que había prestado al Imperio como su mejor caudillo militar.³⁴

En suma, con esos acontecimientos Bréhier nos muestra que el ejercicio del poder político era propio del “mundo masculino”; las mujeres aparecieron en este campo de manera esporádica y fueron, generalmente, sorprendentes excepciones que no mermaron el brillo del mundo masculino ya que fueron ellas las que tuvieron que adaptarse a este mundo.

Las instituciones del Imperio bizantino

La segunda parte de la obra de Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, es más descriptiva que la anterior. Se centra en una exposición muy detallada de los elementos de diferentes instituciones bizantinas, entre ellas la del poder imperial.

Es notorio que, para el autor, el poder imperial es detentado sólo por el hombre (de hecho, así se denomina el Libro I), por lo que, tanto la emperatriz y los hijos, como los demás familiares, quedan reducidos a un segundo o tercer plano.

Se aprecia que la figura más importante es el emperador. Así lo demuestran Bréhier y otros historiadores. Y es que desde los comienzos del orden bizantino se estableció la creencia de que en el emperador se unían la idea del poder del soberano romano y la creencia en la divinidad única y suprema del cristianismo; debido a lo anterior, se llegó a concebir la

³⁴ *Ibid.*, p. 259.

cosmovisión de que si había “un solo Dios en el cielo, un solo emperador en la tierra [debía existir]”,³⁵ un emperador que dominara a todos los pueblos de la Tierra para convertirlos al cristianismo y, de esta manera, garantizar el imperio de Dios único y masculino.

Como consecuencia de este concepto, según el cual el emperador está ligado a la divinidad con lazos tan fuertes como es el ser su representante terrenal, resulta inconcebible para Bréhier la idea de una ley de sucesión al trono, ya que Dios dispone quién va a ocupar su cargo de dominio terrenal; sin embargo, por la naturaleza providencial del poder imperial, el emperador podía asociar a un heredero al trono y, de esta manera, establecer una dinastía divina.³⁶ Siguiendo con lo anterior, observamos que la mujer entra en escena, con un papel netamente secundario y sólo como una herramienta para preservar a la familia en el poder: es vista sólo como mujer que da a luz al siguiente emperador.

Limitándose únicamente a Bizancio, vemos que cualquier soldado de fortuna, cualquier hombre de origen humilde que alcanzaba el trono trataba de asegurar su sucesión a los suyos y de fundar una dinastía.³⁷

Pese al lugar secundario que les asigna, Bréhier presenta a las emperatrices como una versión, en femenino, del emperador, aunque con menor campo de acción. Además, el hecho de que la emperatriz apareciera en las monedas y utilizara los zapatos púrpura, demuestra que tenía poder soberano y dignidad imperial; en efecto, su importancia la hacía merecedora de

³⁵ Bréhier, Louis, *El mundo bizantino. Las instituciones del Imperio bizantino*, México, UTEHA, 1956, (Colección “La evolución de la humanidad”, Sección segunda, “Orígenes del cristianismo y Edad Media”, tomo XLIX), pp. 3 y 4.

³⁶ *Ibid.*, p. 5.

³⁷ *Ibid.*, p. 16.

adoración por parte de los dignatarios y el pueblo, de manera similar a la que gozaba el emperador.³⁸

Sin embargo, a pesar de ser una figura pública, Bréhier nos muestra que la emperatriz no tenía muchos espacios externos, no digamos de acción, sino de aparición. Según este autor, la mujer bizantina empezó a explorar el mundo externo a la casa a partir del contacto con Occidente, esto es, desde siglo XI.³⁹

Otro ámbito de “participación” femenina, según el autor, fueron los lazos matrimoniales: las mujeres de la aristocracia bizantina eran utilizadas como arma política, ya que al casarlas con altos dignatarios y uniéndolas a las poderosas familias bizantinas se atraía a éstas al círculo imperial, para impedir, de esta manera, guerras palatinas; ya para el siglo X, proliferó la práctica de casar a las princesas bizantinas con los príncipes occidentales y ortodoxos para evitar más enemigos y conseguir alianzas.⁴⁰

En resumen, podemos apreciar que, para Bréhier, la mujer ocupa, dentro de la institución del poder imperial, tanto un papel de arma política, sobre todo mediante las uniones matrimoniales, como de recurso para crear o continuar las dinastías, por tener hijos o por heredar un poder que cederán a algún hombre. Son raras las excepciones de mujeres que valen por sus actos dentro de la visión de Bréhier; todas sus figuras femeninas están acompañadas por alguna masculina que le quita el papel protagónico.

La perspectiva de Bréhier continúa en la línea de que son pocos los hombres que hacen la historia y sólo desde las altas esferas; las mujeres

³⁸ *Ibid.*, pp. 24 y 62.

³⁹ *Ibid.*, p. 25. Cabe destacar que para Bréhier, Bizancio practica “bárbaras costumbres” y que gracias a su contacto con Occidente civiliza muchas de sus instituciones. Por otra parte, el autor no deja de contraponer al Occidente medieval con Bizancio, buscando que este último se parezca a alguno de los reinos occidentales.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 33 y 34.

únicamente aparecen acompañando a estos grandes hombres; la mujer promedio ni siquiera aparece.

1.2. Panoramas generales para público amplio

Por obras de divulgación entendemos todas aquéllas que son utilizadas por el público en general, es decir, que no son especializadas. Suelen ser producto de ciertas preocupaciones del momento histórico de cada autor o son de fácil acceso para el público general o para los estudiantes. Dentro de los autores que se utilizan en este punto están: Karl Dieterich, Charles Diehl, Norman Baynes, Steven Runciman, John Norwich y Franz Georg Maier.

1.2.1. Karl Dieterich

Figuras bizantinas, del investigador alemán Karl Dieterich, es una obra escrita en 1908, cuando el estudio de Bizancio se vuelve sumamente importante, ya que “la cuestión de los Balcanes”, que desembocará en la Primera guerra mundial, está en todo su apogeo; según el parecer de Dieterich, el estudio de la historia y de los personajes de Bizancio ayuda a entender la situación de las dos Europas. Esto se explica con las reiteradas comparaciones, con frecuencia en detrimento de Bizancio, que establece el autor entre éste y las culturas occidentales, sobre todo la de Francia, porque el estudio de Bizancio ayuda a entender tanto el desarrollo medieval de Occidente como el desarrollo de Oriente; Bizancio es el espacio donde convergen estos dos mundos tan distintos.⁴¹

⁴¹ Véase, Dieterich, Karl, *Figuras bizantinas*, trad. Emilio Sadia, Madrid, Revista de Occidente, 1927, pp. 12-19. Las comparaciones se hacen sin importar la diferencia de momentos históricos, cayendo en graves anacronismos que se perciben a lo largo de la obra.

Debido a que, según el historiador, se puede aprender de las cuestiones del pasado, se nos plantean figuras históricas totalmente paradigmáticas dentro de la vida del Imperio bizantino, es decir, emperadores que fueron grandes estrategas, unificadores o militares, además de un clérigo y un humanista y, para completar el cuadro, tres figuras femeninas.

Dieterich se refiere a esas tres figuras femeninas como irrelevantes en cuanto a personajes históricos representativos por sus acciones, más bien responden a la importancia que tenían las mujeres en Bizancio, “aunque más por lo bello que por lo débil”.⁴² Sin embargo, la selección, un poco arbitraria, presenta tres figuras históricas importantes: una emperatriz (Teodora), una monja (Casia, siglo IX) y una humanista (Ana Comneno), quienes tuvieron tal trascendencia que en el siglo XXI todavía se habla de ellas.

Debido a los intereses del presente trabajo sólo nos enfocaremos en aquellas que vivían dentro del círculo palaciego, esto es, la emperatriz Teodora y la princesa Ana. Analizando detenidamente estas dos figuras esbozadas por Dieterich encontramos que éste no intenta mermar la importancia de las actividades de cada una de ellas, simplemente las asume como parte del mundo de los hombres que lo complementan o cambian ligeramente su rumbo.

En la figura de Teodora podemos observar una evolución del personaje. Mientras Dieterich habla de Justiniano, muestra a su esposa como la parte de la vida del emperador que le daba fuerza: “Desde luego, sin esta mujer, muy superior a él en energía y carácter, nunca Justiniano hubiera sido Justiniano”.⁴³ Sin embargo, esta idea se queda de lado en el momento en que Dieterich describe a Teodora solamente.

⁴² *Ibid.*, p. 21.

⁴³ *Ibid.*, p. 32.

Dieterich expone a Teodora como una figura emblemática, la cual muestra una evolución muy particular: en un principio como una mujer de poca moral, por su vida de bailarina del circo, pero astuta e inteligente; después, siendo emperatriz, Teodora “fué [sic] para Justiniano el mejor apoyo y estímulo”; finalmente, Teodora adquirió poder y lo usó, por lo que ya “la vemos intervenir en el gran escenario de la política del Estado”.⁴⁴

El autor alemán presenta a la emperatriz reinante como un ser vengativo, por no decir sanguinario, que llegó a exceder los límites del sentido común, incluso poniendo en riesgo al Estado. Según Dieterich, esto se debió a que “A la sazón era ella la mujer todopoderosa, y quería demostrar a los hombres su omnipotencia, humillándolos, como ellos la habían humillado antes”.⁴⁵ En este punto del estudio de la vida de Teodora, Justiniano no es más que un personaje secundario sin valía ni poder; es decir, la figura femenina había eclipsado a la masculina.

Siguiendo su desarrollo vital, Dieterich nos muestra a una Teodora muy cambiada al final de sus días, que actuó en contraposición a su vida anterior: se volvió protectora de mujeres y desarrolló propensión a lo religioso; eran, para el autor, “actos de arrepentimiento y penitencia que ella misma se imponía”, al olvidarse de sus actividades políticas, “comenzó a percatarse Teodora de lo que en ella había de femenino”.⁴⁶ Por lo que vemos que para el Dieterich lo femenino no era compatible con las ocupaciones políticas.

En suma, Teodora es presentada como una “mujer cualquiera” que logró sobresalir con sus actos políticos, lo que la llevó a asumir un rol totalmente

⁴⁴ *Ibid.*, p. 159.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 162. Se trata de una explicación que Dieterich no sustenta en fuente alguna.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 163.

masculino; una mujer que recuperó su feminidad en el momento que se volvió piadosa, tranquila, caritativa y, sobre todo, lejana al mundo del poder:

Sobre la seductora actriz, la dominante emperatriz y diabólica mujer, álzase menos imponente, pero más grata a Dios, la legisladora social y la caritativa Teodora. Si pecó como mujer y como soberana, expió con benéficas y silenciosas obras sus pecados, que le valieron frutos de bendición.⁴⁷

En cuanto a Ana Comneno, es presentada en dos aspectos: como el personaje histórico y como la historiadora. Respecto del primero, Dieterich nos dice que “no era Ana heroína romántica, ni hubiera ofrecido un tipo de protagonista dramático, pero sí era un excelente personaje secundario”.⁴⁸ Esto se debe a que, a pesar de nacer en la Púrpura y de ser hija de dos familias importantes, sus funciones “oficiales” dentro de la vida política del imperio siempre estuvieron a cargo de otras personas, pues fue utilizada en las diferentes confrontaciones en torno a la sucesión de la corona; las personas que la “manipularon”, según argumenta Dieterich, fueron en su mayoría mujeres con grandes ambiciones políticas, como su madre Irene Ducas, quien tenía el deseo de continuar con la línea dinástica de los Ducas, y no la de los Comneno; por lo anterior, decidió casar a Ana con el vástago de la emperatriz anterior, María de Alania quien estuvo casada y tuvo un hijo de Miguel VII Ducas.⁴⁹

Sin embargo, al nacer el primer varón Comneno y morir Constantino Ducas, el regio prometido de Ana, el emperador Alejo decidió casar a su primogénita con un funcionario sin ambiciones imperiales; esta decisión del emperador sobre el matrimonio de Ana se llevó a cabo contradiciendo los deseos de su esposa Irene. La escena de los últimos momentos de Alejo I, que

⁴⁷ *Ibid.*, p. 169.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 185.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 185 y 186.

nos presenta Dieterich, nos muestra a la emperatriz Irene y a la princesa Ana intentando convencer al emperador moribundo de cambiar de opinión sobre la sucesión del trono; según Dieterich, las lamentaciones de las mujeres se debían más a la pérdida de la corona que a la muerte del esposo y padre:

Pero nadie podría sospechar, por el conjunto de esta conmovedora escena familiar, que en los latidos del corazón de un moribundo pudieran medirse más bien las probabilidades de las ambiciones políticas, que los minutos de una vida amada.⁵⁰

Respecto de la Ana historiadora, podemos apreciar un cuadro muy diferente. La obra que escribió sobre su padre, según nos expresa veladamente Dieterich, le dio la inmortalidad que no obtuvo por sus acciones.

Ana, la escritora, la bizantina, era una digna hija de su época, pero, según Dieterich, incluso rebasaba los cánones establecidos: es Ana, la humanista. Esta Ana es vista por Dieterich como una mujer de naturaleza fría, serena, teatral, inclinada hacia lo fastuoso, con una “expresión más varonil que femenina, inteligente sin profundidad”.⁵¹ Sin embargo, el mismo autor plantea una contradicción en el carácter de la princesa: gran escritora, pero a quien sus creencias la hicieron supersticiosa y sin gran profundidad en su vida.

Esa “inteligencia sin profundidad”, como la llama Dieterich, no se encuentra en las subsecuentes páginas descriptivas. Más bien, encontramos una mujer cultivada en las ciencias de su momento, conocedora de los clásicos de la literatura y de la filosofía, incrédula en las supersticiones de su época, lo que la lleva a guardar distancia frente a los “dogmas académicos” y a tener un espíritu libre; es una rara mezcla de lo clásico, lo erudito y lo popular, por lo que Dieterich la llega a ver como una lumbrera:

⁵⁰ C. Neumann en Dieterich, *ibid.*, p. 186. La descripción que hace Dieterich es a través de otras obras de la época (Niketas Akominatos y Zonara), no sólo la de Ana Comneno, pp. 186 y 187.

⁵¹ *Ibid.*, p. 193.

Estos testimonios demuestran que Ana, no sólo recibió una educación sólida, sino que también tenía una inteligencia sana y clara. Y aun cuando no llega a desembarazarse de las creencias extrañas de su época, desde luego permanece muy ajena a toda gazmoñería. Sin exageración se la puede considerar como una precursora de la época de la ilustración.⁵²

Lo único que detuvo a esta “preilustrada”, a decir del historiador alemán, es que también tuvo las limitaciones de su época, un serio fanatismo hacia su Iglesia y su cultura, y un rechazo completo a lo que se desviara de ellas. No obstante, como nos muestra Dieterich, lo que la convirtió en “una cabeza dura” fue su egoísmo, su ambición desmedida, su orgullo, su autovictimización y su terquedad, que también trascendió junto con su obra.⁵³

En general, Dieterich no logra desprenderse de la visión característica de su época hacia lo bizantino, precisamente por eso intenta “adaptarlo” a su mundo: presenta un imperio cargado con un halo de ajenidad y extrañeza al mundo occidental. Así, crea en el lector una imagen de un Bizancio lejano al Occidente medieval y sin repercusiones posteriores. Aunque busca guardar objetividad frente a las figuras masculinas y femeninas, no siempre logra ser el perfecto caballero andante que defiende a éstas últimas de las críticas de los occidentales de inicios del siglo XX, sus contemporáneos; más bien, muestra a las mujeres bizantinas como sanguinarias, frías y muy teatrales, que adquirirían un mejor aspecto ante la historia, es decir, se ajustaban a los cánones occidentales de los roles femeninos, cuando se volvían piadosas y caritativas, más “silenciosas”.

⁵² *Ibid.*, p. 196.

⁵³ *Ibid.*, pp. 204 y 205.

1.2.2. Charles Diehl

Alexander Vasiliev ubica la obra de Charles Diehl como parte de los textos de divulgación y la describe de la siguiente manera: “En su libro *Grandeza y decadencia de Bizancio* (París, 1919), Diehl pinta con brillantez la vida interior bizantina, explica las causas de la grandeza y decadencia del imperio, señala la influencia de la civilización bizantina sobre las vecinas naciones y habla de la herencia bizantina en Turquía, Rusia y los estados balcánicos”.⁵⁴

Por su parte, Ostrogorsky, describe a Diehl como uno de los historiadores que hizo progresar las investigaciones en torno a los temas bizantinos y que creó una escuela de gran auge, entre cuyos discípulos más destacados se encuentra Bréhier; para Ostrogorsky, los trabajos de Diehl son la suma de la erudición, el talento de exposición y la calidad de la investigación.⁵⁵ Sin embargo, en lo que respecta a su obra *Grandeza y servidumbre de Bizancio* (título mal traducido que así quedó en la edición española), Ostrogorsky sostiene que a pesar de que se trata de una historia de la Civilización Bizantina, se comete el error de diseccionar y dejar aislados unos de otros los elementos que conforman dicha civilización y se centra en el estudio del Estado y su desarrollo, cortando la línea de evolución del resto de los aspectos civilizatorios.⁵⁶

La obra de Diehl está dividida en dos apartados en los que busca relatar toda la historia del Imperio bizantino: el primero de ellos trata la formación de dicho imperio; el segundo, su decadencia e influencia posterior en otras civilizaciones. Esta división enfatiza la idea de Diehl acerca de la civilización bizantina, esto es, nos describe un proceso lleno de paradojas y

⁵⁴ Vasiliev, *op.cit.*, p. 35.

⁵⁵ Ostrogorsky, *op.cit.*, pp. 22 y 23.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 35.

contradicciones que conducen a un gran desarrollo y, posteriormente, a una ruina estrepitosa.

Esas contradicciones son ejemplificadas en el ámbito del poder imperial. Diehl nos muestra a un emperador fuerte, autócrata, con pleno dominio sobre todos los niveles del imperio, desde los aspectos políticos hasta los religiosos. El poder imperial de Bizancio, según el autor, se basaba en la organización militar romana, el despotismo oriental y en el concepto del “sacerdote-lugarteniente” del Dios del cristianismo;⁵⁷ por lo anterior, la persona que encarnaba estas tres formas era un ser sagrado y superior a los demás hombres.

El autor hace énfasis en la importancia de la corte imperial, pues, ya que todo depende del favor del príncipe, los cortesanos buscan tener influencia sobre él y si no llegan a lograrlo intentan cambiarlo por otro, de su círculo de intereses, por medio de la intriga y no deteniéndose ante el asesinato. Siguiendo con lo anterior, Diehl nos presenta a los bizantinos como seres despiadados, pasionales y sanguinarios. Lo hace describiendo la corrupción y la intriga dentro y fuera del palacio imperial que mermaba el poder del emperador y de sus allegados:

En aquella corte llena de eunucos, de mujeres, de altos dignatarios ociosos, se intrigaba sin cesar y por todos los rincones, desde el gineceo hasta los cuarteles de la guardia; la preocupación general era el derribar al favorito del momento, y todos los medios se consideraban bueno [sic], el halago y la calumnia, el dinero y el asesinato. Se preparaba en la sombra la caída del ministro dirigente, algunas veces la del propio emperador. Y en aquella atmósfera de la corte había lugar, como es natural, para todas las capitulaciones de conciencia, para todas las retractaciones, para todas las traiciones. En fin, en aquella corte elegante, fastuosa, enamorada de los placeres y las fiestas, en la que las mujeres desempeñaban un papel importante, la moralidad era muy mediana, la corrupción grande, y el

⁵⁷ Diehl, Charles, *Grandeza y servidumbre de Bizancio*, Madrid, Espasa-Calpe, 1963, (col. Austral, 1324), pp. 31-39.

palacio imperial conservó el recuerdo de muchas aventuras resonantes y de escándalos ruidosos.⁵⁸

Con la cita anterior podemos observar que, para Diehl, las mujeres tenían una gran importancia dentro de palacio; tenían influencia sobre el emperador, por estar siempre a su lado, según la costumbre, pero también participaban activamente en las conjuras contra el poder imperial; no obstante, Diehl destaca que esas intrigas no eran realizadas sólo por las mujeres, siempre estaban inmersos en ellas los hombres.⁵⁹

El autor plantea la importancia política de las mujeres sólo en el nivel de influencia o como armas de la diplomacia bizantina.⁶⁰ Para Diehl, eran tan pocas las mujeres con poder político real, que las describe como excepciones que obedecían a circunstancias ideológicas o del momento histórico. Diehl ve con suma extrañeza, al punto de llamarlo estúpido, el modo en que se daba la sucesión del trono con usurpaciones contra la familia imperial, ya que esto permitió que existiesen mujeres que gobernaron y que fueron populares. Parece que, para Diehl, el hecho de que una mujer ocupe el trono es parte de un sistema político corrupto y menos perfecto que el occidental.⁶¹

Además, para este historiador resulta insólito que estas mujeres hubieran sido tratadas de la misma forma que la figura misma del emperador, es decir, como “entes sagrados” y superiores a los que se debía seguir ciegamente y adorar por ser enviados de Dios a gobernar su imperio.⁶² Y así, en el momento de relatar los hechos ocurridos dentro del gobierno de Irene, por

⁵⁸ *Ibid.*, p. 126.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 120.

⁶⁰ Es decir, a través del matrimonio con intereses políticos: “Para afirmar con más seguridad todavía la influencia bizantina en esos vasallos, se les casaba con mujeres griegas”, *ibid.*, p. 55.

⁶¹ “Y en aquella monarquía oriental han reinado *incluso mujeres* –lo que jamás ocurrió en Occidente–; y *esas mujeres* –una Irene, una Teodora, una Zoé– han sido populares.” (las cursivas son nuestras), *ibid.*, p. 38.

⁶² *Ibid.*, p. 34.

ejemplo, Diehl se niega a reconocer los logros de esta emperatriz. Lo presenta como un gobierno débil que sólo merece ser mencionado por haber resuelto la cuestión de la iconoclastia, ya que fue durante su reinado cuando se regresó a la adoración de las imágenes; pero, para Diehl, este hecho no fue obra de la emperatriz reinante, sino el triunfo del partido de los monjes que contaron con el apoyo del gobierno imperial.⁶³ Y es que, para Diehl, las mujeres eran muy influenciadas por los monjes; sentían por ellos un respeto y una atracción que las llevaba a concebirlos como una especie de “salvación” para el imperio y la humanidad que se lograba mediante sus plegarias y penitencia.

[...] explica el profundo respeto que tenía aquella sociedad por los monjes, por los hombres que habían abandonado el siglo para hacerse «ciudadanos del cielo» y que aseguraban con sus plegarias y con sus penitencias la salvación del imperio y de la humanidad; y explica la influencia que esos monjes ejercían sobre las conciencias, especialmente sobre las mujeres.⁶⁴

En general, en la obra de Diehl, las mujeres aparecen en medio de actos sociales, sobre todo en los espectáculos, donde siempre son presentadas como excepcionalmente atraídas por los actos violentos y sangrientos típicos del circo;⁶⁵ por los tormentos, los suplicios de condenados o, incluso, ante el derrocamiento y tortura de un emperador: “Y las mujeres, especialmente, se cebaron a puñetazos en el desdichado”.⁶⁶

En suma, observamos que, para Diehl, la mujer debía restringir su participación al hogar y la familia, ajustarse a la imagen de la madre “consagrada por completo a la educación de los hijos, ordenada, dispuesta, nada coqueta, caritativa y sinceramente devota”. Pero no ve ese papel hecho

⁶³ *Ibid.*, p. 150.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 125.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 124.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 127, se refiere al suplicio de Andrónico Comneno.

realidad ya que “a pesar de la clausura, muy rigurosa en apariencia, de la vida femenina, la corrupción era grande en aquella sociedad”.⁶⁷

1.2.3. Norman Baynes

Según Ostrogorsky, Baynes es el continuador del trabajo de John Bury, quien es el iniciador del “estudio sistemático de la historia administrativa bizantina”. Según nos dice Ostrogorsky, lo más destacado de Baynes son sus trabajos de la “alta época bizantina”.⁶⁸ El libro de Baynes, *El imperio bizantino*, escrito en 1925, responde al momento de un nuevo apogeo de los estudios bizantinos a nivel internacional, esto es, el periodo entre guerras.⁶⁹ Ostrogorsky lo cataloga dentro de los textos de historia de la civilización bizantina, pero considera que comete el mismo error que Diehl, es decir, no estudia al Imperio bizantino en su evolución orgánica sino que, al descomponerlo en secciones temáticas, hace cortes en la exposición de la civilización bizantina; el error particular de Baynes es su énfasis en la evolución del Estado.⁷⁰

El imperio bizantino, de Norman Baynes, muestra de forma muy general un mundo bizantino predominantemente masculino. Esto se debe a que el autor, a través del análisis temático, describe los roles y actividades de los emperadores, tanto en su faceta de la vida cotidiana como en la parte de la administración y defensa del imperio, pero deja de lado a la figura femenina, ya no se diga como un mundo propio, ni siquiera como parte o complemento de ese mundo masculino.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 128.

⁶⁸ Ostrogorsky, *op.cit.*, p. 26.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 27.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 35.

Las pocas líneas donde vemos aparecer a las mujeres son las referidas a la vida jurídica y social del imperio: en estos casos, la mujer bizantina se muestra como inherente al ámbito familiar. Dentro del ámbito jurídico, la mujer bizantina está en pie de igualdad con su marido, tanto en la pareja –en lo concerniente a derechos y obligaciones (divorcio, castigo contra el adulterio y posibilidad de nuevas nupcias)–, como en el nivel familiar más amplio, en lo que conllevaba la educación de los hijos y el manejo de propiedades (decisión de ambos cónyuges sobre el matrimonio, comunidad de la propiedad y herencia a los hijos).⁷¹

Respecto del ámbito social, el autor describe a la mujer como una figura dominante dentro de la casa y con una fuerte influencia sobre la familia, sin que su fuerza y poder sobrepasaran los límites del hogar. Los roles femeninos importantes que se exponen son el de ser madre y el de ser esposa, por lo que, podríamos decir que, para Baynes, la mujer, en términos de vida social, existía sólo en relación con el hombre y dentro de su casa.⁷²

En el tema de la soberanía bizantina, el autor se centra en el análisis de las obligaciones y características que revestía el emperador; la emperatriz solamente figura como auxiliar en la sucesión del trono, es decir, se le relaciona con el poder imperial por su parentesco con el emperador. Cuando las mujeres ascendían al trono, según la explicación de Baynes, era meramente por un sentimiento dinástico; en sus propias palabras: “Fue ese sentimiento dinástico el que llevó a las mujeres al trono imperial [...] Pero el punto verdaderamente interesante de que hay que dar noticia es que nunca se

⁷¹ Cfr., Baynes, Norman, *El imperio bizantino*, México, FCE, 1974, pp. 160-163. Sin embargo, estas explicaciones en torno a la legislación son para la mujer en general; Baynes no trata particularmente las normas que rigen a los emperadores como esposos o como padres.

⁷² *Ibid.*, p. 28.

permitió que llegara a perjudicar la seguridad del estado esta devoción hereditaria a una familia real”.⁷³

A pesar de la parquedad del autor en cuanto a las figuras femeninas de las que habla y la poca importancia que les confiere, sus explicaciones se ven rebasadas por grandes lagunas y contradicciones dentro de su misma obra. Por ejemplo, en su pequeño resumen de la lucha iconoclasta del siglo VIII y IX, Baynes defiende a los emperadores iconoclastas, amen la enumeración de sus grandes acciones, con lo que relega a un papel mínimo, y sólo dentro de la controversia sobre las imágenes, a las emperatrices que hicieron posible la reinstauración de los iconos religiosos, Irene y Teodora, a quienes reduce a una sola “figura” dentro de la frase: “La mujer y el monje obtuvieron el triunfo a la larga”.⁷⁴

Un último ejemplo donde se muestra la poca importancia de las mujeres dentro de la historia escrita por Norman Baynes es el hecho de que en sus dos bibliografías –utilizada y recomendada– sólo hace mención de pocas obras que hablan sobre mujeres bizantinas (siempre emperatrices, nunca subalternas); son textos donde a las mujeres se les toma en cuenta en relación con el emperador, como la obra de J.W. Holmes, *The age of Justinian and Teodora*; más elocuente aún es el casi nulo uso de la obra de Ana Comneno (ya traducida al francés, para aquel momento) a la que sólo cita a partir del trabajo de otro historiador (G. Buckler) en los apartados sobre la vida social y literaria.⁷⁵

⁷³ *Ibid.*, p. 55.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 42. Cabe resaltar que a las únicas que nombra son Irene y Teodora, de las cuales sólo la primera recibe una atención más allá del hecho de ser esposa del emperador.

⁷⁵ *Ibid.*, pp. 196-205. Podríamos resaltar aun más lo anterior tomando en cuenta que en el índice analítico de esta obra no aparezca ningún nombre femenino y éstos estén mencionados en la entrada general: *mujer*.

Norman Baynes continúa con aquel tipo de historia donde los personajes que realizan las acciones, y por ende, los que se consideran más importantes, son los hombres de las altas esferas de la sociedad. Las masas, los grupos minoritarios y las mujeres son parte del contexto de las hazañas de esos grandes hombres, pero siempre como una “escenografía”, nunca como protagonistas o la otra cara de la historia.

1.2.4. Steven Runciman

El libro de Runciman es una buena muestra de lo que es un texto de divulgación: intenta mostrar todos los aspectos de la cultura bizantina, describiéndola con un lenguaje sencillo y comprensible, por lo que no es necesario tener conocimientos especializados sobre cada tema. Para este historiador, el poder político en manos de mujeres no es tema central, más bien es un asunto que analiza, aunque no muy a fondo, para entender aspectos de la civilización bizantina.

Runciman analiza a las emperatrices, no tanto para explicar esta figura política en sí, como para entender el papel del emperador dentro del imperio. A grandes rasgos podemos decir que, para Runciman, una mujer, en teoría, no podía gobernar, ya que ésta era una tarea que excedía sus “capacidades”, porque no podía ser sacerdote ni podía conducir ejércitos; sin embargo, el autor aclara que no había un obstáculo constitucional; más bien, la figura de la emperatriz tenía características propias en cuanto pareja del emperador (sin la necesidad de que fuera su esposa; podía ser su madre, su hermana o una familiar cercana).⁷⁶

⁷⁶ Runciman, Steven, *La civilización bizantina*, trad. A. J. Dorta, Madrid, Ediciones Pegaso, 1942, p. 61.

Runciman distingue dos formas de acercamiento de la mujer al poder: la influencia sobre el emperador y la soberanía de la emperatriz (que no es gobierno).

El historiador-diplomático inglés sostiene que la familia imperial no tenía cargos administrativos como tal, sino que su influencia era más bien extraoficial.⁷⁷ Ciertamente, la figura de la esposa era importante, sobre todo si era coronada emperatriz, ya que, precisamente por ser una herramienta diplomática, el matrimonio con el emperador creaba fuertes lazos entre las dos familias.⁷⁸ Sin embargo, para el autor, había una figura femenina más importante que la emperatriz: “La madre era particularmente respetada”.⁷⁹ Con este personaje, Runciman nos muestra una cohesión familiar más fuerte que implicaba, en el ámbito imperial, una mayor influencia femenina sobre el emperador.

La otra forma en que la mujer tenía contacto con el poder político es aquella que Runciman llama la soberanía de la emperatriz, es decir, su participación en parte de la vida pública imperial, aunque no necesariamente en el gobierno, pues, según él, su participación en el gobierno se daba solamente en casos de regencia.⁸⁰

Runciman considera que el hecho de que hayan existido mujeres reinando solas (Irene, Teodora y Zoé) fue una innovación, aunque “Nunca se consideró que estos reinados femeninos fueran ilegales”.⁸¹ Sin embargo, el autor no puede deshacerse de la idea de que este tipo de gobierno fue una

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 74-76.

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 145 y 184. Además, el matrimonio con alguien de la familia imperial servía para que un usurpador legitimara su posición en el poder; *cfr.*, p. 63.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 181.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 62.

⁸¹ *Ibid.*, p. 63.

anomalía, ya que al presentar a Irene tiende a describirla sólo como emperatriz regente y la trata como a un emperador poco próspero.⁸²

Sin embargo, Runciman menciona otras manifestaciones de poder femenino, ya no “oficiales” o legales, sino más veladas, pero más comunes: por una parte, se encuentra la participación activa de las mujeres en las conspiraciones aristocráticas y, por la otra, encontramos un lugar exclusivamente femenino, donde la emperatriz era la única autoridad, lo que le daba más poder en lo privado que al emperador: el gineceo.

Runciman nos muestra el gineceo como un espacio muy importante dentro de la soberanía imperial: era el lugar de las mujeres, donde se tramaban conspiraciones y donde se controlaba el monopolio de la seda, la tela imperial, entre otras cosas. El autor considera que en este espacio de mayor movimiento dentro de la vida de palacio es donde la emperatriz era más poderosa que el emperador.⁸³

En general, podemos observar que para Runciman, el poder político de las mujeres se concentraba en el palacio, mediante su influencia sobre el emperador y por medio de las conspiraciones de la corte. La forma legal y tradicional en la que la mujer ejercía el poder soberano era como emperatriz regente, en el entendido de que la soberanía no es necesariamente gobierno.

⁸² *Ibid.*, pp. 40 y 41.

⁸³ *Ibid.*, p. 174.

1.2.5. John Norwich

El libro *Breve historia de Bizancio*, de otro historiador-diplomático inglés, John Norwich, es una abreviación de su gran obra sobre el Imperio bizantino⁸⁴ que contiene y relata en orden estrictamente cronológico los hechos políticos de la historia bizantina, desde la fundación de Constantinopla, hasta la caída de ésta en manos de los turcos.

Dado que es un pequeño manual, el autor describe los procesos históricos sin dar referencia explícita de las fuentes en las que se basa; los datos y anécdotas que relata se dan por hecho, lo que eventualmente conduce a que el lector acepte acríticamente los juicios emitidos por el autor. El problema consiste en el hecho de que aceptar esos juicios subjetivos sobre los personajes y sus acciones equivale a percibirlos como sujetos históricos con valores europeos del siglo XX.

Norwich nos dice que busca romper con la idea de un Imperio bizantino lleno de corrupción, asesinato y traición o acabar con el silencio que se cierne sobre dicha civilización; a su vez, intenta dar un reconocimiento a los aportes que Bizancio dio a Occidente, tanto políticos, como artísticos.⁸⁵ Sin embargo, el autor no logra su objetivo, ya que en numerosas ocasiones, y debido a los juicios valorativos que realiza, pinta un imperio inestable y lleno de sangre.

Al ser un libro que se centra en las acciones políticas, los principales agentes de esta historia son los emperadores, a quienes el autor presenta como la única fuente de poder y acción. Siguiendo con lo anterior, las emperatrices –por no hablar de las mujeres que no sean cercanas al trono–

⁸⁴ El *opus magnum* de Norwich está dividido en tres libros: *Byzantium: The early centuries*, *Byzantium: The apogee* y *Byzantium: The decline and fall*. Por primera vez publicados en 1988, por la ed. Viking, en Londres.

⁸⁵ Norwich, John, *Breve historia de Bizancio*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2000, pp. 37-39.

son actores secundarios que apoyan e influncian al emperador, pero no son “sujetos políticos” que tengan poder o capacidad de decisión.

Sin embargo, según Norwich, había varias emperatrices que sí pudieron escapar a esta condición de ser la sombra del emperador, ya fuera por su fuerza, ya por su ambición o egoísmo, y que fueron parte de la toma de decisiones sobre el destino de Bizancio.

Entre estas mujeres encontramos a Teodora, esposa de Justiniano; Norwich nos la muestra como una mujer fuerte y decidida, que más allá de ser la pareja del emperador, se convirtió en una emperatriz con poder de gobierno: Teodora no iba a ser simplemente una emperatriz consorte. Además, Justiniano le dio un lugar preferente con lo que reinó a su lado, tomando decisiones y proporcionándole el beneficio de su consejo en todos los altos asuntos de Estado.⁸⁶

No obstante, la primera impresión que Norwich proyecta sobre dicha emperatriz es la de una mujer que de la más baja extracción social logró ascender al trono imperial merced a que sostuvo relaciones sexuales con diferentes funcionarios.⁸⁷ Siguiendo esta idea, Norwich plantea que, Teodora, por ser una mujer egoísta y manipuladora, solamente pudo gobernar al lado de su marido y decidió no convertirse en la emperatriz madre, por lo que de ella no dependió la decisión sobre el futuro del trono del imperio.

Por otro lado, tenemos a la emperatriz Irene, esposa de León IV y madre de Constantino VI. Para Norwich, esta mujer merece todos los sinónimos que existen de la palabra asesino. No hay párrafo donde la mencione de manera positiva, a excepción de cuando se refiere a su extraordinaria belleza; ni

⁸⁶ *Ibid.*, p. 90.

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 89 y 90.

siquiera puede, simplemente, describir las acciones de su gobierno y sus consecuencias sin ironía; cito por ejemplo, el regreso a la iconodulia:

Aunque resultó ser un gobernante menos capaz [León IV], deben tenerse en cuenta dos crueles impedimentos: uno era la enfermedad que iba a matarlo a los treinta y un años; la otra era su mujer, Irene. Intrigante y artera, consumida por la ambición y siempre sedienta de poder, llevó la disensión y el desastre al imperio, siendo además culpable de uno de los asesinatos más inmundos que recoge la historia bizantina.⁸⁸

Con lo anterior, podemos también advertir que, para Norwich, los defectos de los emperadores son menos atribuibles a ellos mismos que a las mujeres con quienes compartieron la vida, y no sólo la incapacidad de León IV fue culpa de Irene, sino también la pusilanimidad de su hijo Constantino VI. Según Norwich, Constantino solamente fue un títere de su madre hasta el día de su muerte, de la cual, según el autor, Irene fue la única culpable.⁸⁹ El autor apoya su apreciación de Irene basándose también en la impopularidad, e incluso odio, que le tenía la gente durante su gobierno por ser “la primera mujer que presidía el imperio por derecho propio”.⁹⁰

Teodora, esposa de Teófilo y madre de Miguel III, no resulta de importancia para Norwich; a pesar de que fue durante su periodo de regencia cuando se instauró definitivamente el culto a las imágenes, el autor sólo le dedica unas cuantas líneas donde alaba su belleza y la describe como “más inteligente que Irene” por haberse dejado aconsejar por hombres.⁹¹

Por último, tenemos a tres mujeres más con poca mención en la obra de Norwich, pero de gran importancia, las mujeres Comneno: Ana Dalasceno, Irene Ducas y Ana Comneno. La importancia de estas tres mujeres se refleja

⁸⁸ *Ibid.*, p. 134.

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 135 y 136.

⁹⁰ *Ibid.*, pp. 136 y 138.

⁹¹ *Ibid.*, pp. 149 y 154.

no sólo en la influencia que tenían sobre el emperador Alejo I, sino en la tenacidad de cada una de ellas para lograr sus objetivos.

Ana Dalasceno, madre del emperador, sólo es mencionada en la parte que concierne a la cuestión de quién iba a ser la emperatriz y esposa de Alejo; el objetivo de la madre del emperador, motivada por el odio que sentía por la familia Ducas, era divorciar a Alejo de su esposa Irene y hacer emperatriz a María de Alania, esposa del anterior emperador; de esta manera, Ana Dalasceno lograba alejar a los Ducas del poder imperial y que ya no ejercieran mayor influencia sobre Alejo. Sin embargo, no logró su objetivo porque el emperador Alejo se decidió finalmente a coronar a Irene como emperatriz por sentirse en deuda con los Ducas.⁹²

Irene, la esposa, es mostrada, en un principio, como un títere de los intereses familiares, sin embargo ese papel cambió, cuando se trató de la sucesión al trono: prefirió dárselo al esposo de su hija, que a su hijo, e intentó persuadir de ello a su esposo; este carácter persuasivo de Irene es mostrado por Norwich al hablar sobre el momento de los últimos minutos de Alejo, cuando éste no permitió que su esposa se apartara de su lecho de muerte, para evitar que no desviara la decisión que él había tomado sobre el trono.⁹³

Por su parte, Ana Comneno, la hija del emperador, es descrita por Norwich como una gran historiadora, aunque advierte que su obra debe tratarse con sumo cuidado porque se convierte en un mero encomio cuando describe las acciones de su padre. Por otra parte, Ana es presentada como una intrigante tenaz con la ambición eterna de ceñirse la diadema imperial mediante la coronación de su esposo como emperador, sin importar pasar por encima de

⁹² *Ibid.*, pp. 244 y 245.

⁹³ *Ibid.*, p. 257.

los deseos de su padre e, incluso, de la vida de su hermano, ya el emperador Juan II Comneno.⁹⁴

Como podemos observar, Norwich omite muchos de los casos de las emperatrices con poder y asegura que cuando lo tuvieron fue realmente limitado. Sin embargo, esto rompe un poco con el planteamiento posterior que hace sobre la figura de la emperatriz en general: considera a aquellas mujeres, no identificadas por su nombre, en igualdad de importancia a los hombres dentro de la historia bizantina, pues la figura de la mujer por sí sola tuvo dentro de la estructura imperial un lugar específico, cuya función fue indispensable para la corte bizantina.⁹⁵

1.2.6. Franz Georg Maier

El libro *Bizancio* es una compilación hecha por Georg Maier de textos sobre diferentes épocas de la historia bizantina; debido a que son diferentes los encargados de cada capítulo, no existe una forma única para referirse a las mujeres. Sin embargo, encontramos una línea ideológica que nos da una idea de cuál es el papel político conferido a las mujeres en este texto; por una parte, encontramos que los apartados se plantean por grandes momentos de la historia bizantina o por periodos dinásticos, que tuvieron hombres a la cabeza, por lo que las mujeres no son consideradas primordiales.

Por otra parte, observamos que las mujeres aparecen como esposas u otras familiares de los “grandes hombres” que hacen la historia. Hay una última manera de identificar a las mujeres: aquellas que ejercían la prostitución, mencionadas en el apartado dedicado a la población urbana, sin rastro alguno

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 244 y 257-259.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 245.

de otra forma de actividad de las mujeres bizantinas o de otro tipo de acercamiento hacia ellas con un carácter político:

La masa de población urbana estaba compuesta por pequeños artesanos y comerciantes, jornaleros, sirvientes, esclavos, mendigos, prostitutas y soldados. La clase media estaba formada por funcionarios de la administración, médicos y profesores de Universidad, terratenientes acomodados, propietarios de talleres y a menudo comerciantes, armadores y banqueros que disfrutaban de un lujo oculto.⁹⁶

Siguiendo con lo anterior, se aprecia que las mujeres más cercanas al poder son aquellas que tenían algún vínculo familiar con el emperador en turno, sobre todo, las que detentaran el título de emperatriz, en especial, las esposas de los soberanos.

Particularmente, encontramos la presentación de la mujer con respecto a la política en dos apartados. Uno de ellos es “La crisis de la iconoclastia”, escrito por Judith Herrin, ya que durante este momento histórico la participación de las mujeres en las altas esferas de la política bizantina fue totalmente evidente (por ejemplo, el reinado de Irene como emperatriz única). Para la autora, el gobierno femenino que se dio durante este periodo fue importante, pero no lo contrapone, y mucho menos lo menosprecia, frente al gobierno masculino, solamente plantea las dificultades que tiene la mujer en el poder:

Si los primeros diez años de gobierno de Irene como regente fueron testigos de su preocupación por los problemas religiosos, sus cinco años de gobierno personal fueron una prueba mucho más dura para sus dotes. En una época en que los emperadores dirigían habitualmente a sus tropas en las batallas, era difícil que una mujer impusiera su condición de emperador. No obstante, dominó la situación notablemente bien. Los generales Estauracio y Aecio controlaron alternativamente la administración central y la rivalidad entre ellos hubiera provocado la guerra abierta en el año 800 de no haber sido por la oportuna muerte de Estauracio.⁹⁷

Sin embargo, las mujeres sobre las que habla Herrin, eran emperatrices con cargos bien definidos dentro del poder, es decir, emperadoras (con el caso

⁹⁶ Maier, Franz Georg (comp.), *Bizancio*, México, Siglo XXI editores, 15ª ed., 2004, (col. Historia universal Siglo XXI, vol. 13), capítulo 1, a cargo de F.G. Maier, p. 42.

⁹⁷ *Ibid.*, capítulo 2, a cargo de Judith Herrin, p. 98.

único de Irene) y emperatrices regentes. Si existía la figura masculina gobernando, las mujeres se mantenían en el segundo plano y, en todo caso, ejercían influencia sobre ciertas decisiones del emperador, pero nunca como agentes activas dentro de las directrices del imperio.

Por otro lado, en el apartado escrito por Winfried Hecht, “La época de los Comneno”, se observa que la relación entre las mujeres y la política era, más que nada, una relación de pugna político-familiar, en donde el principal problema radicaba en la sucesión del trono imperial. Las mujeres abordadas en este capítulo son casos particulares, los cuales muestran la condición femenina dentro de la familia imperial; se trata de mujeres aristócratas, muy cercanas al trono, que fueron utilizadas como arma política o como último recurso para continuar una dinastía o para legitimar un nuevo gobernante, todo lo cual se llevó a cabo mediante la relación matrimonial.⁹⁸

Dentro de esos casos, el más ejemplar es el de Ana Comneno, primero comprometida con el heredero al trono de la dinastía anterior y, posteriormente, unida en matrimonio a un funcionario, con el propósito de crear nuevas alianzas familiares y asegurar la fidelidad de la familia del cónyuge con la imperial. Aunque Ana contaba con el apoyo de su madre, Irene Ducas, no logró convencer del emperador Alejo I, su padre, de cambiar la decisión sobre la sucesión al trono, a favor de su hermano menor, por la de su esposo. Lo anterior muestra que la influencia de la emperatriz en las decisiones imperiales y familiares no siempre era exitosa.⁹⁹

Sin embargo, el otro caso analizado por Hecht es el de la emperatriz Zoé que, por un lado gobernó junto con su hermana Teodora y, por otro, casó

⁹⁸ *Ibid.*, capítulo 5, a cargo de Winfried Hecht, p. 218.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 241.

varias veces, buscando a un hombre que guiara al imperio; lo que muestra, más allá de la interpretación de Hecht, que las mujeres también tenían potestad sobre sus vidas, ya que la propia emperatriz decidió quien iba a ser su esposo y logró convencer a sus súbditos de esta decisión soberana suya, con lo cual *de facto* impuso al futuro emperador.¹⁰⁰

1.3. Obra con temática de género: Judith Herrin

Mujeres en púrpura, de Judith Herrin,¹⁰¹ sigue una corriente historiográfica que analiza el papel de las mujeres, tanto dentro de las sociedades medievales, como de otros periodos históricos. La aparición de su libro en el año 2001 no significa que esta tendencia historiográfica sea reciente; este libro forma parte de una serie de investigaciones con perspectiva de género que llevan varios años publicándose a lo largo y ancho del mundo; se trata, en este caso, de una obra sobre historia de Bizancio. Y como es sabido, la historia bizantina presenta casos de mujeres con gran influencia política, por lo que resulta muy apropiada para los estudios de género. Judith Herrin forma parte de un gran grupo de investigadores, en su mayoría mujeres, que buscan crear una nueva perspectiva de la historia en donde las mujeres también sean investigadas como protagonistas del devenir histórico.¹⁰²

Ciertamente, la obra de Herrin no es un análisis exhaustivo de las formas políticas en las cuales participaban las mujeres bizantinas, pero sí un estudio detenido hecho en torno a tres personajes femeninos muy importantes

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 219 y 220.

¹⁰¹ Herrin, Judith, *Mujeres en púrpura. Irene, Eufrosine y Teodora: soberanas del medievo bizantino*, trad. Carmen Martínez Gimeno, Madrid, Taurus, 2002, 412 pp. Cabe aclarar que la obra ha sido traducida al español muy recientemente por lo que no es conocida en México.

¹⁰² Para más bibliografía sobre las mujeres en Bizancio: Alice-Mary Talbot (ed.), <http://www.doaks.org/WomeninByzantium.html>, 2004.

en la historia bizantina, del periodo iconoclasta para ser más específicos. Además, nos presenta un cuadro que podemos comparar positivamente con otras etapas de la historia del imperio.

El principal objetivo de la obra de Judith Herrin es analizar tres maneras distintas de tres mujeres unidas por una sola idea y por una dinastía, sin que fueran parientes de sangre. Las tres fueron partidarias de una corriente para restablecer la ortodoxia contra la iconoclastia, impuesta por sus maridos.

Estas tres viudas ejercieron el poder imperial y cambiaron el curso de la historia del imperio de forma intencional, deliberada y relacionada. Irene, Eufrosine y Teodora disfrutaron de autoridad en Bizancio en el último cuarto del siglo VIII y la primera parte del IX como esposas de emperadores.¹⁰³

Sin embargo, el análisis que hace esta historiadora no termina con la explicación de cómo se dio el regreso de la iconoclastia a la iconodulia; *Mujeres en púrpura* también es un análisis sobre el papel de la mujer y los deberes de ésta en el cargo de emperatriz, así cómo de las formas en que ella manifestó su poder dentro del patriarcado bizantino y su influencia en los diferentes acontecimientos históricos de esa civilización.¹⁰⁴

Al contrario de muchos historiadores contemporáneos, Judith Herrin remarca la importancia de las emperatrices bizantinas, y no sólo de las tres a quienes estudia, Irene, Eufrosine y Teodora, ya que: “la historia imperial está tachonada de emperatrices que brillan desde sus páginas”.¹⁰⁵ En gran parte, la importancia de las emperatrices que nos muestra esta autora, no reside en el hecho de acompañar a los “grandes hombres de la historia”, sino en sus

¹⁰³ Herrin, *op. cit.* p. 19.

¹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 19 y 20.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 20.

propios actos y méritos, así como en la huella que dejaron en la sociedad bizantina.¹⁰⁶

Debido a que Herrin busca una nueva interpretación del papel de las mujeres en la historia, nunca menosprecia o rebaja los alcances de gobierno de una mujer, además de poner en una nueva perspectiva la forma de gobierno de los hombres, con gran diferencia de los historiadores masculinos, quienes, según Herrin, siempre sostuvieron que “las emperatrices están mucho menos preparadas para gobernar que los emperadores”.¹⁰⁷ Herrin presenta un panorama distinto del sistema gubernamental de Bizancio, en donde se concibe el gobierno de mujeres como algo natural, tal vez no común, pero no muy lejano de la forma como lo ejercieron los hombres. La autora logra lo anterior mostrando cómo los emperadores bizantinos contaban con un cuerpo de administradores, militares y consejeros que les ayudaban en la ardua tarea de tener en pie al imperio, y este cuerpo de trabajadores anónimos también participó durante los gobiernos femeninos, por lo que la diferencia entre uno y otro gobierno no debió presentar grandes cambios estructurales.¹⁰⁸

Cabe aclarar que la historia que nos presenta Judith Herrin, a pesar de ser una historia con personajes femeninos como principales, no es una historia de mujeres en donde no existen los hombres; esta historiadora busca entender el mundo femenino y las formas de su acción en el mundo masculino, mostrándonos, también, el terreno de acción de los hombres.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 21.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 24.

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 22-25. Estas aseveraciones de Herrin responden positivamente a la cuestión que ya planteó Ostrogorsky en torno a la posibilidad de detentar el poder militar por parte de una mujer y, de esta manera, cambió drásticamente la forma de estudiar la figura del emperador bizantino, *vid supra*.

Judith Herrin logra crear este cuadro conjunto de hombres y mujeres en el entendido de que las identidades de los géneros son socialmente construidas y sus normas son impuestas por una “autoridad de género” (en este caso la “autoridad” es masculina que representa un sistema de poder patriarcal), tanto para éstas como para aquéllos, por lo que no se podría entender la actuación de un género sin tomar en cuenta cómo se vincula con estas normas. No obstante, la autora no olvida mostrarnos que los roles que jugaron las mujeres dentro del Imperio bizantino fueron establecidos por la parte masculina, y es esto lo que hace tan interesante la existencia de mujeres que llevaron sus papeles más allá de lo explícitamente reglamentado.¹⁰⁹

Es por lo anterior, que *Mujeres en púrpura* no es meramente un libro del género biográfico; más bien es el análisis completo de un momento histórico en donde ambos géneros conviven construyendo la historia. Para lograr su objetivo, Herrin muestra tanto el contexto histórico del Imperio bizantino y sus acontecimientos políticos más importantes, como el contexto de vida de las emperatrices, desde la forma en que llegaron al palacio real para incorporarse a la corona, hasta la manera en que lucharon por mantener a sus hombres en el trono imperial.¹¹⁰

Tras el exhaustivo análisis que hace de las tres emperatrices y la forma en que se unieron sus deseos a lo largo de las décadas y de los infortunios, Herrin busca concluir con una respuesta sobre cómo funciona el poder imperial femenino; es decir, trata de explicar cómo ejercieron el poder las mujeres por sí mismas, incluso estando “detrás” del trono; su explicación se basa en la idea

¹⁰⁹ *Ibid.*, pp. 309 y 310.

¹¹⁰ Con lo anterior, se percibe que la acción de las mujeres frecuentemente se realizaba de manera velada y mediante influencias.

de que las mujeres se apropiaban de la autoridad imperial y buscaban las formas para romper con el cerco impuesto por el rol de género.

El planteamiento de la historiadora reside en el hecho de que, según su visión, hubo recursos sociales que permitieron legitimar a la mujer en el poder. Llama a esos recursos “el femenino imperial”, y sostiene que se componía de tres “corrientes dinámicas” o elementos de la vida social bizantina en constante transformación: la construcción de un nuevo culto, tanto imperial como civil, en torno a la recién introducida imagen de la Virgen María con su simbolismo del amor maternal; la transformación que sufrió el derecho romano relativo a la herencia del trono respecto del bizantino que reivindicó la herencia matrilineal; y la creación de un nuevo espacio imperial (a manera de las cortes orientales), el gineceo, en donde convivían las mujeres con los eunucos; personajes estos últimos muy importantes dentro del ámbito real, quienes contaban con la entera confianza de las emperatrices y sobre quienes éstas ejercían su autoridad de mando en primer lugar.¹¹¹

Tomando en cuenta estos tres aspectos, que daban amplia libertad de acción y justificaban el poder de las mujeres, podemos entender a esas tres emperatrices y explicar sus actos. Ellas no recurrieron al poder indirecto, esto es, a las influencias, sino que lo ejercieron abierta y oficialmente, y con su ejercicio cambiaron la historia medieval, dejando de lado las “limitaciones” de su sexo:

Una vez más, plantear la pregunta es destacar el papel y la influencia extraordinarios de Irene, Eufrosine y Teodora. Pero desempeñaron su papel no porque fueran mujeres, sino porque dominaron y emplearon el poder imperial. Sus trayectorias han sido un estudio de este aspecto, de cómo ejercieron su autoridad. Fueron menos fieles a su sexo que a la púrpura.¹¹²

¹¹¹ *Ibid.*, pp. 310 y 311.

¹¹² *Ibid.*, p. 328.

A pesar de las dificultades de hacer una historia en donde las mujeres sean las protagonistas principales, Judith Herrin logra, haciendo una nueva lectura de las fuentes masculinas, crear un cuadro donde ambos géneros conviven, y aún más importante, mostrar la importancia política y sociocultural de las mujeres dentro del Imperio bizantino, abriendo camino a nuevos estudios sobre esta civilización.

1.4. Conclusiones parciales: Las mujeres bizantinas y su relación con el poder en la historiografía contemporánea

Como se dijo en el principio de este capítulo, las obras que hemos analizado no son más que una muestra de la gran tradición historiográfica sobre Bizancio; sin embargo, resulta interesante observar la perspectiva que presentan, sobre este imperio y sobre sus mujeres, a los lectores mexicanos.

De manera general, la tendencia que marcan estos textos es la de mostrar un Imperio bizantino predominantemente masculino, donde las figuras femeninas aparecen poco y sólo si pertenecen a las altas esferas. Con lo anterior queremos decir que, para la mayoría de los historiadores, la historia bizantina, como otras tantas, está hecha por grandes hombres que toman todas las decisiones políticas y desarrollan una relación de dominación con el género femenino.

No obstante, podemos anotar que ningún estudioso bizantino se pudo sustraer de hablar, aunque fuera incidentalmente, de las mujeres o como mínimo de la figura de la emperatriz. La importancia de esta figura dentro del imperio impide negar la existencia de una cercana y gran influencia de las

mujeres con el poder político, y mucho menos sobre los personajes que, en su mayoría lo detentaban, esto es, los emperadores.

Ciertamente, son pocos los historiadores que le dan un lugar primordial a la emperatriz dentro de la estructura del gobierno y más bien la muestran como un complemento del emperador; por lo anterior, cuando se encuentran con grandes figuras femeninas buscan la explicación de este “inusual” fenómeno ya sea en el contexto del momento, en la debilidad del emperador o en una forma bizantina de transferir el poder; sin embargo, nunca se plantean la idea de una relación más estrecha, o con mayores variantes, entre las mujeres y el poder político.

En este contexto, el libro de Judith Herrin resulta refrescante, ya que rompe con la tendencia de estudiar a las mujeres bizantinas como personajes incidentales o como “armas políticas”; la obra de esta historiadora abre nuevas perspectivas para el análisis del poder político bizantino en relación con los géneros masculino y femenino, pues el análisis de un género no puede excluir al otro, más bien hace necesario su estudio en conjunto.

Capítulo 2. Ana Comneno, una historiadora del siglo XII

Antes de pasar al tema principal de la investigación, esto es, la relación que existía entre las mujeres y la política en Bizancio en la época de Ana Comneno, es necesario estudiar nuestra fuente primaria: *La Alexiada*, escrita por la propia Ana Comneno. Se busca tener en cuenta las condiciones en que fue escrita esta obra y las características que tiene, para poder hacer, de esta manera, una correcta valoración de ella y no sobreinterpretarla.

El presente capítulo se divide en tres apartados que analizan quién fue Ana Comneno, por qué escribió *La Alexiada*, cómo es su obra y la forma en que trata la información sobre el gobierno de su padre, para conocer las dificultades que ofrece este texto como fuente con respecto al tema que nos interesa.

2.1. Ana Comneno, una princesa bizantina

En primer lugar, es necesario saber quién es nuestra autora. Ana Comneno fue una princesa bizantina y una historiadora que vivió durante el siglo XII. Antes de estudiar su obra, es necesario conocer algunos aspectos de su vida para entender, de esta manera, las razones que la llevaron a escribir *La Alexiada*; dentro de estos aspectos estudiaremos tales acontecimientos de su vida como su nacimiento y matrimonio, así como su educación y los conocimientos que tenía.

2.1.1. La vida de Ana Comneno

Ana Comneno, hija primogénita del emperador Alejo I Comneno y de su esposa Irene Ducas, nació el sábado 2 de diciembre de 1083, en la cámara

púrpura del palacio imperial.¹¹³ La historiadora considera de suma importancia las circunstancias de su alumbramiento ya que fueron muy peculiares: su madre, Irene, suplicaba a Dios que el nacimiento de su primer hijo (en este caso, hija) se demorara, con objeto de que el emperador Alejo I estuviera presente, pues él se encontraba en plena campaña contra el normando Roberto Guiscardo; ciertamente, el parto se atrasó y Ana nació cuando su padre ya estaba en Constantinopla:

El emperador retornó vencedor y triunfante a la capital en compañía de los latinos del conde Brieno que por iniciativa propia se habían pasado a su bando, como hemos dicho anteriormente; era el uno de diciembre de la séptima indicción. Allí se encontró a la emperatriz en la estancia destinada desde antiguo a las soberanas que están a punto de dar a luz, a la que nuestros antepasados dieron el nombre de *pórfira*, razón por la que la denominación de *porfirogéneto* se ha extendido por todo el mundo haciendo referencia a los allí nacidos. Al alba (era sábado) dio a luz a una niña que presentaba total parecido, según se decía, con su padre. Esa niña era yo.¹¹⁴

Ana Comneno interpreta el atraso de su alumbramiento, como una decisión divina que evidenció, desde antes de su nacimiento, el amor que iba a tener por sus padres a lo largo de su vida; este amor llevaría a nuestra autora por diversos caminos, muchos de ellos calamitosos:

[...] sin embargo, la orden de la emperatriz cumplió su objetivo [atrasar el parto], hecho que dejó bien subrayado, aun sin haber nacido, mi futuro afecto por mis padres. Efectivamente, cuando fui mayor y tuve uso de razón, manifesté claramente el cariño que sentía como hija por mi padre y mi madre. Esta característica de mi forma de ser tiene como testigos a todas las personas que conocen mi vida y lo confirman mis abundantes trabajos en beneficio de mis padres, los sufrimientos y los peligros que arrostré por mi amor hacia ellos sin atender al honor, al dinero, ni a la misma vida.¹¹⁵

Ana Comneno nos cuenta que se llevaron a cabo todos los preparativos tradicionales, necesarios para celebrar el alumbramiento de un hijo de la pareja

¹¹³ Comneno, Ana, *La Alexiada*, traducción y estudio preliminar de Emilio Díaz Rolando, Sevilla, Editorial de la Universidad de Sevilla, 1986, p. 11. La cámara púrpura era la habitación dentro del Palacio donde las emperatrices daban a luz a los porfirogénetas, es decir, aquellos hijos del emperador que tenían la posibilidad de acceder al trono. Se le llamaba sala púrpura por estar cubierta de mármoles de ese color. *Ibid.*, pp. 305 y 306.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 280.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 281.

imperial. No obstante, la importancia del nacimiento de nuestra autora no radica en seguir el ceremonial, sino en las decisiones posteriores que se tomaron sobre su persona; desde su nacimiento Ana Comneno fue un personaje importante para la sucesión del trono imperial: al ser la primogénita del emperador, y debido a la posibilidad de que la pareja imperial no tuviera más hijos, se decidió comprometerla con el César Constantino Ducas, posible heredero del trono por ser hijo de la anterior emperatriz María de Alania y el emperador derrocado Miguel Ducas; esta decisión implicaba que Ana se casaría, al tener la edad adecuada, con el César quien, en algún momento se convertiría en Augusto, y ella accedería al trono imperial con el título de *basilissa*:

Transcurridos una serie determinada de días, mis padres me consideraron digna de la corona y de la diadema imperial. En aquella época Constantino, el hijo del emperador Miguel Ducas, de quien hemos hablado con frecuencia, estaba todavía asociado al trono con mi padre, el soberano, firmaba a su lado con el color rojo en las donaciones, lo seguía en los cortejos con la tiara y era aclamado tras él en las aclamaciones; por ello, también yo sería aclamada en el momento de la aclamación y los que la dirigían, cuando debían hacer la aclamación, aclamaban juntamente a Constantino y Ana.¹¹⁶

Sin embargo, los proyectos de ascensión de Ana y Constantino al trono no se vieron realizados: por una parte, con el nacimiento de su hermano Juan, cuatro años menor que Ana, se desvanecieron esas esperanzas, ya que, al mismo tiempo del bautizo, Juan fue coronado como heredero al trono;¹¹⁷ por otro lado, pocos años más tarde (1094), antes de que se llevaran a cabo las ceremonias de los ritos matrimoniales entre Ana Comneno y Constantino

¹¹⁶ *Idem*. Emilio Díaz menciona que la decisión sobre el matrimonio entre Ana Comneno y Constantino Ducas respondió a la necesidad de consolidar la unión entre ambas familias, muy poderosas pero enemigas, Emilio Díaz, *ibid.*, p. 12.

¹¹⁷ Juan II Comneno nació entre el 1 de septiembre de 1087 y el 31 de agosto de 1088. La fecha que nos da Ana Comneno es el año de la undécima indicción, esto es, cuatro años después del nacimiento de la autora. *Ibid.*, p. 282. Para las fechas actualizadas, véase, Emilio Díaz, *ibid.*, p. 13.

Ducas, éste murió, por lo que Ana, con once años de edad, pasó a un plano secundario en lo que se refiere a la sucesión en el gobierno del imperio. La mayor frustración de la vida de Ana fue perder su lugar en el trono.

En este nuevo papel secundario, Ana Comneno fue unida a Nicéforo Brieno, nieto de aquel Brieno que se rebeló contra el emperador Botaniates y que fue derrotado por Alejo Comneno, lo que nos lleva a la idea de que Ana pasó a ser un elemento de la política diplomática, pero sin mayor importancia. Ciertamente, en *La Alexiada*, Ana Comneno habla pocas veces de su marido, al punto de que no menciona en qué momento contrajeron matrimonio; no obstante, en las menciones que hace de él lo describe como un gran hombre, que, por cierto, ostentaba el título de César, dedicado por entero al bienestar del imperio y, dato importante para el estudio de Ana Comneno como historiadora, como un gran escritor.¹¹⁸

El cambio en su posición dentro de la estructura imperial fue el eje rector de los siguientes años de la vida de la princesa. Sin embargo, su obra no nada cuenta todo lo que sucedió con ella, ni siquiera acerca de aquellos actos emprendidos, según nos dice la autora, por amor a sus padres que la llevaron a la desgracia. Para explicarnos la razón de la existencia de la obra historiográfica de Ana Comneno, tenemos que recurrir a otras fuentes; sólo así podemos entender aquellos acontecimientos de la vida de la historiadora, desde su matrimonio con Nicéforo Brieno, sobre el que ya hemos hablado, hasta la escritura de *La Alexiada* y la propia muerte de Ana Comneno.

¹¹⁸ *Ibid.*, pp. 83, 306 y 307. Emilio Díaz da la fecha del matrimonio entre los años de 1097 y 1099. Por otra parte, agrega que Ana Comneno tuvo cuatro hijos con Nicéforo Brieno: Alejo, Irene, Juan y una cuarta con nombre desconocido. De estos hijos, sólo el primero mantuvo el apellido Comneno, los demás utilizaron el apellido Ducas, lo cual fue una práctica común en el Imperio bizantino. Emilio Díaz, *ibid.*, pp. 14 y 15.

En *La Alexiada*, Ana Comneno comenta la muerte de su padre sin tocar el hecho de la insistencia de su madre y de ella misma sobre el tema de la herencia del trono, solamente se plasma doliente y sin ningún tipo de ambición.¹¹⁹ Sin embargo, Karl Dieterich, como dijimos anteriormente, plantea que, en los últimos momentos de Alejo I, la emperatriz Irene y la princesa Ana intentaron convencer al emperador moribundo de cambiar de opinión sobre la sucesión del trono y comenta que, ante la negativa del emperador, las lamentaciones de las mujeres se debieron más a la pérdida de la corona que a la muerte inminente del esposo y padre.¹²⁰

Cuando su hermano Juan accedió al trono, Ana buscó retomar el poder. Sin haber cumplido un año de reinado, en 1118, Juan II estuvo a punto de ser derrocado por una conjura palaciega orquestada, según la historiografía, por su hermana;¹²¹ sin embargo, parece ser que el propio esposo de Ana, Nicéforo Brieno, se retractó al final y le comunicó al emperador su posible muerte.¹²² Tras el intento de usurpación, Ana Comneno fue retirada de la vida pública y enclaustrada, junto con su madre, en un convento, donde se dedicó a estudiar, a fomentar las letras y las ciencias y a interactuar con los más importantes intelectuales de su época.¹²³

Tras la muerte de sus seres queridos (su esposo, su hermano favorito, Andrónico, y su madre), Ana decidió, según lo manifiesta en su libro, reescribir

¹¹⁹ *Ibid.*, pp. 629-631.

¹²⁰ C. Neumann en Karl Dieterich, *op. cit.*, p. 186. Esta versión de la escena de la muerte de Alejo I, Dieterich la verifica con otras relaciones de la época: Juan Zonaras y Nicéforo Coniates, quienes también plantean esta insistencia de las mujeres Comneno.

¹²¹ Ostrogorsky, *op. cit.*, p. 370.

¹²² Emilio Díaz en Comneno, *op. cit.*, p. 16. Evidentemente de estas ideas de usurpación no ninguna mención escrito en la obra de Ana Comneno ya que la obra tan sólo llega hasta la muerte de su padre en el 1118.

¹²³ Emilio Díaz, *ibid.*, p. 17.

la obra comenzada por su esposo y continuarla.¹²⁴ Escribió *La Alexiada*, en honor a su padre Alejo, en diez años, concluyéndola en 1148, treinta años después de la muerte del emperador. Pocos años después, aproximadamente en 1153, Ana tomó los hábitos monásticos en su lecho de muerte.¹²⁵ Ana Comneno murió con cerca de 70 años de edad, después de haber sido primogénita de emperadores, aspirante al trono imperial y siendo, tal vez, la historiadora más reconocida en la historiografía universal hasta el momento.

2.1.2. La educación de Ana Comneno

Ana Comneno, como una princesa bizantina, recibió una esmerada educación. En *La Alexiada* se puede observar los diferentes campos de conocimiento que tenía la autora, desde la política y la diplomacia, hasta el dominio de la retórica, pasando por la ciencia médica y el conocimiento de las Sagradas Escrituras. Debido al caudal de sus conocimientos, hemos de analizarlos punto por punto.

En lo que se refiere al campo de la literatura y la filosofía, Ana Comneno dominaba a los autores griegos más renombrados; menciona, sobre todo, a Homero, Platón y Aristóteles. Desde el Proemio, Ana Comneno explica su dominio en el arte de la escritura, lo que le permitió realizar una obra histórica sin que se ponga en duda su autoridad:

Ana, hija de Alejo e Irene, vástago y producto de la púrpura, que no sólo no soy inculta en letras, sino incluso he estudiado la cultura griega intensamente, que no desatiendo la retórica, que he asimilado las disciplinas aristotélicas y los diálogos de Platón y he madurado en el quadriium [sic] de las ciencias (debo revelar que poseo estos conocimientos –y no es jactancia el hecho– todos los cuales me han sido concedidos por la naturaleza y por el estudio de las ciencias, que Dios desde lo alto me ha regalado y las circunstancias me han aportado).¹²⁶

¹²⁴ Ana Comneno, *ibid.*, p. 82.

¹²⁵ Emilio Díaz, *ibid.*, pp. 17 y 18.

¹²⁶ Comneno, *ibid.*, p. 80. En el pasaje sobre Juan Italo, Ana Comneno también nos muestra su profundo conocimiento de la retórica y la disertación. *Ibid.*, pp. 257 y 258.

Por otra parte, encontramos a lo largo de la obra de Ana numerosas alusiones a la Biblia, así como disertaciones sobre los cánones estipulados por la Iglesia bizantina y sobre las herejías. Estos estudios eran obligatorios para una hija de la púrpura y se advierte que eran fomentados por su familia que siempre se ocupaba, según nos dice la autora, en estudiar las palabras de Dios.

Muchas veces sentía nacer en mí la admiración por ella [Irene, su madre] y admirada, precisamente, le dije en una ocasión: “¿Cómo has podido apartar la atención de aquí abajo y mirar hacia cosas tan sublimes? Yo tiemblo de pensar sólo en oír con el borde de mis orejas esas doctrinas. Dicen que el carácter extremadamente contemplativo y conceptual de ese autor [el mártir Máximo el Confesor] provoca vértigo a los lectores.” Ella, con una sonrisa, dijo: “Sé que esa cobardía es encomiable; tampoco yo me acerco sin temblar a estos libros. Sin embargo, no puedo desprenderme de ellos. Aguarda, pues, un poco y dedícate primero a otros libros para poder disfrutar luego con la dulzura de éstos.”¹²⁷

En lo que se refiere a la política, Ana Comneno muestra en toda su obra un vasto dominio sobre las formas en que debía ser dirigido el imperio, las armas diplomáticas con que se contaba, la estructura jerárquica de los títulos y el ceremonial de la corte, así como la historia del imperio, al menos en lo que respecta a los emperadores inmediatos a su padre. Además, también se observa que la autora comprendía el arte de la guerra, conocía las armas de los diferentes ejércitos y sabía a cabalidad la geografía del imperio.

Yo personalmente creo que lo mejor es utilizar en la propia batalla astutos ardidés y tácticas, cuando el ejército no es lo bastante numeroso para hacer mella en el poderío del adversario; como puede leer en nuestra historia quien así lo desee, no existe un único sistema ni una sola manera de lograr el triunfo, sino que desde la antigüedad y hasta nuestros días se obtiene con medios de diferente y diversa naturaleza. Determinados generales, antiguamente celebrados por su poderío, vencieron aparentemente a sus enemigos mediante el recurso de la fuerza; pero otros generales consiguieron frecuentemente la victoria haciendo uso de otro proceder.¹²⁸

¹²⁷ *Ibid.*, p. 260. Hay diversos pasajes en los que Ana Comneno utiliza a los personajes de la Biblia para ejemplificar las acciones descritas en la obra. En lo que se refiere a herejías se reflejan sus conocimientos en los pasajes sobre los maniqueos y los bogomilos.

¹²⁸ *Ibid.*, pp. 592 y 593.

Por último, en lo que se refiere a la ciencia médica, se ve un profundo interés y conocimiento de esos temas por parte de Ana Comneno: en reiteradas ocasiones la autora trasmite sus observaciones médicas o discutía sobre algún dictamen médico que le parecía erróneo. Lo anterior, se ejemplifica en el pasaje donde describe la enfermedad final del emperador Alejo, siendo la misma Ana, por orden de su madre, el árbitro del grupo de médicos que atendían al emperador.¹²⁹

En suma, podemos afirmar que la princesa Ana Comneno fue un elemento de importancia dentro de la familia Comneno. Además, tenía interés y curiosidad por adquirir rudimentos de diferentes temas. Todo ello la llevó a poseer una amplia gama de conocimientos que no eran habituales en la mayoría de los aristócratas o eruditos de la época. De todos sus saberes, el que produjo una obra más duradera fue la historia. *La Alexiada*, escrita entre 1138 y 1148, es reconocida por todos los historiadores bizantinistas como una fuente fundamental para conocer los hechos políticos de su época y como una gran obra de la historiografía.

2.2. Ana Comneno y *La Alexiada*

Vistos los aspectos más importantes de la vida de Ana Comneno podemos iniciar el análisis de *La Alexiada*. Para ello, se tomarán en cuenta elementos historiográficos de la obra que nos servirán para el posterior estudio en torno a las mujeres y su relación con el poder; dentro de estas cuestiones historiográficas se analizarán las razones y objetivos que persiguió Ana Comneno al escribir su obra, las fuentes que utilizó y otros problemas

¹²⁹ *Ibid.*, p. 624 y ss. Es la misma Ana quien advierte, al tomarle el pulso, que el emperador Alejo ha muerto.

historiográficos del siglo XII; además se estudiará qué lectura da la autora a los hechos históricos, tanto en la elección de la temática como en la búsqueda de su verdad.

Ana Comneno inició la escritura de su obra, como ya dijimos anteriormente, aproximadamente en 1138, cuando contaba con 55 años de edad, y la concluyó en 1148. *La Alexiada* consta de 15 libros en los que se relatan las hazañas de Alejo Comneno desde antes de ascender al trono: la obra comienza con la participación su protagonista en campañas militares durante el reinado de Romano Diógenes, en 1069, para finalizar con la muerte del ya emperador Alejo I Comneno, en 1118. Por tanto, la obra narra acontecimientos que empezaron casi setenta años antes del momento de ser escrita y que culminaron cuando la autora tenía 35 años, es decir, la edad que tenía Ana Comneno al morir su padre.

2.2.1. Las razones y objetivos de la escritura de *La Alexiada*

A lo largo de *La Alexiada* podemos encontrar diferentes motivos por los que Ana Comneno decide escribir una obra sobre la vida de su padre. Dentro de estos motivos hallamos tanto las razones explícitas, esto es, los objetivos de la obra que expone la propia autora, como los motivos velados que se aprecian por el conocimiento que tenemos de su vida y por otros elementos que expondremos adelante.

Ana Comneno sabe que la historia sirve como un arma contra el olvido; el relato histórico, para nuestra autora, es una herramienta defensiva contra el

transcurrir del tiempo ya que fija los acontecimientos para que no caigan en la oscuridad, como los hechos insignificantes que se pierden de la memoria.¹³⁰

Tomando en cuenta esta concepción de la utilidad de la historia como herramienta de la conservación de la memoria, Ana Comneno sostiene que el objetivo principal de su obra es evitar que caigan en el olvido las acciones de Alejo Comneno y se pierdan para las siguientes generaciones: “[...] quiero por mediación de este escrito contar los hechos de mi padre [Alejo Comneno], indignos de ser entregados al silencio ni de que sean arrastrados por la corriente del tiempo, como a un piélago de olvido”.¹³¹

Ana Comneno decide escribir la historia de su padre ya que Nicéforo Brienio, su esposo, no alcanzó a terminar la obra que la emperatriz Irene le había encargado sobre este tema. Esta obra de Brienio también tenía como objetivo describir las hazañas de Alejo Comneno desde su adolescencia; sin embargo, Brienio no logró concluir su historia y se detuvo en la descripción de la época del emperador Nicéforo Botaniates, esto es, antes de que Alejo Comneno llegara al poder.

[...] las circunstancias no le permitieron [a Nicéforo Brienio] avanzar en su escrito, causando un perjuicio al tema de su trabajo y privando del placer a los lectores. Por eso, yo misma opté por escribir cuanto mi padre hizo, para que semejantes obras no escaparan a nuestros descendientes.¹³²

Ciertamente, Ana Comneno muestra que las obras históricas son necesarias para que las generaciones sucesivas conozcan las acciones más importantes de emperadores anteriores a ellas. Esto no quiere decir que sólo conceda a la historia la utilidad de ser *magister vitae* para los descendientes. Más bien la historiadora bizantina plantea que los relatos históricos fomentan

¹³⁰ *Ibid.*, p. 79.

¹³¹ *Ibid.*, p. 80.

¹³² *Ibid.*, p. 82.

ideas y acciones en los lectores, por lo que busca que las siguientes generaciones recuerden cómo ha sido dirigido el imperio, tanto para guardar la sabiduría, como para lamentar la pérdida de aquellos tiempos a través de la sensibilización:

[...] mas, ojalá mis relatos no originen un movimiento tópico hacia las armas y las batallas, sino que muevan al lector a las lágrimas y obliguen al sufrimiento no sólo a la naturaleza sensible, sino también a la que carece de hálito vital.¹³³

Con la lectura completa de *La Alexiada*, se evidencia que Ana Comneno logra plasmar las acciones de su padre con un toque de nostalgia, pero también con un dejo de amargura por el presente en que le toca vivir. A lo largo de la obra, utilizando diferentes herramientas retóricas, Ana Comneno describe el gobierno de Alejo I Comneno como un periodo magnífico que ya no podrá volver y plantea, sin decirlo explícitamente, que habría podido continuar la labor de su padre, si las circunstancias no hubieran impedido que ella accediera al trono.

Los métodos que utiliza para plasmar su amargura son muy diversas; entre ellas encontramos la falta de atención a la vida de su hermano Juan, las constantes alusiones a su destino malogrado al lado de Constantino Ducas, heredero al trono, y a las capacidades que tenían ella y su esposo, Nicéforo Brieno, para gobernar el imperio. Sin embargo, la forma más significativa que utiliza es la reiteración que hace para justificar su escrito como historiadora por ser hija del personaje principal: “[...] no sea que en cierto modo pueda pensarse que alabo mis propios actos al describir los de mi padre, y que

¹³³ *Ibid.*, p. 84.

parezca una falsedad todo el contenido de mi historia, o parezca un abierto encomio”.¹³⁴

Con las abundantes repeticiones y las constantes alusiones al cariño que sentía por sus padres y mostrándonos el caudal de conocimientos que poseía sobre el imperio, Ana Comneno nos revela la gran amargura que la invadió hasta el final de sus días por no haber logrado sus objetivos sobre el trono imperial.

2.2.2. Fuentes

Ciertamente, como hemos visto anteriormente, los conocimientos de Ana Comneno eran vastos; sin embargo, resulta imposible que sus conocimientos por sí solos para que hubiera podido escribir una historia tan amplia y detallada sobre las acciones de gobierno de Alejo I. Las fuentes con que contaba la historiadora bizantina eran muchas.

Al ser *La Alexiada* una obra sobre una etapa anterior en pocos años a su escritura, resulta evidente que las fuentes que utilizó su autora eran de primera mano; muchas de ellas habían de ser de informantes que aún estaban vivos durante la escritura de la obra, otras eran escritos, como la obra inconclusa de su esposo, y los papeles del gobierno que pudo consultar con facilidad la autora debido a su calidad de princesa.

El material que he recopilado para mi historia, ha sido obtenido, bien lo sabe Dios y su Madre celestial, mi Señora, a partir de algunos escritos sin importancia y completamente descuidados y a partir también de ancianos vasallos que lucharon en las campañas de aquella época en que mi padre ostentaba el cetro de los romanos, los cuales sacaron provecho de las desgracias y se pasaron empujados por la turbación general al tranquilo estado de los monjes. Los documentos escritos que cayeron en mis manos eran sencillos de expresión y simples, se ocupaban de la verdad sin

¹³⁴ *Ibid.*, p. 80.

mostrar ninguna afectación y sin dejarse arrastrar por la grandilocuencia retórica. Las informaciones expresadas por los más ancianos eran del mismo estilo en palabras e ingenio que los escritos y a partir de ellos pude dar testimonio de la verdad histórica, conjuntando y confrontando alternativamente su versión con la mía, que era la que yo personalmente había oído en muchas ocasiones a mi propio padre. Con todos estos materiales como punto de partida ha salido a la luz el cuerpo entero de la verdad.¹³⁵

El tono recriminatorio sobre el tipo de documentos que utilizó se debe a que Ana Comneno expresa una queja al emperador Manuel I Comneno (1143-1180) quien la enclaustró en un convento. Sin embargo, dentro de *La Alexiada* podemos percatarnos de que las fuentes fueron más amplias y de suma valía; dentro de ellas, las orales resultan de mayor diversidad.

En varios pasajes de su obra Ana Comneno advierte de dónde sacó la información, ya sea para justificar un pasaje, para finalizar una controversia, o para explicar de dónde obtuvo datos tan específicos. Dentro de los que utilizó para exponer su opinión en alguna controversia, encontramos el pasaje en que relata la suerte que sufre Nicéforo Brienio, abuelo de su esposo, tras ser derrotado por Alejo Comneno, donde, nos dice, que el propio Brienio le explicó por qué Alejo no lo cegó sino que cumplió con su deber entregándolo al emperador.¹³⁶ Por lo que se refiere a la precisión de los datos, encontramos que la mayoría de las aclaraciones se dan con motivo de las descripciones de las batallas, donde Ana expone que sus fuentes variaron, desde lo que fue contado por su propio padre y hasta los informes dados por soldados y escuderos; también aclara que parte de la información fue obtenida a través de manifestaciones de la cultura popular, esto es, canciones que el pueblo entonaba sobre los acontecimientos recientes.¹³⁷

¹³⁵ *Ibid.*, p. 576.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 105.

¹³⁷ Sobre la información de las batallas, *cfr.*, *ibid.*, pp. 198 y 575. Sobre la cultura popular, *ibid.*, p. 148.

En suma, los informantes de Ana Comneno fueron numerosos y, la mayoría de ellos, participantes activos de los acontecimientos que nos relata la historiadora pues, como ella misma dice, “aún vive mucha de la gente que presencié aquellos hechos y que puede atestiguar cuánto sudor le costó al soberano todo aquello”.¹³⁸ Además, muchos de los protagonistas estaban íntimamente ligados con Ana Comneno, por lo que obtuvo información a la que pocos podían acceder, lo que le permitió sacar conclusiones y hacer interpretaciones a las que ningún otro autor hubiese podido llegar; por ejemplo, la información que obtuvo del trato que tenía con su abuela (Ana Dalasceno), su madre (Irene Ducas), la emperatriz anterior (María de Alania) y otros parientes con los que Ana tuvo mucho contacto. En el caso de los enfrentamientos con Roberto Guiscardo, sus informaciones fueron obtenidas a través de un tal Latino, un hombre occidental que decidió adherirse al bando del emperador bizantino.¹³⁹

Por otra parte, las fuentes escritas con las que contó Ana Comneno eran algo más que los “escritos sin importancia”; debido a su posición de porfirogéneta, tenía acceso privilegiado a papeles sobre las decisiones imperiales; dentro de estos papeles encontramos el crisóbulo o edicto que Alejo expidió para otorgar el gobierno interino a su madre, Ana Dalasceno, que está íntegramente transcrito por Ana Comneno,¹⁴⁰ o las cartas diplomáticas entre Alejo y el emperador alemán o el tratado de paz entre Bohemundo y Alejo Comneno, papeles privados y no publicados sobre las decisiones imperiales.¹⁴¹

¹³⁸ *Ibid.*, p. 363.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 208.

¹⁴⁰ *Ibid.*, pp. 189-191.

¹⁴¹ Para las cartas entre Alejo Comneno y el emperador alemán, *ibid.*, pp. 200-203. Para el tratado de paz, *ibid.*, pp. 534-545.

Además, en lo que se refiere a la parte de *La Alexiada* que corresponde a las primeras acciones de Alejo Comneno antes de ser emperador, Ana Comneno contaba con una fuente especial: la obra sobre la vida y gobierno de Alejo Comneno, escrita por su esposo Nicéforo Brienio y que quedó inconclusa, por lo que remite constantemente al lector a esta obra, para obtener mayor información sobre la primera parte de la vida del emperador.¹⁴²

En suma, podemos apreciar que las fuentes con las que contó Ana Comneno para escribir *La Alexiada* fueron muy diversas, y todas de un valor inestimable. Gracias a su posición obtuvo información a la que difícilmente algún otro historiador hubiera podido acceder.

2.2.3 Cronología

La Alexiada es una obra con un desarrollo cronológico muy claro; Ana Comneno relata los acontecimientos sucedidos en la época de Alejo Comneno a través de la linealidad continua de los años, a la que inserta digresiones e historias secundarias que explican ciertos pasajes.

En la obra, la serie de acontecimientos comienza, como se dijo anteriormente, con las acciones llevadas a cabo por Alejo Comneno durante el reinado del emperador Romano IV Diógenes, quien gobernó del 1067 al 1071. Tanto Nicéforo Brienio, como Ana Comneno, decidieron utilizar como inicio de la vida pública de Alejo Comneno con la actuación de éste en la expedición contra los persas organizada por el emperador Romano IV Diógenes, lo cual se explica por la consideración de que a partir de ese momento las acciones de Alejo Comneno fueron de relevancia:

¹⁴² *Ibid.*, pp. 82 y 95. Son las páginas más específicas. Emilio Díaz menciona la existencia de dicha obra, la cual se intitula *Hyle Historias*.

El emperador Alejo, mi padre, fue de gran utilidad al imperio de los romanos incluso antes de haber asumido el cetro del imperio. Comenzó a salir en campaña durante el reinado de Romano Diógenes. En opinión de quienes lo rodeaban parecía un ser admirable y muy arrojado.¹⁴³

A partir de esa fecha, la historia de Alejo Comneno se desarrolla a través de los momentos en que éste mostró sus grandes dotes de militar y estratega, tanto antes de ser emperador, como durante su reinado. Sin embargo, Ana Comneno no se queda en la exposición de los hechos marciales de su padre, también relata aquellos acontecimientos en donde otros personajes importantes figuraron como protagonistas, para, así, explicar a fondo las razones que llevaron a su padre Alejo a tomar ciertas decisiones sobre el imperio; ejemplo de lo anterior, es la transcripción del crisóbulo a través del cual Alejo Comneno dio el gobierno interino a su madre Ana Dalasceno, o el pasaje donde retoma la vida de Juan Italo para describir su herejía.

Debido a que la obra tiene como tema principal la vida de Alejo Comneno, su desenlace no puede ser otro que la muerte de éste; tras quince libros de largas batallas, Ana Comneno nos narra cómo las mujeres de la familia vivieron y sufrieron el deceso del emperador Alejo I Comneno, mientras su hermano Juan iba al palacio imperial para tomar posesión del trono.¹⁴⁴

A pesar de la linealidad de los acontecimientos y el hecho de que éstos se desarrollan en forma de causa-efecto, *La Alexiada* ofrece problemas de datación para un lector contemporáneo. Debido a que el público al que está dirigida la obra de Ana Comneno utilizaba la misma forma de datación que la autora por ser cercanos a los acontecimientos, ella no aporta muchas fechas precisas.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 87.

¹⁴⁴ *Ibid.*, pp. 623-634. Alejo Comneno murió en el palacio de Blaquernas, el jueves 15 de agosto de 1081.

La mayoría de las fechas utilizadas por Ana Comneno hacen referencia a eventos del calendario religioso (como “domingo de Tirofagia”) cuando expone eventos dentro de un año indicado; sin embargo; la dificultad se presenta cuando la autora hace referencia al año en que sucedió algún acontecimiento, ya que utiliza dos formas de datación que actualmente nos son difíciles de precisar: hace referencia a los años por indicciones o con inicio de datación el primer día de la creación del mundo: “Era el día de Jueves Santo, en el que celebramos la Pascua mística y comulgamos, en la cuarta indicción, el mes de abril del año de 6589”.¹⁴⁵

2.2.4. Dios en la historia

Otro elemento de gran importancia para comprender la obra de Ana Comneno es la continua alusión a la forma en que Dios “escribe la historia” del pueblo romano oriental, según la visión de la autora.

La voluntad divina adquiere mucha importancia para este estudio, ya que es a través de ella como Ana Comneno nos explica la forma en que asciende una persona al trono imperial, en este caso Alejo Comneno. La voluntad divina determina que los sucesos ocurran de una manera, mientras que el humano

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 165. Las notas de Emilio Díaz Rolando son las que nos indican en el calendario actual las fechas mencionadas por Ana Comneno. Kazhdan es quien mejor define la indicción:

Indiction (*ἰνδικτίων* or *ἐπιπέμησης*), initially an extraordinary tax in produce imposed by the emperor in order to meet specific needs. It was regularized on a yearly basis by Diocletian (five year cycle) and finally under Constantine I became a 15-year cycle (starting in Sept. 312) during which the amount of the indiction was to remain unchanged. In spite of this, extra indictions (*extraordinariae*, *superindictions*) were occasionally imposed. Because the fiscal and calendar years coincided (1 Sept.-31 Aug.), the word indiction acquired a chronological meaning that it kept after losing its fiscal one: it indicated one year within the 15-year cycle. According to K.A. Worp (*Archiv für Papyrusforschung* 33 [1987] 91-96), indiction-dating in the papyri was not a result of the edict of 472 but became mandatory after Justinian I's novel 47 of 537. In spite of its lack of absolute chronological precision, the Byz. used indictional dating in everyday life in administration. In order to calculate the indiction corresponding to a given year of the Christian era, add 3 to year, then divide the total by 15; the remainder is the indiction (if the remainder is zero, the indiction is 15).

Kazhdan, Alexander P., *The Oxford Dictionary of Byzantium*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, p. 993.

sólo sigue el plan trazado por Dios. Sin embargo, a lo largo de la obra, Ana Comneno utiliza dos conceptos diferentes que intervienen en el devenir histórico. Por un lado muestra la actuación de Dios en el plano terrenal y, por otra parte, introduce a la fortuna como elemento que dispone del devenir humano. Respecto a la fortuna podemos decir, siguiendo el análisis de *La Alexiada*, que es el elemento caprichoso del plan divino; ella no construye un plan íntegro para el desarrollo de la humanidad, más bien es una fuerza que decide ciertos aspectos de la vida de cada ser humano sin que haya nada establecido previamente:

Así son los caprichos de la fortuna: cuando quiere sonreír a los hombres, eleva su existencia a las más altas cotas, les ciñe la diadema imperial y les calza los borceguíes de púrpura; pero cuando les frunce el ceño, en lugar de la púrpura y las coronas los viste de negros jirones.¹⁴⁶

A pesar de los caprichos de la fortuna, según vemos en la obra de Ana Comneno, los humanos pueden dominarla, en cierto grado, para poder construir un futuro que no pueden vislumbrar; a veces, la fortuna pone a las personas en la posición que parece un mal hado, pero, al mismo tiempo, abre una gama de posibilidades muy amplia, que a la larga será benéfica.

El mejor ejemplo de lo anterior dado por Ana Comneno se refiere al momento en que su padre fue obligado a quedarse con su madre, por la reciente pérdida de un hermano, por lo que no pudo ir a combatir bajo las órdenes del emperador Romano Diógenes; no obstante esto, a la larga, la situación fue benéfica a Alejo Comneno ya que, después, pudo participar con la venia imperial en el gobierno de Miguel Ducas que recién había depuesto a

¹⁴⁶ Comneno, *op. cit.*, pp. 173 y 174.

Diógenes.¹⁴⁷ Estas posibilidades que se abren a Alejo Comneno lo llevan al trono del imperio.

Por el contrario, el plan divino no es un elemento caprichoso. En la obra de Ana Comneno, la presencia de Dios y de sus designios es clara y coherente. Ana Comneno concibe a la historia de la humanidad como escrita de antemano, donde las personas solamente pueden seguir el camino que les ha trazado Dios, tomando en cuenta las pistas, o revelaciones, que les van siendo ofrecidas:

Entonces, Isaac se levantó, tomó los borceguíes de color púrpura e intentó calzárselos a su hermano [Alejo]. Ante la reiterada negativa de éste, Isaac dijo: “Déjame hacerlo; es la voluntad de Dios llamar a nuestra familia a través de ti.” Con estas palabras le recordaba la predicción que le había hecho en una ocasión un aparecido en los alrededores de un lugar llamado Carpiano, cuando ambos hermanos volvían a casa del palacio imperial.¹⁴⁸

Además de las predicciones, la voluntad divina se manifiesta con sueños visionarios o por intermediación de algún santo; estas “advertencias” llevaban al emperador Alejo Comneno a la victoria o a tomar una decisión acertada. Las decisiones de Dios también se hacen evidentes, según vemos en *La Alexiada*, a través de las numerosas salvaciones que tuvo Alejo de cuanto crimen se intentó perpetrar en su contra: “Él [Alejo Comneno], que había escapado de un intento de asesinato, hubiera sido víctima de otro, si no es porque una fuerza divina apartó a los asesinos de su empeño.”¹⁴⁹ En suma, Dios busca la salvación de sus elegidos, por el hecho de que deben seguir dentro su plan.

2.2.5. El manejo de los hechos

Dado que Ana Comneno tiene como principal objetivo narrar la vida de su padre, hemos de analizar cómo aborda este tema y qué otras temáticas utiliza

¹⁴⁷ *Ibid.*, pp. 87 y 88.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 157.

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 502.

a lo largo de su obra, para tener un análisis más completo de *La Alexiada* y poder ver las limitaciones que la obra tiene para estudiar el tema que estamos tratando.

Por otra parte, es necesario analizar la postura que toma Ana Comneno con respecto de los hechos que narra, es decir, se debe estudiar si la autora tiene un propósito de objetividad y qué se entendía por “verdad” en el siglo XII. Para lograr este objetivo es necesario tomar en cuenta las explicaciones que nos da Ana Comneno sobre lo que es objetividad, así como revisar las referencias a la verdad en su propia obra, para observar si alcanzó su objetivo.

2.2.5.1 Temáticas abordadas

Como se dijo anteriormente, el tema principal de *La Alexiada* es la vida del emperador Alejo Comneno; sin embargo, Ana Comneno trata este tema de manera muy particular, ya que no sólo es un relato histórico, sino que alcanza alturas épicas, es decir, son las peripecias en torno de cómo Alejo Comneno ascendió al trono imperial y cómo actuó en él.

Dentro de la narración de la vida de su padre, Ana Comneno da mayor importancia a los acontecimientos militares en los que tuvo intervención Alejo; nos muestra el reinado de su padre como una serie de batallas: cuando el emperador todavía no había puesto orden sobre lo que la guerra con los occidentales produjo,¹⁵⁰ ya estaba partiendo a combatir a algún rebelde que quería derrocarlo. En suma, Ana Comneno presenta a su padre como un personaje a semejanza de la épica homérica, o como el gran Ciro plasmado por Jenofonte en la *Ciropedia*.

¹⁵⁰ En el primer año de su reinado (1081), Alejo I Comneno tuvo que enfrentarse con los ejércitos normandos, en su mayoría, al mando de Roberto Guiscardo. Los enfrentamientos duraron hasta la muerte de Guiscardo en 1085. Ostrogorsky, *op. cit.*, pp. 351-353.

Debido a lo anterior, Ana Comneno siempre deja claro que su padre llegó al trono imperial debido a sus grandes dotes de militar y diplomático. A lo largo de la obra, la autora nos muestra la vida de Alejo Comneno como una continua escalera de metas, ya sea la obtención del trono, o la salvaguarda y fortalecimiento del imperio. Para hacer ver a Alejo como un hombre que superaba cualquier obstáculo, Ana Comneno lo equipara con Heracles:

Éste fue para el gran Alejo, como si fuera un Heracles, el tercer trabajo previo a su ascenso al trono. No faltaríamos a la verdad si identificáramos a Basilacio con el jabalí de Erimanto y a mi padre Alejo con un valerosísimo Heracles vivo entre nosotros.¹⁵¹

No obstante de que la vida de Alejo Comneno sea el centro de *La Alexiada*, la obra plantea otro tipo de temas que fueron importantes durante la época que abarca. Podemos distinguir materias tan diferentes como los problemas diplomáticos (tanto religiosos, como el caso de enajenación de los bienes de las Iglesias, como con otros pueblos), la vida de la corte bizantina y la acción de mujeres en el gobierno, entre otras.

La diplomacia fue un aspecto crucial de la historia bizantina, lo cual se refleja en la obra de Ana Comneno. Además de las largas contiendas militares del emperador Alejo, la autora nos muestra las diversas maneras en que se desarrollaba la diplomacia en su época. Estas formas de arreglar los problemas diplomáticos solían resolverse a través de lazos matrimoniales, regalos, títulos o llevando a cabo acciones públicas que generaran popularidad y alianzas.

Dentro de *La Alexiada* encontramos asuntos diplomáticos relacionados con las diferentes civilizaciones que rodeaban, amenazando o no, al Imperio bizantino. Son extensos los pasajes en los que Ana Comneno muestra la inteligencia de su padre y sus allegados para resolver diplomáticamente un

¹⁵¹ Comneno, *op. cit.*, p. 113.

problema que ponía en riesgo al imperio. Uno de los ejemplos más significativos es aquél cuando Alejo Comneno se enfrentó con un representante de los pueblos occidentales: Al entrar en guerra Roberto Guiscardo¹⁵² contra los bizantinos, Alejo Comneno puso en movimiento diferentes tipos de diplomacia; por una parte logró poner al emperador alemán en contra de Guiscardo, utilizando cartas de convencimiento, alcanzó la paz con los persas a través de regalos y, por último, consiguió, dando concesiones económicas, la ayuda de las flotas venecianas.¹⁵³ El otro caso destacado es la llegada de los cruzados a Bizancio: En su paso por Constantinopla, fueron tratados por el emperador Alejo –nos narra su hija– con benevolencia y dádivas. A través de numerosos regalos, consejos y alianzas, Alejo Comneno logró convencer a los occidentales de entregar los territorios liberados al gobierno imperial y de no formar gobiernos autónomos en las tierras que habían pertenecido al Imperio bizantino.¹⁵⁴

Así pues, Ana Comneno siempre muestra la mejor faceta de su padre al enfrentar los problemas diplomáticos. Otra de las formas en que Ana expone la supremacía de su padre es describiendo a los otros actores, es decir, los que atentaban contra el imperio, como manipulables, sin inteligencia e incivilizados, particularmente los occidentales:

¹⁵² Roberto Guiscardo (c. 1015-1085) fue líder de los normandos asentados en Italia. En 1059 el papa Nicolás II lo nombró duque de Sicilia, a cambio de reconocerse como su vasallo. A partir del 1061 Guiscardo organizó la conquista de diferentes colonias bizantinas en territorio italiano, balcánico y de Asia menor.

¹⁵³ *Ibid.*, pp. 200-204 y 211-214

¹⁵⁴ Con la llegada de los cruzados a Constantinopla, a finales de 1096, el emperador Alejo I logra un pacto con la mayoría de ellos, excepto Raimundo de Toulouse; en dicho pacto los cruzados se juramentaron ante el emperador, tomándolo como señor, por lo que se comprometieron a entregar los territorios reconquistados, mientras que el emperador les daría alimento y lucharía junto a ellos. Sin embargo, no todos los occidentales cumplieron su juramento, el principal rebelde fue Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo, el cual decidió adueñarse tanto de territorios liberados como todos aquellos territorios bizantinos que había conquistado. Los enfrentamientos con Bohemundo terminaron con el tratado de 1108. Ostrogorsky, *op. cit.*, pp. 357-359.

[...] pero aún no había tenido tiempo de descansar un poco, cuando oyó rumores acerca de la llegada de innumerables ejércitos francos. Como es natural, temía su aparición porque conocía su incontenible ímpetu, su inestable y voluble temperamento y todos los demás aspectos que posee de forma permanente el carácter de los celtas, tanto en sus simples rasgos como las consecuencias del mismo; igualmente sabía cómo, paralizados por el brillo del dinero, siempre rompían los tratados sin reservas de ningún tipo y abiertamente, argumentando el primer motivo que les viniera en gana. Y efectivamente, siempre había tenido ocasión de comprobar los rumores sobre esta conducta. Pero no se dejó abatir y se preparaba con todo empeño para estar listo en el momento en que fuera preciso pelear.¹⁵⁵

Por otra parte, *La Alexiada* hace continuas referencias a la corte imperial. Debido a que Ana Comneno perteneció a la familia imperial, muestra la importancia que tuvo su familia, junto con sus más cercanos conocidos, dentro de la política bizantina; también expone las relaciones que se daban entre familiares y allegados.

Desde el principio de la obra, Ana Comneno establece la diferencia entre aquellos que nacieron en la cámara púrpura y quienes no; su propósito es no dejar duda en el lector sobre la supremacía de los porfirogénetas. La superioridad se muestra por el hecho de que sabían gobernar el imperio; era un don o fortuna de la vida que ponía a los nacidos en la púrpura en un mejor lugar dentro de la vida imperial, aunque en la práctica no fuera así y su vida estuviera marcada por la tragedia:

Yo misma, no obstante, ya me había relacionado con otras muchas circunstancias funestas desde mi cuna de la Púrpura, por decirlo de alguna manera, y traté con una fortuna no favorable, aunque nadie consideraría suerte adversa y no sonriente la que me regaló una madre y un padre emperadores y la sala Púrpura en que nací.¹⁵⁶

Ana Comneno describe la importancia de todos los miembros de la familia imperial, no obstante, hace énfasis en aquellos pasajes que tratan sobre las mujeres. En cuanto hace mención de la familia imperial, presenta a las mujeres pertenecientes a ella como seres abnegados, solícitos, piadosos y

¹⁵⁵ Comneno, *op. cit.*, p. 406.

¹⁵⁶ *Ibid.*, pp. 83 y 84.

preocupados por el bienestar de la familia y del pueblo, sin importarles los sacrificios que debían hacer;¹⁵⁷ no obstante, también presenta a las mujeres de su familia como personajes fuertes y tenaces que no se dejaban vencer por los infortunios.¹⁵⁸

2.2.5.2. Objetividad o la búsqueda de la verdad

Varios autores aseveran que la exposición biográfica que hace Ana Comneno de su padre tiene un carácter encomiástico; sin embargo, argumentan, la subjetividad de la historiadora bizantina no merma la importancia de su obra.

Georg Ostrogorsky y Karl Dieterich son los autores que plantean las mayores críticas a *La Alexiada*, debido a su exaltado carácter panegirista. En palabras de Dieterich, *La Alexiada*, es un “alegato político encubierto bajo la capa de la objetividad histórica”.¹⁵⁹ Sin embargo, lo anterior no merma la importancia de este texto como fuente histórica, además de que este historiador ve la subjetividad de Ana Comneno como muestra de su peculiar personalidad y de su erudición. Por su parte, Ostrogorsky le da gran valor a la información que proporciona la obra de Ana Comneno, considerándola, como se dijo anteriormente, como la mayor fuente primaria de y sobre su época, por lo que, en sus palabras:

¹⁵⁷ Respecto de este punto, podemos ver que Ana Comneno dedica varios párrafos sobre la rebelión de los Comneno a explicar las acciones femeninas que se llevaron a cabo, *ibid.*, pp. 148-152. Otro ejemplo es cuando muestra la solicitud de Irene por acompañar a su marido en diferentes campañas militares, a pesar de su miedo, *ibid.*, p. 588.

¹⁵⁸ *Ibid.*, pp. 588 y 589.

¹⁵⁹ Dieterich, *op. cit.*, pp. 188 y 189. Para tener una descripción aún más negativa sobre la obra de Ana Comneno y su subjetividad, se encuentra el detallado análisis de Edward Gibbon, con el cual desacreditó la obra de la princesa bizantina a lo largo de muchos años. Gibbon, Edward, *The decline and fall off the Roman Empire*, volume II (A.D. 476-1461), New cork, The modern library, s/a, pp. 563 y 564.

La tendencia panegírica de *La Alexiada* y otros defectos, sobre todo la confusión de sus datos cronológicos, se compensan ampliamente por la amplitud y variedad de su información, que la autora debía tanto a su posición como a su curiosidad.¹⁶⁰

Ciertamente, la obra de Ana Comneno tiene propósitos panegíricos, no sólo respecto de su padre, sino también de varios miembros de su familia; lo anterior tiene varias razones, entre ellas está el hecho de que la autora quiere mostrar las grandes acciones realizadas durante el reinado de su padre en contraposición a la época en que ella misma vivió (el reinado de su sobrino Manuel I Comneno). Sin embargo, como apuntan Ostrogorsky y Dieterich, la información que contiene *La Alexiada* no pierde su importancia ni su validez, solamente nos recuerda que debemos leerla con sumo cuidado.

Por otra parte, también es necesario recordar que los cánones de objetividad y la forma de hacer historia han cambiado desde el siglo XII hasta nuestra época, por lo que no debemos caer en la crítica de la obra sin considerarla dentro de su contexto; por lo anterior, es de suma importancia revisar cuáles son las consideraciones que hace Ana Comneno sobre la objetividad y la diferencia entre el relato histórico y el elogio.

Existen, para Ana Comneno, varias características importantes que requiere una obra histórica para que sea válida, esto es, objetiva. Dentro de *La Alexiada*, Ana Comneno escribe que la objetividad de un historiador radica en exponer los hechos llanos, sin sentimientos de por medio, es decir, que se deben escribir tanto los aciertos como los errores de los seres queridos y de los enemigos:

Pues cuando se asume el carácter del género histórico, es preciso olvidar los favoritismos y los odios y adornar muchas veces a los enemigos de los mejores elogios, cuando sus acciones lo exijan, y otras muchas veces descalificar a los más cercanos parientes, cuando los errores de sus

¹⁶⁰ Ostrogorsky, *op. cit.*, p. 345.

empresas lo manden. Por lo que no se debe vacilar ni en atacar a los amigos ni en elogiar a los enemigos.¹⁶¹

La objetividad en el discurso histórico también tiene que ver con emitir juicios a favor o contra los personajes del relato. Estos juicios tienen como propósito alertar y enseñar a los lectores, a través de las acciones de los personajes, sobre los caminos correctos o incorrectos que pueden seguir los seres humanos. En numerosos pasajes la autora detiene la descripción de un evento para hacer una digresión sobre las cualidades o acciones de algún personaje y esto lo toma como un deber y un legado para las generaciones posteriores.

Parece que esos caracteres humanos son tornadizos y que cambian muchas veces de partido según el curso de las circunstancias; para la comunidad esas personas, sin excepción, son desaconsejables, pues obran con suma prudencia para su propio interés y miran por lo que les concierne sólo a ellos, aunque fracasen la mayor parte de las veces. En fin, por culpa de estas disquisiciones, se me salió del camino el caballo de la historia; conduzcámoslo de nuevo a su anterior ruta, porque se hallaba sin freno.¹⁶²

Ciertamente, cuando Ana Comneno nos expone las acciones de enemigos del imperio llega a hablar de sus victorias y acciones acertadas. Sin embargo, son más las veces en que hace referencia a las grandes acciones de aquellos que pertenecieron al partido de su padre; empero, en menor número, registra los errores de cualquier allegado suyo. En estos casos, Ana Comneno siempre justifica los reproches que hace a algún miembro de su familia ya sea alegando que otros ya habían hecho evidentes dichos errores, ya minimizando los defectos de los suyos,¹⁶³ y, aún más veladamente, sugiriendo la posibilidad de que estos errores no existieran dentro de su familia:

¹⁶¹ Comneno, *op. cit.*, p. 81.

¹⁶² *Ibid.*, p. 135.

¹⁶³ Se justifica del ataque a su familia materna por enjuiciar al emperador Miguel Ducas en el tema del matrimonio de su hijo con la hija de Roberto Guiscardo, *ibid.*, p. 114. el mejor ejemplo de cómo minimiza los defectos es con referencia a la tartamudez de su padre y de las burlas que los ejércitos enemigos hacían de esto, *ibid.*, p. 108.

[...] pues no sólo es mi propósito contar los acontecimientos anteriores a su reinado [de Alejo Comneno], sino cuantos aciertos y errores tuvo durante su gobierno, si es que vemos que él erró en las obras que vamos a repasar. Pues el hecho de que sea mi padre no constituirá motivo suficiente para omitir los actos que no fueron realizados acertadamente, si es que los hay; como tampoco pasaremos por alto las hazañas que llevó a cabo, por el simple hecho de que el protagonista de nuestra historia sea mi padre y se sospeche de mi parcialidad.¹⁶⁴

Ana Comneno explica que para llegar a la objetividad y poder emitir juicios acertados es necesario no pensar en las penas que sus seres queridos han sufrido para que la historia “no adolezca de ninguna vanidad retórica”¹⁶⁵ y se pueda exponer la verdad:

Cada vez que veo que mi padre se equivocaba, abiertamente me aparto de la ley natural y me atengo a la verdad; que, aunque lo considere un ser querido, tengo por más querida la verdad. Cuando se tienen dos cosas queridas, como dijo en alguna parte un filósofo [Aristóteles], es mejor preferir la verdad.¹⁶⁶

Ana Comneno está muy interesada en que no se ponga en duda el carácter histórico de *La Alexiada* y que se diferencie su obra histórica de un panegírico. Para lograr su objetivo, la autora tiene que hacer varias digresiones sobre la manera en que aborda las acciones de sus personajes, además de justificar sus largos relatos sobre las grandes acciones como síntoma de su “irrefrenable elocuencia a las hermosas acciones”.¹⁶⁷ Para ella, su obra es histórica y no panegírica porque no describe a alguien por su linaje o posición social, sino por sus acciones y porque no se entretiene en los mínimos detalles de éstas, sino que más bien las ve superficialmente para que sus sentimientos no se mezclen:

Todos saben bien que lo que hemos dicho [sobre Ana Dalasceno] no es producto de la jactancia y todos los que quieren descubrir la verdad sin partidismos pueden reconocerlo, si es que quieren. Porque si yo hubiera preferido entonar un panegírico y no hacer historia, hubiera enfocado

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 136.

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 229.

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 574. La nota sobre el filósofo es de Emilio Díaz.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 229.

mucho mejor mi obra hacia los detalles de esos hechos, como he aclarado más arriba.¹⁶⁸

Sin embargo, también podemos encontrar dentro de *La Alexiada* manifestaciones subjetivas de su autora que ni siquiera intenta justificar. Existen varios pasajes en donde expresa su sentir o estado de ánimo sobre algún acontecimiento; y es que para Ana Comneno la expresión de los sentimientos no implica falta de verdad, como suele suceder en nuestra actual concepción de objetividad.

Con todo, los casos más interesantes donde se expresan los límites de Ana Comneno como historiadora son aquéllos en los que debe detallar algún tormento “bárbaro” del mundo occidental, donde sus características de mujer y princesa le impiden seguir adelante: “Yo detallaría también este ultraje [la tortura que, por órdenes del papa de Roma, sufrieron los embajadores del rey de Alemania], si no me retuviera el pudor propio de una mujer y de una princesa imperial”.¹⁶⁹

En suma, podemos decir que, para el mundo bizantino y para Ana Comneno, por lo menos en la teoría, la historia es un género en el que se deben denunciar las atrocidades cometidas por cualquier personaje, además de que es obligación del historiador el sustraerse de su mundo e influencias para ser objetivo y poder emitir juicios, de acuerdo con los cánones de la época.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 197.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 124. Existe un pasaje en el que Ana Comneno muestra abiertamente su sentimiento de burla hacia la “simpleza” y “fanfarronería” de los occidentales, *ibid.*, p. 131.

2.3. La utilidad de la obra de Ana Comneno para el estudio de las mujeres y la política

La obra de Ana Comneno, al tratarse de los hechos del emperador y de los que estaban relacionados con él, da una gran cantidad de información sobre las mujeres de la familia imperial; sin embargo, no proporciona noticia alguna de aquellas mujeres que no estuvieran ligadas al trono imperial, mucho menos aporta datos sobre las de otras clases sociales que no fueran las de los potentados, y solamente hace una referencia a las mujeres occidentales que acompañaron a los cruzados:

[...] acompañaba a aquellos guerreros celtas una muchedumbre de gente desarmada que superaba en número a los granos de arena y a las estrellas, llevando palmas y cruces en sus hombros, mujeres y niños que habían partido de sus respectivos países.¹⁷⁰

La obra de la historiadora bizantina muestra los diferentes alcances de las relaciones de las mujeres aristocráticas bizantinas, quienes podían tener trato con hombres de diferente posición dentro del imperio, desde los aristócratas hasta los monjes; además, Ana Comneno habla de los estudios teológicos y otras disciplinas a las que tenían acceso las mujeres aristócratas. En conjunto, Ana muestra el lugar que ocupaban las mujeres dentro de la familia imperial, en diversas actividades, tanto privadas como públicas; ejemplo de lo anterior es el pasaje de la muerte del emperador, del cual ya hemos hecho mención.

Sin embargo, la obra de Ana Comneno no permite mucho conocimiento de la vida privada dentro del palacio imperial; la poca información vertida se

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 407. Le concedemos razón a Régine Pernoud cuando dice que la obra de Ana Comneno presenta varios cuadros de mujeres bizantinas y es de suma importancia hablar de las mujeres en las Cruzadas (elemento al que nadie más le da importancia), pero acierta más al decir que "Su libro, *La Alexiada*, que dedicó a su padre, el emperador Alejo, nos dibuja el mejor cuadro que poseemos de la sociedad bizantina de la época" Pernoud, Régine, *La mujer en tiempos de las cruzadas*, trad. Teresa Garín Sanz de Bremond, Madrid, Editorial Complutense, 2000, p. 14.

centra en ciertas apariciones y actividades cotidianas de la pareja imperial, tanto en lo público como en lo privado. Con respecto a este ámbito, resultan de suma importancia las menciones que hace sobre el gineceo como el mundo de las mujeres dentro del palacio.

La Alexiada nos enseña gran parte del universo en el que se mueve la *basilissa*. Dentro de la esfera de su vida privada nos muestra las relaciones que sostenía tanto con mujeres como con hombres y, sobre todo, con el emperador. Las ocupaciones públicas que tenía que realizar la emperatriz también son expuestas en la obra de Ana Comneno, desde sus viajes en campañas militares, hasta sus actividades piadosas.

Además, el texto de Ana Comneno muestra, en el personaje de Ana Dalasceno, la importancia fundamental que tenía la figura de la madre dentro del núcleo familiar y cómo se modificaban las actividades de la emperatriz según quien detentara este cargo; como se aprecia en el hecho de que la abuela de Ana Comneno, la cual tuvo todo el poder de la emperatriz o *basilissa* y parte del poder del emperador, lo que ensombreció a la emperatriz esposa, Irene Ducas.

En materia política, la princesa bizantina muestra diferentes aspectos de la relación que la mujer, individualmente o a nivel familiar, tenía con el poder, es decir, Ana Comneno expone diferentes tipos de acciones políticas del género femenino, tanto directamente como de manera velada; por otra parte, la obra muestra la importancia del matrimonio como herramienta diplomática, primero utilizada por los hombres y, posteriormente por las mujeres, para resolver problemas de política interior o exterior.

Otro asunto a nivel político que nos presenta *La Alexiada* es el referente a la sucesión del trono; ciertamente, la fuente no presenta en forma explícita las diferentes maneras en que se podía heredar el poder, empero, sí muestra que el género no era una característica fundamental para ascender al trono o para hacerse cargo del gobierno imperial.

Ahora bien, antes de pasar al tema central de este estudio, esto es, la relación de las mujeres bizantinas con el poder político, debemos analizar las descripciones que nos presenta Ana Comneno con respecto a los personajes más importantes de su obra, ya que con base en el análisis de estas figuras podremos entender con mayor claridad la información que contiene *La Alexiada* con respecto a las mujeres y el poder político, tema que se estudiará en el capítulo 3.

2.3.1. Los personajes de *La Alexiada*

Como se vio anteriormente, *La Alexiada* presenta abundante testimonio sobre las relaciones familiares en Bizancio (sobre todo de la familia imperial y de sus allegados) y cómo éstas eran de suma importancia dentro de la esfera política; este hecho resulta vital para nuestro estudio ya que el análisis de las relaciones familiares nos ayuda a entender el papel de las mujeres dentro de la estructura familiar y cómo se movían éstas entre aquéllos que detentaban el poder visible.

A continuación presentamos un análisis detenido de la manera en que Ana Comneno describe a diferentes miembros de su familia. Hemos decidido estudiar a los personajes principales de la vida de Ana Comneno, es decir, aquéllos que influyeron fuertemente sobre ella, en las diferentes etapas de su vida: su padre Alejo Comneno, su madre Irene Ducas, su abuela Ana

Dalasceno, su hermano Juan Comneno, su esposo Nicéforo Brienio y la emperatriz María de Alania.

Irene Ducas, la esposa del emperador

Irene Ducas (1066-1133) fue la esposa de Alejo Comneno y madre de Ana. La historiadora la designa con el título de emperatriz (*basilissa*); relata cómo públicamente se le veía como consejera y consuelo del emperador; sin embargo, debido a su carácter lacónico y religiosidad, Irene, según Ana Comneno, prefería la vida privada.

Cuando debía actuar por necesidad insalvable como emperatriz en los acontecimientos públicos, se llenaba de pudor y florecía el sonrojo en sus mejillas. [...] La retenía dentro del palacio imperial su innato pudor, pero el afecto hacia el soberano y su ardiente amor por él la sacaban de palacio, a pesar de no ser su deseo.¹⁷¹

Ana Comneno se siente obligada a justificar las acciones públicas de su madre, negando que fueran producto de un interés particular manifiesto de la emperatriz y atribuyendo estas apariciones públicas a sus compromisos conyugales. Ana hace mención también de que su madre acompañaba a su esposo, el emperador, en las campañas militares.

No hay que confiar en que fuera solamente el amor por el soberano lo que la obligaba a salir en campaña junto a él; posiblemente éste era uno de los tantos roles que debía desempeñar una *basilissa*. Por tanto, en las salidas del emperador, la *basilissa* Irene no era la regente del imperio; más bien este cargo fue desempeñado, durante el reinado de Alejo I, por Ana Dalasceno, la madre del emperador.

Según Ana Comneno, Irene Ducas era el reflejo de la mujer pudorosa, siempre en silencio, encerrada en casa y dedicada a los estudios religiosos y al

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 479.

cuidado de las labores de caridad para con los pobres. Irene buscaba siempre agradar al emperador; su propósito era ser la madre del próximo emperador (aunque siempre prefirió a su hija Ana), por lo que Ana Comneno la consideraba como la salvaguarda de la vida del imperio. En suma, según la ensalza Ana, Irene tenía como cualidades la valentía, el pudor y la belleza, que la hacían comparable con la diosa Atenea:

[...] si alguien hubiera dicho en aquel entonces que esta emperatriz [Irene] semejaba una Atenea encarnada entre los hombres o descendida del cielo en medio de un celeste estallido y un inaccesible resplandor, a buen seguro que no hubiera errado. La más admirable de sus cualidades, que no se hallarían en ninguna otra mujer, era la capacidad que poseía su sola mirada para abatir a los atrevidos y transmitir el valor a los que abatía el miedo. Sus labios la mayor parte de las veces estaban cerrados, porque ella se mostraba silenciosa, como una auténtica estatua inspirada por la belleza y una viva columna de armonía.¹⁷²

La esposa y la madre perfectas debían ser, según la visión de Ana Comneno, mujeres discretas y recluidas en casa, alejadas de las actividades mundanas.

Ana Dalasceno, la abuela gobernadora

Ana Dalasceno fue la madre del emperador Alejo Comneno. Su nieta, la historiadora Ana Comneno, destaca como su principal cualidad el amor por sus hijos, sobre todo por Alejo, ya que, a pesar de querer dedicarse a la vida religiosa, prefirió estar cerca de él para ayudarlo en el gobierno:

Pero, aunque daba vueltas en su mente a pensamientos de tal clase con todo su interés puesto en una vida más elevada, también amaba a su hijo más que cualquier otra mujer y de algún modo deseaba afrontar con él los temporales que azotaban el imperio y capitanear lo mejor posible la nave del estado.¹⁷³

Como matriarca de la dinastía Comneno, Ana Dalasceno tenía la posibilidad de compartir con su hijo el poder bizantino. Mas allá del poder y

¹⁷² *Ibid.*, p. 181.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 188.

jerarquía que como madre tenía en la corte, fue designada por Alejo I Comneno como regente del reino. Este hecho no parece haber sido normal en la sociedad bizantina ya que, Ana Comneno, en su obra, debe hacer grandes elogios a su abuela para justificar la decisión de su padre. Además afirma numerosas veces que ése no era el camino que su abuela deseaba para el resto de su vida:

Era ella [Ana Dalasceno], además, inteligente y su recto juicio y su manera de dirigir las labores del trono estaban realmente a la altura de las necesidades del imperio; pero, desde otro lado, el amor de Dios la arrastraba por un camino opuesto a éste. [...] Tal vez alguien podría reprocharle [a Alejo Comneno], una vez llegado a este punto, que tomara esas medidas, pensando que mi padre confió al gineceo la administración del imperio. Pero, si hubiera conocido la inteligencia de esa mujer [Ana Dalasceno], su enorme virtud y sensatez y la actividad que desplegaba, dejaría de hacer reproches y los sustituiría por su admiración.¹⁷⁴

Esto nos lleva a concluir que aunque el poder en el Estado bizantino era detentado usualmente sólo por los hombres, cuando un emperador decidía otorgar el poder a una mujer, como lo hizo Alejo con su madre, la sociedad bizantina lo aceptaba. Según la historiadora, la emperatriz madre llegó a desempeñar amplias funciones políticas en el Imperio bizantino:

En efecto, el emperador se metió de lleno en las guerras con los bárbaros y en cuanto supone hazañas y contiendas, y confió a su madre la administración de todos los asuntos, los cargos civiles y las medidas sobre los impuestos y los gastos del imperio.¹⁷⁵

Además de sus actividades políticas y de su defensa a ultranza de los intereses de la familia Comneno, su nieta Ana Comneno describe que su abuela tenía un carácter caritativo y devoto, por el cual nunca desatendió sus menesteres religiosos, sin importar las obligaciones que el imperio le imponía.¹⁷⁶

¹⁷⁴ *Ibid.*, pp. 188, 189 y 191.

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 191.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 194.

A pesar de los elogios que Ana Comneno hace a la inteligencia y valentía de su abuela, no omite el hecho de que Ana Dalasceno utilizó algunas herramientas, no siempre dignas de alabanza, para llegar a sus objetivos, entre ellas la intriga y la influencia que ejercía en el emperador.¹⁷⁷

María de Alania, la malograda suegra

María de Alania (c. 1050-c.1103) fue la esposa del emperador Miguel VII Ducas (1071-1078); este último fue derrocado por Nicéforo III Botaniates (1078-1081), esto no impidió que María de Alania continuara en el cargo de *basilissa*, ahora convertida en la esposa de Botaniates. De su primer matrimonio nació el porfirogéneta Constantino Ducas, el cual fue prometido de Ana Comneno cuando el padre de ésta, Alejo, subió al poder, mas, como ya se ha mencionado en varias ocasiones, Constantino murió muy joven.

El personaje de María de Alania ejemplifica la importancia del cargo de *basilissa*; siendo ella la emperatriz viuda durante el ascenso de Nicéforo Botaniates, éste decidió contraer nupcias con ella para continuar con la línea dinástica, por lo que su hijo, Constantino Ducas siguió siendo el príncipe heredero.¹⁷⁸ Cuando Botaniates cayó, tras la revuelta de los Comneno, el futuro de la emperatriz y de su hijo se volvió incierto ya que el nuevo emperador, Alejo Comneno, estaba casado con Irene, por lo que era ésta quien debía ostentar el título de *basilissa*. Tras serios problemas entre las familias Ducas y Comneno, y con el nacimiento de Ana, se logró solucionar el porvenir de María de Alania: se decidió que Irene continuara siendo la esposa y emperatriz del imperio, mientras que el hijo de María de Alania, Constantino

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 179.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 140.

Ducas, quedó prometido a la porfirogéneta Ana Comneno y convirtiéndose así en príncipe heredero.

Ana Comneno muestra a su malograda suegra como una mujer virtuosa y devota a su familia y al emperador. El pasaje en que la autora narra cómo se relaciona María de Alania con los hermanos Comneno, durante el reinado de Botaniates, la describe como una mujer valiente, consciente de la situación política y, sobre todo, leal al emperador; al punto de que los Comneno, a pesar de ser familiares suyos, no pudieron revelarles sus planes de rebelión.¹⁷⁹

A través del episodio del triunfo de los Comneno y la llegada de Alejo al palacio imperial, Ana Comneno muestra a una María de Alania temerosa y preocupada por su suerte y por la de su hijo, por lo que se encerró en el palacio imperial hasta conseguir alguna garantía para su futuro:

Así pues, no quería salir del palacio precipitadamente, porque, como suele ocurrir cuando se derroca a un emperador, temía que algo malo le ocurriera a su hijo, si partía de allí antes de conseguir alguna garantía para su seguridad.¹⁸⁰

La imagen de María de Alania que se ofrece es la de una mujer que estaba al pendiente de los eventos políticos y que actuaba conforme a ellos, incluso intrigando contra el emperador Alejo.¹⁸¹ Sin embargo, las descripciones de su participación en la vida palatina, así como las de su carácter, nos muestran a un personaje más bien superficial, cuyo atributo más destacado era la belleza física:

Nadie vio nunca en cuerpo humano tal armonía y equilibrio de miembros, tal proporción del todo con respecto a las partes y de éstas con respecto al todo; era una obra de arte viviente y favorita de los seres amantes de la belleza. Era, claramente, como la materialización en este mundo terreno de nuestros deseos.¹⁸²

¹⁷⁹ *Ibid.*, pp. 138 y 139.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 174.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 382. En el caso de la intriga contra Alejo Comneno, su hija Ana muestra como insignificante, acaso una habladoría, la participación de la emperatriz María.

¹⁸² *Ibid.*, p. 178.

Alejo Comneno, el padre emperador

Alejo Comneno (1048-1118), padre de la autora Ana Comneno, fue emperador del Imperio bizantino de 1081 a 1118; con él se inició la dinastía Comneno que duró más de un siglo en el poder.

Como se vio anteriormente, Ana Comneno muestra la figura de Alejo como un personaje valiente, inteligente, protegido por Dios, amado por muchos y, en suma, como un gran gobernante.

Dentro de estas cualidades que albergaba la figura de Alejo Comneno, su hija Ana destaca aquellas que tienen que ver con su talento militar. Desde el primer momento en que empieza la historia de *La Alexiada* se muestra a su protagonista como un guerrero valiente y fuerte, pero precavido e inteligente, que es comparado con los grandes militares de la Antigüedad, como Escisión o como Aníbal.¹⁸³ Además, Ana explica reiteradamente que su padre era un jefe militar prudente y humano que evitaba, en lo posible, el derramamiento de sangre o acciones de saqueo tras una batalla:

Dueño, pues, así de Brienio, Alejo Comneno lo envió prisionero al emperador Botaniates, sin tocarle para nada los ojos a este hombre. Pues no era Comneno de ese tipo de personas que se ensañan con sus oponentes tras su captura y consideran suficiente castigo ser prisionero de guerra. Fueron, por tanto, sus grandes cualidades de nobleza, humanidad y generosidad las que también mostró con Brienio.¹⁸⁴

Más allá de mostrar a su padre como el militar por excelencia, Ana Comneno también alaba las cualidades que Alejo tenía como hijo y esposo. Alejo es descrito como un hijo obediente y sumiso, al grado de no salirse de la tutela materna aún cuando se convirtió en emperador, no obstante, nuestra autora aclara que se separó de ella en cuanto casó. Ejemplo de lo anterior son

¹⁸³ *Ibid.*, p. 89.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 104.

los pasajes donde vemos a Alejo obedeciendo las órdenes de su madre sobre todo de índole espiritual, esto es, desde cumplir las penitencias impuestas¹⁸⁵

hasta el hecho de tener siempre a un monje en su tienda de campaña:

[...] la madre de Alejo se preocupaba afanosamente de que en todas sus campañas tuviera como compañero de tienda a alguno de los más honorables monjes, y aquel complaciente hijo obedecía la voluntad materna como la había venido haciendo desde su infancia y su juventud y hasta que se unió a una mujer.¹⁸⁶

A pesar de que Ana Comneno busca describir a su padre como un hombre bello y heroico, tras la lectura de su descripción física queda la impresión de que Alejo era un hombre de corta estatura, muy musculoso, que sólo infundía miedo si estaba sentado en el trono imperial.¹⁸⁷ Por otra parte, Ana Comneno no logra minimizar, aunque lo intenta en diferentes pasajes, la tartamudez de su padre:

Sin embargo, mi padre, con ser elocuente y original como ningún orador en sus ocurrencias y argumentaciones, cuando pronunciaba la ere la lengua se le descontrolaba levemente y se le replegaba de modo imperceptible; en los demás sonidos hacía gala de una pronunciación fluida.¹⁸⁸

Para Ana estos pequeños defectos no demeritaban la gran figura de Alejo Comneno; por el contrario, y como se dijo anteriormente, la autora muestra a su padre como un emperador sin igual que fue capaz salvar al imperio de todos los peligros.

Nicéforo Brieno, el esposo literato

Nicéforo Brieno (1062-1137) casó con Ana Comneno en 1097, tras la muerte del primer prometido de ésta, Constantino Ducas. Brieno fue nieto del rebelde

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 186.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 109.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 180.

¹⁸⁸ *Ibid.*, pp. 108 y 109.

del mismo nombre que se levantó contra el emperador Nicéforo Botaniates en 1078 y que fue derrotado por Alejo Comneno.

Dentro de *La Alexiada*, Ana Comneno rara vez describe las acciones o el carácter de su esposo; no obstante, cuando relata algún pasaje en el que está presente su esposo, lo presenta como un hombre lleno de cualidades y de belleza, una mezcla de guerrero y literato, como un ente único y extraordinario:

Este hombre [Nicéforo Brienio] hacía gala de un sabio proceder y de un muy sabio intelecto. El vigor, la agilidad, la belleza física y, en una palabra, todas las cualidades que embellecen tanto el cuerpo como el alma se dieron cita en este mismo ser para adornarlo. Porque en una sola persona la naturaleza engendró y Dios creó la más extraordinaria criatura en todos los aspectos.¹⁸⁹

Entre las cualidades de su esposo que Ana Comneno alaba con mayor empeño está la gran pasión que éste sentía hacia la literatura. La autora nos presenta a Nicéforo Brienio como un escritor consumado que sabía describir con exactitud los acontecimientos, pero, sobre todas las cosas, lo presenta como un hombre que escribía sin importar los obstáculos, tales como la enfermedad, por el sólo amor a las letras:

Pero, aunque se hallaba así de débil, deseaba narrar emocionadamente los sucesos que había vivido, aunque no pudiera hacerlo tanto por su enfermedad, como por los obstáculos que nosotros le poníamos con intención de evitar que sus heridas se abrieran al describirlos.¹⁹⁰

Ana Comneno enmarca estas expresiones sobre su esposo, con un sentimiento de dolor y de nostalgia ante la pérdida de ese ser querido al que consideraba necesario imperio. Con lo anterior se quiere decir que en los diferentes pasajes de *La Alexiada* en que Ana nombra al César Brienio, se lamenta no sólo por la pérdida personal, sino también por la pérdida de un elemento importante en la vida política del imperio, exhibiendo a Brienio como el hombre que habría dirigido al Imperio romano de Oriente a su máxima gloria:

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 306.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 83.

Cuando llego a este punto, se me llena de vértigo el alma y se humedecen mis ojos con los torrentes de mis lágrimas. ¡Qué consejero perdió el imperio de los romanos! ¡Qué acertadísima experiencia tuvo él en la vida y de qué amplitud: sus conocimientos literarios, su saber polifacético, es decir, el profano y el sagrado! ¡Qué gracia también le corría por los miembros y qué aspecto no digno de un reino de aquí, sino, como algunos dicen, de uno más divino y mejor!¹⁹¹

Ana Comneno se lamenta no sólo para reafirmar la extraordinaria figura de su esposo, sino también para evidenciar cómo el imperio perdió a semejante hombre, en el momento en que su padre, el emperador Alejo, no concedió el trono a la pareja Brienio-Comneno, dejándoselo, en cambio, a su hijo Juan. Son tales sus lamentaciones por la pérdida del César como personaje activo en la vida imperial que llega a mencionarlo como uno de los emperadores a los que les llora su muerte.¹⁹²

Juan Comneno, el hermano emperador

Juan Comneno (1088-1143) fue el tercer porfirogéneta, pero el primero en nacer varón, del matrimonio del emperador Alejo Comneno con su esposa Irene Ducas. Al mismo tiempo de su bautizo, Juan fue coronado príncipe heredero del Imperio romano de Oriente, gobierno que detentó tras la muerte de su padre en 1118, bajo el nombre de Juan II Comneno.

A pesar de que Juan Comneno, como príncipe heredero, participó en la vida política del imperio durante el periodo que abarca *La Alexiada*, su hermana Ana no lo menciona; tampoco hace referencia a las actividades que llevó a cabo, ni la educación que recibió. Ana Comneno sólo se refiere a su hermano al hablar de su nacimiento y de sus acciones tras la muerte del emperador Alejo.

¹⁹¹ *Idem.*

¹⁹² *Ibid.*, p. 575. Los otros dos emperadores son su padre Alejo Comneno y su madre Irene Ducas.

Ana Comneno describe el nacimiento de Juan dentro del pasaje que trata sobre las ceremonias realizadas con motivo del nacimiento de los porfirogénetas. En este pasaje el nacimiento que tiene mayor importancia es el de la propia Ana, mientras que el nacimiento de Juan solamente figura como ejemplo del regocijo que hubo en palacio tras el nacimiento del primer varón y para relatar cómo se coronaba a un porfirogéneta tras su nacimiento. La descripción del niño recién nacido es escueta y con tintes despectivos:

El niño era de piel morena, frente ancha, mejillas un tanto descarnadas, nariz ni chata ni aguileña, sino más o menos entre ambas, los ojos bastante negros y dejando traslucir un carácter todo lo agudo que puede adivinarse en una pequeña criatura.¹⁹³

El segundo pasaje en donde es mencionado Juan Comneno es el referente a la muerte de su padre. Ana Comneno explica detalladamente los últimos momentos de vida del emperador Alejo, los sentimientos de los presentes y las lamentaciones de las mujeres Comneno, pero su hermano Juan no aparece en esta escena fúnebre. Sin que su nombre sea pronunciado y refiriéndose a él como “el heredero”, Juan aparece en los últimos minutos de agonía de su padre y la autora lo muestra, a través del contraste entre las acciones de su madre y las de él, como un personaje al que solamente le interesaba el poder y el trono, no la vida de su padre o el dolor de su madre:

El heredero del imperio había salido previamente hacia sus habitaciones, porque reconoció que el estado del emperador (...) se apresuró a partir y marchó rápidamente al gran palacio. La ciudad en esos instantes estaba agitada, si bien no enteramente (...). La emperatriz, por su parte, dijo entre lamentos: “Olvidémoslo todo, la diadema, el imperio, el poder, toda nuestra autoridad, tronos, dominios y comencemos los cantos fúnebres.” También yo, olvidándolo todo, me lamentaba con ella, gemía [...] ¹⁹⁴

En referencia a hechos posteriores a la muerte del emperador Alejo, es decir, al reinado de Juan II Comneno, no encontramos más que una mención

¹⁹³ *Ibid.*, p. 282.

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 630. Los paréntesis son partes del texto ilegibles.

sobre las campañas militares que organizó y esto porque fueron en las que participó el esposo de Ana, Nicéforo Brienio; sin embargo, esta mención no contiene ningún juicio sobre lo favorable o no que resultaron estas campañas para el imperio.

Era, pues, el hombre [su esposo Nicéforo Brienio] más esclarecido de todos y acompañó a mi hermano, el soberano Juan, cuando organizó una campaña contra diversos bárbaros, cuando se lanzó contra los sirios y puso de nuevo bajo su autoridad la ciudad de Antioquia.¹⁹⁵

En suma, para Ana Comneno, la vida de su hermano Juan era intrascendente; sin embargo, este mismo silencio nos muestra el enorme rencor que le tuvo desde su nacimiento, ya que gracias a este hecho ella fue relegada del trono.

2.4. Conclusiones parciales: La importancia de Ana Comneno y de su *Alexiada*

Tomando en cuenta los elementos anteriormente analizados podemos concluir que *La Alexiada*, de Ana Comneno, es una fuente primaria de gran importancia. La trascendencia de esta obra no sólo radica en ser imprescindible para estudiar la época del reinado de Alejo I Comneno y la primera Cruzada, también resulta más que necesaria para el tema que nos atañe, porque muestra, aunque no sea su propósito, varios aspectos de la vida femenina y las relaciones que las mujeres tenían con el poder.

Como toda fuente, *La Alexiada*, debe ser tratada con precaución ya que las razones que llevaron a su escritura y la retórica que utiliza pueden impedir entender ciertas relaciones de poder o algunas formas en que se dirigieron el poder y la política en el Imperio bizantino del siglo XII. Las subjetividades de la

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 82.

autora, o el carácter panegírico de la obra, no deben prejuciarlos y, mucho menos, llevarnos a desecharla, ya que contiene un gran caudal de información.

La obra de Ana Comneno no es una historia sobre los emperadores bizantinos y sus formas de desempeñar el poder, sino la historia de las hazañas de su padre, donde se puede obtener información sobre el manejo del poder que existía en el Bizancio del siglo XII; por lo anterior, tampoco permite analizar a través de ella cómo han sido vistas las diferentes mujeres que han estado en el poder, como Irene, Zoé y Teodora, pues la obra se limita a un periodo muy concreto de la historia bizantina.

La importancia fundamental de *La Alexiada* para la presente investigación radica en el hecho de que muestra la visión que tiene su autora sobre los distintos aspectos políticos de su época; además, Ana Comneno da ejemplos de otras mujeres que detentaron diferentes formas de poder político y señala las características que ellas debían tener para ser socialmente aceptadas.

Capítulo 3. El papel de las mujeres dentro del Estado bizantino, según Ana Comneno

Ya que hemos hecho un repaso historiográfico sobre cómo se ha tratado el tema del papel político de las mujeres en la historia bizantina y hemos analizado historiográficamente la fuente que estamos trabajando, ahora es necesario analizar el papel político de las mujeres en la fuente elegida, para que podamos contrastar ambas informaciones, con el fin de ofrecer un análisis más completo.

La obra de Ana Comneno nos resulta de gran ayuda, ya que no sólo la escribe una mujer, sino que también nos muestra ciertos aspectos de la vida aristocrática, que era la clase que detentaba el poder. Además, debido a que la obra responde, en parte, al deseo de la autora por mostrar sus capacidades como gobernante (como reproche a la decisión de su padre de ceder el trono imperial a su hermano), el caudal de información sobre los atributos que debía tener un emperador resulta sumamente útil.

Por otra parte, para enriquecer el análisis, hemos decidido utilizar la información obtenida en las fuentes secundarias consultadas, pues nos proporcionan datos que no se encuentran en la obra de Ana Comneno, sobre las formas políticas que utilizaron las mujeres en el Imperio bizantino; se trata de información que a Ana no le resulta necesaria explicar, por considerarla cotidiana y de conocida por sus lectores, o de acontecimientos que no ocurrieron en el tiempo en que transcurre su relato.

3.1. Características de la mujer aristócrata

La primera pregunta por realizar al texto es: ¿cuáles eran las características que debía tener una mujer, sobre todo las que la enaltecían y le daban la calidad de aristócrata, según Ana Comneno?

Para responder a esta pregunta debemos tomar en cuenta las descripciones de las figuras femeninas, que aparecen dentro de *La Alexiada*, ya que las cualidades que Ana Comneno alaba en ellas son las que justificaban la realeza de la familia Comneno; es decir, Ana ensalza las características que debía tener una familia imperial y que eran, precisamente, las que sus parientes, tanto femeninos como masculinos, presentaban.

Con lo anterior no queremos decir que las particularidades que describe Ana Comneno sean totalmente verdaderas y hayan estado presentes en las personas descritas en su libro; más bien, la importancia de estas descripciones radica en el uso que les da la autora, para justificar a su familia en el poder.

Bajo esta línea de indagación encontramos que, ante todo, Ana Comneno alaba la belleza física de la mujer, que en equilibrio con la belleza de carácter, hacían a la mujer productora de un “gozo inefable”. La belleza de carácter radicaba en ser una persona inclinada a la religiosidad y a las virtudes principales de la religión; es por esto que, ante todo, a las mujeres se les enseñaba el catecismo y los dogmas religiosos;¹⁹⁶ la mujer, según Ana Comneno, debía ser piadosa, caritativa y generosa “con todos los mendigos, andrajosos y desnudos” y, de esta manera, apegarse al papel de madre, es decir, consuelo, tanto de su pueblo como de su familia. Por otra parte, las mujeres de alcurnia debían tener, además de un gran linaje, “un pudor propio

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 260.

de una mujer y de una princesa imperial”,¹⁹⁷ inteligencia, juicio y sensatez para las decisiones imperiales y, sobre todo, fidelidad y respeto a su familia y al emperador (en mayor medida si éste era familiar de la mujer en cuestión):

Su plan definitivo consistía en huir [Alejo Comneno y su hermano Isaac], pero temían descubrirse a la emperatriz, por miedo a que ella se presentara ante el emperador y le comunicara las intenciones de los Comneno, obligada como estaba al respeto hacia ambas partes, ellos y el emperador.¹⁹⁸

En suma, podemos apreciar una contradictoria mezcla de lo femenino, esto es, la suma del antagonismo entre la fuerza y la suavidad, entre la elocuencia y el laconismo. La autora no abunda demasiado en los momentos en que se debían desarrollar estas actitudes contradictorias, pero deja traslucir que la fuerza había de estar en el carácter y la suavidad debía ser innata en las mujeres; así, por ejemplo, la elocuencia era muestra de los grandes conocimientos que poseía una mujer, pero sólo hablaría en los momentos oportunos, para no ser mal vista.¹⁹⁹

Esta mezcla contradictoria de lo que caracteriza lo femenino para Ana Comneno tiene, a su vez, una contraposición en lo que la autora ve como grandes defectos de las mujeres (que no tenían las mujeres de su familia), esto es, la cobardía y una continua tendencia a lamentarse de los infortunios:

[Irene] no dio muestras de tener un temperamento femenino y cobarde, según vemos que manifiestan generalmente las mujeres cuando oyen alguna noticia terrible, momento en que acusan la pusilanimidad en su tez y empiezan a proferir interminables gritos de dolor, como si esas tremendas circunstancias fueran a afectarlas directamente.²⁰⁰

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 124.

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 139.

¹⁹⁹ *Cfr.*, *ibid.*, pp. 177, 181-182 y 188.

²⁰⁰ *Ibid.*, pp. 588 y 589.

3.2. Diferencia entre los géneros en el papel imperial

Para entender más a fondo estas contradicciones en las cualidades femeninas, hemos de contraponerlas con las características masculinas deseables para ser emperadores, esto es, se deben exponer aquellos factores que, para la sociedad bizantina, debía tener un buen gobernante, o los hombres cercanos al poder político.

El género masculino también tenía bien marcado cuáles eran las características, roles y decisiones que debía llevar a cabo. Un emperador, o algún ministro, no sólo debía hacerse cargo de la administración pública, sino también resguardar la seguridad del imperio, lo que equivalía a desempeñarse de manera excelsa en el arte militar. Las cualidades que, según Ana Comneno, habría de tener un hombre para ser designado por la divinidad para gobernante del imperio se nos muestran en la descripción de Nicéforo Brienio (abuelo del esposo de la misma Ana):

Este hombre merecía realmente el imperio por su maestría en el arte de la guerra, por su pertenencia a uno de los linajes más ilustres, y por las cualidades personales que lo adornaban: su elevada estatura, la belleza de su rostro y la superioridad que manifestaba sobre sus contemporáneos gracias a la seriedad de carácter y la fuerza de sus brazos. Era tan diestro en persuadir a la gente y tan capaz de atraerse a todos desde su primera mirada y su primera conversación, que todos en masa, soldados y civiles, lo auparon a los primeros puestos y lo consideraron digno de reinar sobre todos los dominios orientales y occidentales.²⁰¹

Como jefes del ejército, los hombres habían de ostentar su fuerza, por ser el ejemplo para todo el ejército; tener agudeza e inteligencia y ser precavidos y astutos para desempeñarse como estrategas; la elocuencia era una cualidad que debían desarrollar ya que era necesario arengar a los soldados, convencer a los ministros y lograr acuerdos diplomáticos:

²⁰¹ *Ibid.*, pp. 95 y 96.

Arrastraba [Alejo] con el diluvio de sus argumentaciones a toda audiencia y espíritu y era inenarrable e invencible con su lengua igual que con su mano, ésta por sus cualidades de manejar la lanza y aquella por su puro encanto.²⁰²

Como se aprecia, la fuerza de los hombres era una necesidad vital para el imperio, mientras que en las mujeres esa fuerza solamente debía estar en el carácter, ya que el arrojo producía temor: “al ver que la actitud de las mujeres era más obstinada y su comportamiento más arrojado que antes, temieron que se produjera un alboroto”;²⁰³ la elocuencia masculina era habitual e igual de necesaria, en las mujeres, como se dijo anteriormente: era muestra de inteligencia, pero, si se extendían demasiado se consideraba verborrea. La inteligencia y la sensatez del hombre lo hacían apto para una buena administración; en una mujer, expresadas de manera modesta y con dulzura, la hacían una gran compañera y un consuelo para los gobernantes; el mismo Alejo lo mostró cuando, en palabras de Ana Comneno, le dijo a Irene, su esposa:

No puedo conocer la causa, ni el origen de este dolor. Y te digo más, alma mía amadísima, compañera de mis penalidades y de mis pensamientos, con frecuencia deseo bostezar, pero en medio del bostezo se me corta la respiración y me crea un sufrimiento enorme. Explícame, si lo sabes, qué es esta otra dolencia que me viene.²⁰⁴

En conclusión, para Ana Comneno la figura masculina representaba la fuerza física y la femenina, la paz mental; sin embargo, dentro de esta gran diferencia, ambas figuras eran necesarias una para la otra, pues así se creaba el equilibrio necesario que permitía gobernar un imperio tan conflictivo como el bizantino. No obstante, dejar el análisis en estos términos es simplificar el papel de ambos géneros dentro de la sociedad y la historia bizantina; por lo anterior, es necesario estudiar otros aspectos en donde se desenvolvían hombres y

²⁰² *Ibid.*, p. 180.

²⁰³ *Ibid.*, p. 151.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 625.

mujeres, por ejemplo el ámbito político, poniendo mayor énfasis, por ser el tema que nos ocupa, en las mujeres.

3.3. Los roles femeninos en Bizancio

Vistas las características necesarias en una mujer aristócrata para ser considerada como ejemplar, pasaremos al análisis de los roles que desempeñan las mujeres retratadas por Ana Comneno. Se busca conocer las funciones que desarrollaban dentro de su sociedad, para, de esta manera, entender cómo manifestaban su poder dentro de estos roles asignados.

La familia era un elemento de gran importancia para la sociedad bizantina y lo es para este estudio porque muestra los roles y el campo de acción de ambos géneros. Respecto de la familia imperial, Louis Bréhier explica que tenía un lugar importante en el gobierno debido a la doctrina legitimista,²⁰⁵ ya que dentro de ella radicaba parte de la legitimidad del emperador, lo que permitía una mayor participación de la familia imperial en la vida política:

Según una tradición que se remonta a los orígenes del Imperio, todos los que tenían algún parentesco con el soberano ocupaban en el Estado una plaza privilegiada y solían participar de manera importante en las actividades del gobierno.²⁰⁶

Dentro de las figuras importantes de la familia imperial encontramos a la madre; ella detentaba mucho poder, por lo que se le reverenciaba de manera habitual y se respetaban sus decisiones; un ejemplo de la autoridad de la madre en la obra de Ana Comneno se da cuando la madre de Alejo convenció al emperador Romano Diógenes de que su hijo se quedara a su lado, en lugar

²⁰⁵ Doctrina legitimista es un término que emplea Bréhier para explicar el cambio en las costumbres bizantinas sobre la herencia del trono. Este concepto es analizado en páginas posteriores, *vid infra*, pp. 121-126.

²⁰⁶ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, op. cit., p. 32.

de ir de campaña militar, a pesar de que Alejo era necesario en el campo de batalla por sus cualidades militares;²⁰⁷ también resulta significativo el momento en que, tras haberse apoderado del imperio, los Comneno regresaron a la “emperatriz de las ciudades” y “estuvieron deliberando sobre si debían acudir primero en busca de sus madres para rendirles el habitual saludo según lo acostumbrado y luego marchar sobre el palacio imperial o viceversa;”²⁰⁸ y se decidieron por buscar primero a sus madres. Por otra parte, parece ser que la obediencia a la figura materna era algo bien visto por los bizantinos; el vínculo con la madre sólo terminaba con la muerte de ésta o con el matrimonio de los hijos.²⁰⁹

La esposa también tenía un papel de gran importancia en la vida política de Bizancio; como ya se dijo anteriormente, el hecho de que fuera la compañera y el consuelo del emperador muestra la gran importancia que los bizantinos concedían al concepto de la pareja imperial: a ella estaban dirigidas la mitad de las aclamaciones populares, pues se ofrecían a cada uno de sus miembros. Las esposas, en general, no sólo la del emperador, debían ser inseparables de sus maridos, tanto en la guerra como en las penalidades y los castigos; así lo dice Ana Comneno cuando refiere el momento en que su padre y colaboradores decidieron asumir la penitencia como castigo por haber derrocado al emperador Nicéforo Brieno: “Ellos aceptaron las penas y las cumplieron animosamente. Tampoco sus mujeres consintieron en permanecer libres de castigo (¿cómo podrían negarse si eran amantes esposas de sus

²⁰⁷ Comneno, *op. cit.*, p. 87.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 169.

²⁰⁹ Véase el relato que hace Ana Comneno sobre la obediencia de Alejo hacia su madre a pesar de ya ser un hombre y guerrero. *Ibid.*, p. 109.

maridos?) y voluntariamente aceptaron el yugo del arrepentimiento”.²¹⁰ De la misma manera, las mujeres debían estar presentes en las últimas horas de vida de sus esposos y después de su deceso debían mostrar gran desconsuelo, lamentarse públicamente y guardar el luto vestidas de negro y de manera sencilla:

La emperatriz se quitó el velo, tomó una navaja y se cortó su famosa cabellera hasta la raíz; arrojó el calzado púrpura de sus pies y pidió las primeras sandalias negras que hallaran. Cuando quiso cambiar la ropa púrpura por la negra, no fue fácil encontrar vestiduras. Gracias al hecho de que la tercera de mis hermanas tenía ropas adecuadas a la ocasión y a las circunstancias de la viudedad, porque hacía tiempo había sufrido esta desgracia, la emperatriz, tras tomar las vestiduras, pudo ponerse de luto y se echó sobre la cabeza un simple velo de color oscuro.²¹¹

Con respecto a la idea de que las mujeres no iban a la guerra, sobre todo la emperatriz, encontramos una seria discusión entre los historiadores contemporáneos. Por una parte, Louis Bréhier menciona que las esposas (aunque se refiere a las de los emperadores) no iban a las guerras, de hecho menciona que sólo a partir del contacto con Occidente, esto es, en el siglo X, comenzaron a acompañar a sus maridos.²¹² Sin embargo, la historiadora Régine Pernoud, subraya el hecho de que tanto las esposas de los cruzados, como las de los bizantinos acompañaban a sus maridos a las batallas. Considero que ésta es la afirmación más acertada, ya que en el relato de Ana Comneno se muestra, con suma naturalidad, el hecho de que las mujeres occidentales estuvieran en las batallas;²¹³ incluso, la autora describe cómo su madre, Irene Ducas, a pesar de tener un carácter tranquilo y casero, tuvo que acompañar al emperador Alejo en diferentes campañas militares, con lo que se

²¹⁰ *Ibid.*, p. 187.

²¹¹ *Ibid.*, pp. 631 y 632, sobre todo parágrafos 19 y 20.

²¹² Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, *op. cit.*, p. 25.

²¹³ Pernoud, *op. cit.*, p. 10. También es un pasaje muy interesante el de la descripción que hace Ana Comneno de la esposa de Roberto Guiscardo. Comneno, *op. cit.*, p. 224.

ganó la aprobación popular; Ana aduce que la razón por la que las mujeres iban a la guerra era porque no debían estar alejadas de su marido.²¹⁴

Que las mujeres fueran a la guerra no quiere decir que lucharan dentro de los ejércitos, como lo hacían algunas mujeres occidentales; carecemos de fuentes para afirmar lo anterior; solamente se busca dejar en claro que hubo mujeres que asistieron a eventos militares y siguieron la misma suerte de sus maridos, sin que el hecho se viera como un suceso extraordinario en la vida social del imperio. Pero, aunque no combatieran, las mujeres tenían otras formas de pelear:

Pues bien, ella [Irene] seguía a la expedición militar que se había emprendido (el emperador había comenzado su ofensiva contra Bohemundo) voluntaria e involuntariamente. La emperatriz no debía verse envuelta en un enfrentamiento con el ejército bárbaro. ¿Cómo podría ser posible? Este gesto sería digno de Tomiris y de Esparetra de Masagetis, pero no de mi madre Irene. Su valor se encauzaba en otra dirección, y se armaba, mas no con la lanza de Afrodita y el casco de Ares: ella tenía por escudo, broquel, espada y cuchillo el enfrentarse rectamente a las adversidades y asechanzas de la vida, con que el imperio sabe acometer a los emperadores, la energía en el momento de obrar, una actitud muy firme contra las pasiones y una fe sincera propia de Salomón. De este modo y para tal tipo de guerras estaba preparada mi madre; en los demás aspectos era la más pacífica, haciendo honor a su nombre.²¹⁵

Dentro de la familia imperial el nacimiento era visto con regocijo; ello se entiende si se toma en cuenta que en esa época la esperanza de vida era mínima debido a las pestes, hambrunas, guerras y a los pocos avances médicos; tanto el nacimiento de hijos, como el de hijas era celebrado, pues permitía la continuación del linaje familiar, algo de suma importancia en esa sociedad, donde la familia era un vínculo fundamental, sobre todo entre los aristócratas.²¹⁶

²¹⁴ Comneno, *op. cit.*, p. 481.

²¹⁵ *Idem*. En los casos en donde las mujeres no acompañaran a sus maridos, tanto a la guerra contra invasores como en una revuelta, se ponían en refugio dentro de las iglesias hasta lograr obtener la salvaguarda del emperador en turno. *Ibid.*, pp. 150-153.

²¹⁶ Es interesante hacer notar que los nombres con que se bautizaba a los niños dependían de los nombres familiares. Al primogénito se le ponía el nombre de los abuelos paternos (según el

El nacimiento de un porfirogéneta (hijo del emperador que gobierna en ese momento) implicaba la salvación del imperio, ya que sin un heredero se podrían disputar el trono todos aquellos que se creyeran con el linaje lo suficientemente alto para ascender a él; con lo anterior no queremos decir que existiese una ley de sucesión del trono (la cual no existía), más bien, el nacimiento de un hijo del emperador implicaba que no habría una cruenta guerra por el poder ya que existiría un César que sería designado para continuar la tarea de gobierno, a menos que los “designios divinos” lo derrocaran. Por lo anterior, los hijos eran bienvenidos con aclamaciones y regalos; el relato que Ana Comneno hace de su propio nacimiento resulta ilustrativo:

Las tradiciones que se cumplen cuando tiene lugar el nacimiento de algún hijo de la pareja imperial, según se dice, se llevaron también a cabo cuidadosamente conmigo; estas tradiciones consistían en aclamaciones y en la distribución de obsequios y dignidades a los notables del senado y del ejército; todos y, en especial, los parientes consanguíneos de la emperatriz, estaban más contentos que nunca, cantaban, saltaban y no sabían qué hacer de gozo.²¹⁷

Ciertamente, en la familia imperial era más importante el nacimiento de un varón, para que la línea dinástica permaneciera, pero esto no implicaba que el nacimiento de una mujer fuera mal recibido; las niñas recién nacidas eran bienvenidas en el núcleo familiar ya que bien podían ceder el poder imperial a su esposo o fungir como herramienta diplomática al ofrecer su mano en matrimonio, pero estos aspectos los analizaremos más adelante.

género) y los segundos hijos el de los abuelos maternos. Esto nos lleva a deducir la gran importancia que tenían los hijos como continuación del linaje, Herrin, *op. cit.*, p. 187.

²¹⁷ Comneno, *op. cit.*, p. 281.

3.4. Campos de acción política de las mujeres bizantinas

Vistas las características y roles que desempeñaban las mujeres bizantinas, hemos de entrar en el análisis sobre la manera en que las mujeres manipulaban el poder y se movían en las diferentes esferas políticas.

Para lograr lo anterior, se estudiarán diversas formas en las que las mujeres detentaban algún poder político, o donde fueran una herramienta de éste. Siguiendo con lo anterior, estudiaremos tanto la figura de la *basilissa*, por ser un personaje con una carga política desde el nombre de su título, como las formas veladas en que las mujeres se movían por las esferas del poder, incluso en aquellos casos donde se las utilizaba como arma diplomática, esto es, el matrimonio.

3.4.1. La figura de la *basilissa*

Como se dijo anteriormente, la esposa tenía un papel de suma importancia dentro del Imperio bizantino; siguiendo esta línea debemos entender que el papel que jugaba la esposa del emperador era de gran envergadura, no sólo como esposa del gobernante sino, también, como la *basilissa* o emperatriz, es decir, la primera mujer de todo el pueblo romano oriental, ya que ostentaba el mismo título que el emperador, sólo que en femenino: *βασίλις, βασίλισσα, αὐτοκρατόρισα*.²¹⁸

Sin embargo, debemos hacer la aclaración de que no siempre fue la esposa del emperador quien ostentaba el título de *βασίλισσα*; cualquier mujer emparentada, incluso políticamente, con el emperador podía acceder al título; y

²¹⁸ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, op. cit., pp. 23 y 24. Decidimos utilizar el término griego de *basilissa* en el resto de la exposición para no confundir las características que encierra este título con el de emperatriz, que es un término occidental, donde la mujer que detenta este nombre solamente es la esposa del emperador, sin mayor acción política.

es que la figura de la *basilissa* era de suma importancia como para quedar vacante, por ser, como se dijo anteriormente, el complemento de la parte masculina; por ello hubo *basilissas* que eran las madres, hijas, tías o hermanas del gobernante en turno.

También es necesario aclarar que no era necesario que una sola mujer fuera la *basilissa*, hubo ocasiones en que varias mujeres a la vez ostentaron el título; incluso, hubo casos en los que la esposa del emperador derrocado continuaba con la dignidad imperial, pero ella no se hacía cargo de las obligaciones que tenía la primera *basilissa* o “señora”, como se les llamaba, que era parte esencial de la pareja imperial: “Los Ducas recelaban bastante del hecho de que la emperatriz aún no hubiera sido honrada con la diadema imperial e insistían en que también la emperatriz Irene debía ser honrada con la corona”.²¹⁹

Hay dos aspectos de suma importancia que debemos analizar en la figura de la *basilissa*: el primero de ellos se refiere al papel que ésta jugaba como parte de la pareja imperial, desde la forma como era electa hasta sus actividades dentro del palacio imperial; el segundo, busca analizar los aspectos políticos que dirigía la *basilissa* de manera autónoma, es decir, hasta qué punto llegaba su soberanía.

3.4.1.1. Características de la *basilissa*

La elección de una *basilissa*, cuando el emperador no estaba casado antes de subir al poder o era nacido en la sala púrpura (en el caso de Alejo no

²¹⁹ Comneno, *op. cit.*, p. 179. Las dudas eran muchas ya que la madre del emperador, Ana Dalasceno, era la primera *basilissa* y la esposa del anterior emperador, María de Alania, seguía con la dignidad imperial e Irene sólo se nombraba como esposa del emperador, sin ningún título.

sabían si romper el compromiso con Irene y casarlo con María de Alania o hacer emperatriz a Irene), dependía en gran parte de la belleza, ya que “no exigían otra dote que salud y belleza”;²²⁰ sin embargo, con el paso del tiempo, fueron ganando importancia las alianzas diplomáticas, por lo que el emperador debía unirse con la hija de alguna familia importante o “problemática”, sin importar otros factores, como, por ejemplo, la procedencia geográfica. Los emperadores hacían la elección de varias candidatas que satisficieran las necesidades políticas y, además, fueran hermosas; de este grupo selecto el príncipe heredero escogía a la que debía partir hacia Constantinopla con la mayoría de los miembros de su familia.²²¹

Estas mujeres extranjeras, debían estudiar el ceremonial antes de arribar a la capital, por lo que eran instruidas por un emisario imperial; recién llegadas a la ciudad debían olvidarse de quiénes eran y “bizantinizarse”: “Una vez en Constantinopla, eran adoptadas por la casa imperial y perdían su antigua condición, su nacionalidad y hasta su nombre, que cambiaba por otro helénico”.²²² Ya en el palacio, y dentro del gineceo, los eunucos y las damas de la corte la instruían en los últimos puntos del ceremonial.²²³

Después de la ceremonia de unión con el emperador, la recién nombrada *basilissa* era coronada en uno de los recintos del palacio, en presencia del patriarca de Constantinopla, y se presentaba en público, al igual que el emperador, para ser “aceptada” y aclamada por el pueblo que iba a gobernar; el ceremonial mostraba que ella “personifica la forma como se

²²⁰ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, op. cit., p. 26.

²²¹ Herrin, op. cit., p. 87.

²²² Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, op. cit., p. 28.

²²³ Para una descripción detallada del ritual de coronación de una *basilissa*, Herrin, op. cit., pp. 89-95.

transmite el poder imperial de una generación a la siguiente”.²²⁴ Debido a que la *basilissa* era sujeta al casi el mismo ritual de coronación que el *basileus*, y tenía como obligación, de igual manera, “cuidar al pueblo de Dios”, se le denomina de la misma manera que al emperador, sólo que en femenino, como se dijo anteriormente.

En Constantinopla no se concebía la corte sin *basilissa*; la corte era el lugar por excelencia de su dominio; se necesitaba de la *basilissa* para regular la vida aristocrática y la del gineceo. Debido a la necesidad de la figura de la *basilissa*, la mujer que llegaba a poseer este título ya tenía asegurada una forma de poder dentro del Estado:

Al contraer matrimonio dentro de la dinastía gobernante, estas mujeres establecieron una relación especial con la autoridad absoluta del monarca bizantino, primero por mediación de sus esposos y después por la de sus hijos. Como viudas, continuaron vistiendo la púrpura y hallaron modos adicionales de influir en el curso de los acontecimientos.²²⁵

Además, la *basilissa* también era una figura pública: no estaba confinada a los muros del palacio imperial; las aclamaciones populares también eran para ella y el pueblo rezaba por ella en los momentos críticos.²²⁶

Louis Bréhier sostiene que la *basilissa* estaba muy restringida en sus movimientos, porque no aparecía en banquetes, cortejos imperiales, ni en el hipódromo, así como tampoco asistía a la coronación del emperador, ni estaba en el campo de batalla.²²⁷ Tras conocer la obra de Ana Comneno y apoyándonos en los otros historiadores estudiados, notamos que la *basilissa* sí

²²⁴ *Ibid.*, p. 93.

²²⁵ *Ibid.*, pp. 19 y 20.

²²⁶ Comneno, *op. cit.*, pp. 158 y 176. Dentro de la obra de Ana Comneno hay varios pasajes en donde nos muestra como las aclamaciones populares llevaron a la decisión final de elegir a Irene Ducas como soberana consorte.

²²⁷ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, *op. cit.*, p. 25. Judith Herrin contradice este punto argumentando que la *basilissa* no salía a menudo fuera del palacio, pero que de igual forma llegaba a asistir a eventos imperiales, y actos en el Hipódromo. Herrin, *op. cit.*, pp. 43 y 44.

debía participar en actos imperiales, como banquetes y cortejos, asistía a visitas oficiales y, como ya hemos dicho, a menudo acompañaba al emperador en sus campañas militares.²²⁸ El texto de Ana Comneno es muy claro al respecto:

[Alejo I Comneno] Obligó a la augusta a que partiera con él. Pues así era su carácter; no deseaba en absoluto dedicarse a los asuntos públicos, sino que vivía frecuentemente aislada y realizaba sus tareas, me refiero a la lectura de santos varones, a la meditación, a las buenas obras, a la caridad con las gentes, sobre todo con aquellos que sabía por su hábito y su forma de vida que servían a Dios, y se daba a la oración y a los cantos alternativos de himnos.²²⁹

3.4.1.2. La soberanía de la *basilissa*

Al referirnos a la soberanía de la *basilissa* queremos exponer aquellos casos en donde ésta ejercía un poder político factible y evidente. Usaremos dos tipos de fuentes, como lo hemos venido haciendo: la información ofrecida por Ana Comneno y los datos aportados por nuestras fuentes secundarias, para eventos que no ocurrieron en el periodo del que se ocupa nuestra fuente primaria principal.

Steven Runciman expone que la *basilissa*, por el sólo hecho de poseer este carácter, ya tenía un poder soberano dentro del Imperio bizantino; en palabras de este autor: “La coronación daba a la emperatriz una participación en la soberanía, tomaba, incluso, alguna parte en el gobierno.”²³⁰ No obstante, la soberanía y gobierno de la *basilissa* no se limitaba a lidiar con algunos aspectos del imperio; en los casos de regencia se dieron verdaderos gobiernos femeninos.

²²⁸ Diehl, *op. cit.*, p. 56. Norwich nos dice que era “mal visto” que la *basilissa* no asistiera a la coronación, Norwich, *op. cit.*, p. 245.

²²⁹ Comneno, *op. cit.*, p. 479.

²³⁰ Runciman, *op. cit.*, p. 62.

La *basilissa* regente compartía el gobierno con el patriarca, con los altos magistrados del Senado, con eminentes militares y con los funcionarios civiles y del palacio.²³¹ Este tipo de casos se daban cuando “el emperador era incapaz de gobernar por sus pocos años o por enfermedad, y no había ningún otro emperador, la emperatriz actuaba con plena soberanía, con pleno e indudable derecho”.²³² Esta regencia también se podía transformar en un gobierno de coemperadores, ya que la *basilissa* podía firmar y gobernar conjuntamente con su hijo pequeño y no sólo en su nombre.

Sin embargo, Bréhier sostiene que, en la mayoría de los casos de regencia por minoría de edad del emperador, se acababa en una guerra doméstica, por lo que era necesario que la *basilissa* se casara, para ceder el poder a otro hombre; pero los casos de guerras domésticas que plantea este historiador fueron muy pocos, y se debieron a que varias veces las *basilissas* madre no querían ceder el poder a sus hijos, cuando éstos ya cumplían la mayoría de edad.²³³ Por el contrario, Judith Herrin plantea que esta cesión del poder por parte de las mujeres respondía al deseo de continuar el principio dinástico que ellas resguardaban con celo, por ser en beneficio de sus hijos, y, por otra parte, así tenían la posibilidad de no gobernar solas, sino en el marco de una regencia.²³⁴

Además de la regencia por incapacidad del heredero, existió otro tipo: el gobierno interino de la *basilissa* cuando el emperador se alejaba de Constantinopla por largos periodos. Para este caso no hay mejor ejemplo que la cesión de poder, a través de un crisóbulo, que emitió Alejo I Comneno a

²³¹ Herrin, *op. cit.*, p. 48.

²³² Runciman, *op. cit.*, p. 62.

²³³ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino, op. cit.*, p. 25.

²³⁴ Herrin, *op. cit.*, p. 46 y 48.

favor de su madre Ana Dalasceno para que gobernara el imperio, por ella misma y no sólo en su nombre:

En suma, la situación era la siguiente: el emperador poseía simbólicamente el imperio, pero ella poseía el imperio mismo; la una legislaba, administraba y regía todo y él refrendaba con su sello las medidas de aquélla, las escritas con su firma y las no escritas con su aprobación verbal; por así decir, su madre lo tenía como un instrumento de su autoridad, no como el emperador.²³⁵

Con la cita anterior Ana Comneno nos expresa claramente la diferencia de un poder simbólico y un poder fáctico, este último en manos de una mujer. Además, esta cita nos da a entender que la mujer podía gobernar sin romper con ley, norma o costumbre alguna. Incluso los casos en que la *basilissa* gobernó sola (sin regencia, como los casos de Irene en el siglo VIII y de Zoé y Teodora en el XI) no fueron mal vistos ni se consideraron ilegales, sólo como gobiernos poco convencionales.²³⁶

Aun sin ser regente, la *basilissa* estaba encargada de ciertos aspectos de gobierno del imperio, de tareas filantrópicas y de procurar alentar la vida monacal, con nuevos proyectos o fideicomisos salidos de su fondo monetario particular, como lo dice la propia Ana Comneno:

El carácter que había en su interior [de Ana Dalasceno] se inclinaba por la reflexión y desarrollaba siempre proyectos nuevos cuyo objetivo no consistía en perjudicar al estado, como algunos murmuraban, sino preservarlo, conducir al imperio, entonces arruinado, a su plenitud y enderezar en la medida de sus fuerzas el rumbo de un estado que estaba reducido a la nada. Aunque estuviera excepcionalmente encargada de la administración de la cosa pública, no por ello desatendía el régimen de vida adecuado para el monacato.²³⁷

En conclusión, la *basilissa* era una figura indispensable para el mundo bizantino; para esa civilización, la figura femenina no estaba denigrada, más bien, era totalmente independiente y muy necesaria dentro del círculo político.

²³⁵ Comneno, *op. cit.*, p. 193.

²³⁶ Diehl, *op. cit.*, p. 34.

²³⁷ Comneno, *op. cit.*, p. 194. Además, Herrin, *op. cit.*, p. 45, donde nos explica los actos piadosos de las *basilissas* de los siglos VIII y IX.

John Norwich considera que la fuerza del cargo de *basilissa* desdibujaba a las personas que lo desempeñaban. Pero en ese caso, lo mismo se podría decir del emperador:

La emperatriz no era alguien por sí misma, sino por ser portadora de un rango reconocido, que conllevaba un poder considerable. Tenía su propia corte y ejercía el control sobre sus ingresos, además, desempeñaba un papel indispensable en el ceremonial imperial.²³⁸

Más que “no ser alguien por sí misma” la *basilissa* tenía un ámbito político bien definido y mucha autonomía de acción.

3.4.2. Otras formas de acción: el poder detrás del trono

En este punto se busca analizar aquellos elementos con los que las mujeres aristócratas utilizaban el poder, pero de una manera más velada que los descritos en el apartado anterior. Dentro de este ámbito la *basilissa* sigue teniendo un papel protagónico; sin embargo, no es la única que utiliza los recursos velados para utilizar el poder; en general, todas las mujeres aristócratas, y sobre todo aquéllas que vivían dentro de palacio, se valieron de esas herramientas.

El análisis se centrará en aspectos de la influencia que ejercían las mujeres sobre el emperador o la protección que ejercían sobre los demás súbditos; por otra parte, también se analizarán la participación de las mujeres dentro de las conjuras palaciegas y las alianzas que establecían.

Como vimos en el primer capítulo, las mujeres han sido tratadas por la historiografía bizantina como una gran fuente de influencia sobre los emperadores; numerosos ejemplos ilustran lo anterior, pero los más elocuentes y los que tienen mayor interés para esta investigación, por ser del periodo que

²³⁸ Norwich, *op. cit.*, p. 245.

trata nuestra fuente, son aquéllos en que se nos muestra a las mujeres Comneno influyendo, incluso manipulando, al emperador Alejo I. Georg Ostrogorsky lo describe con un dejo de reprobación: “El gran estadista y magnífico general que era Alejo siempre había caído fácilmente bajo la influencia de las mujeres”.²³⁹

El ejemplo más usado para mostrar la gran influencia que estas mujeres tenían sobre el emperador es el momento en que Alejo I, en su lecho de muerte, duda sobre cambiar su decisión en torno a la sucesión del trono, por la insistencia de su esposa y de sus hijas. La decisión no cambió, y al final su hijo Juan fue emperador.²⁴⁰ Se da relevancia a este pasaje histórico no por enfatizar la idea de mujeres obstinadas; más bien debemos analizar la gran cercanía y comunicación que había entre las mujeres aristócratas y los hombres de Estado; con lo anterior nos referimos al hecho de que existió la apertura para que las mujeres también participaran en aspectos delicados del gobierno, como lo era la sucesión.

Las mujeres fueron muy activas en las conjuras palaciegas, tan denostadas por la historiografía sobre Bizancio. Estas conjuras solían organizarse para deponer a cualquier personaje del imperio: desde el emperador hasta el patriarca;²⁴¹ en ellas participaban tanto hombres como mujeres, aliándose y traicionando en busca de satisfacer los intereses propios; y no es que fueran ideas netamente femeninas, sino que simplemente las

²³⁹ Ostrogorsky, *op. cit.*, p. 370. Diehl argumenta que la influencia de las mujeres sobre los emperadores era evidente, pero no era la única, también se daba por parte de los favoritos; Diehl, *op. cit.*, p. 39.

²⁴⁰ En su mayoría, los autores relatan este acontecimiento histórico de manera peyorativa, como si fuera un capricho. Ostrogorsky, *op. cit.*, p. 370, Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, *op. cit.*, p. 20, Norwich, *op. cit.*, p. 257, Dieterich, *op. cit.*, p. 186.

²⁴¹ Comneno, *op. cit.*, pp. 179 (conspiración de Ana Dalasceno contra el patriarca) y 382 (la conjura contra el emperador Alejo con la participación de María de Alania).

mujeres tenían un espacio donde las podían planear mejor: el gineceo. Con prejuicio y temor, Diehl comenta:

La revolución adoptaba también a veces otra forma en Bizancio. Conocido es el importante lugar que ocupaba palacio en la vida bizantina, la influencia que la costumbre y la misma constitución concedían a la emperatriz al lado del emperador. En la intimidad de la residencial imperial, en la reclusión del gineceo, en medio de los cortesanos, de los eunucos y de las mujeres, se movían muchas intrigas para preparar la sucesión al trono, y se tramaron muchas conjuras para modificarla.²⁴²

La influencia que las mujeres ejercían sobre los hombres, dentro del Estado bizantino, no sólo se realizaba mediante la manipulación de las decisiones masculinas; sus acciones iban más allá: a lo largo de la historia bizantina encontramos numerosos ejemplos de cómo se recurría a la *basilissa*, o a alguna mujer del palacio, para impedir un castigo o para tranquilizar la ira del emperador; no obstante, también son numerosos los casos en que se buscaba ganarse el favor de la *basilissa* –tanto hombres como mujeres– para sobrevivir en un mundo lleno de intrigas y ésta, a su vez, buscaba tener fieles allegados que la ayudaran en sus empresas.

En *La Alexiada* encontramos varios momentos en los cuales las *basilissas* utilizaron su influencia, no sólo con el emperador, sino con todo aquel que estuviera cercano al poder, para proteger a los suyos. Para legitimar esas acciones, la *basilissa* y sus allegados buscaban unirse en algún vínculo familiar que creara un lazo de lealtad mutuo; estos vínculos iban desde el casamiento del interesado con algún familiar, hasta su adopción como hijo legítimo, con lo cual quedaban enlazados contra cualquier eventualidad y creaban una alianza permanente.

Tal es el caso del propio Alejo I, quien fue adoptado por la *basilissa* María de Alania, esposa del emperador Nicéforo Botaniates, para impedir, según nos

²⁴² Diehl, *op. cit.*, p. 120.

dice Ana Comneno, que los enemigos de los Comneno pudieran quitarles el favor real y, de esta manera, llevaran a cabo sus planes de fuga, protegidos por la *basilissa*; este caso de adopción tiene implicaciones muy importantes sobre el papel de la mujer dentro de los cambios dinásticos, ya que la *basilissa* participó en el derrocamiento de su esposo y legitimó la usurpación al adoptar a Alejo, esto es, la *basilissa* fue de las principales creadoras de la siguiente dinastía:

Presionados por esta apurada situación, los Comneno planearon por necesidad ganarse a los miembros del gineceo y a través de ellos conseguir el favor de la emperatriz. [...]

Así disponía la providencia los intereses de Isaac; no mucho tiempo después, los funcionarios del gineceo a sugerencia de Isaac convencieron a la emperatriz para que adoptase a Alejo. Ésta secundó sus recomendaciones y el día señalado ambos se encontraron en palacio; entonces la emperatriz adoptó a Alejo según el ceremonial seguido desde antiguo para estos casos. Así pues, el gran doméstico de los ejércitos de occidente quedó libre de sus enormes preocupaciones. De ahí en adelante los dos acudían frecuentemente a palacio y, tras hacer la prosternación debida a los emperadores y aguardar un breve rato, se aproximaban a la emperatriz [...] ²⁴³

En suma, las mujeres del palacio imperial estuvieron activas tanto en algunas acciones de política “visible”, como en muchas actividades clandestinas de la política bizantina; sin embargo, siempre buscaron, por las alianzas que formaban, crear redes que las salvaguardaran y las ayudaran a lograr sus propósitos. Pero esos juegos políticos nunca fueron únicamente femeninos.

²⁴³ Comneno, *op. cit.*, pp. 138, y 139. Isaac Comneno, hermano de Alejo, estaba emparentado con la *basilissa* María de Alania por haberse desposado con una sobrina de ésta. Con este parentesco, la *basilissa* quedó atada a los Comneno, ayudándolos a vencer a sus enemigos y ellos quedaron comprometidos a ella respetando su dignidad cuando derrocaron a su esposo. *Ibid.*, p. 174.

3.4.3. El matrimonio, un arma diplomática

Uno de los aspectos más importantes, tanto de la política interior como de la exterior, del Imperio bizantino fue la diplomacia; los elementos con que contaban los emperadores para llevar los asuntos diplomáticos fueron muy diversos, desde regalos y halagos, hasta intimidaciones y amenazas de aliarse con enemigos. Sin embargo, uno de los recursos más usados fue el matrimonio diplomático.

Como dijimos anteriormente, el matrimonio ataba, de alguna manera, a las familias de los cónyuges. Estos lazos de fidelidad creados artificialmente fueron muy utilizados por los gobernantes bizantinos, ya fuera para atraer a alguna familia o personaje que representara un peligro para la estabilidad del trono, o para evitar alguna incursión invasora que desestabilizara el imperio.

Los matrimonios entre familias bizantinas eran formas para buscar alianzas, atraer a las grandes familias provincianas a Constantinopla, mermar enemigos, subir de escala social –ya que al casarse una mujer con el emperador, toda la familia de ésta subía al nivel imperial, con el puesto de *magistri*–, crear dinastías, legitimarse en el poder o simplemente no perder los privilegios obtenidos a lo largo de la existencia del linaje (de la familia).²⁴⁴

Dentro de *La Alexiada*, tenemos varios ejemplos de lo anterior. El primero de ellos es el matrimonio de Nicéforo Botaniates con María de Alania, esposa del emperador anterior y madre del porfirogéneta; esa misma *basilissa*, junto con su parentela política, buscó proteger sus intereses de sucesión

²⁴⁴ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, op. cit., p. 33. Comneno, op. cit., p. 146, nota 3.

imperial y la calidad de heredero al trono de su hijo, por lo que intentó su tercer matrimonio, ahora con el emperador Alejo.²⁴⁵

Otro ejemplo que muestra la fuerza de las alianzas matrimoniales es el hecho de que Ana Comneno, la primera hija del emperador, fuera comprometida con el hijo de María de Alania, Constantino, para así afianzar los lazos imperiales. La autora del libro y protagonista de la alianza considera que su destino era ser la emperatriz, pero la fortuna le fue contraria, pues Constantino murió antes de que se concretara el matrimonio; por lo anterior, se buscó el matrimonio de Ana con Nicéforo Brienio, para atraer al que fuera uno de los enemigos potenciales del emperador, por ser descendiente de otro Brienio que buscó el trono durante el reinado de Botaniates.²⁴⁶

A pesar de que Ana Comneno sabía que este matrimonio con Nicéforo Brienio la alejaba del trono, buscó enaltecer a su esposo dentro de *La Alexiada* para mostrar cómo se le pudo haber cedido el poder a éste que en el caso de ser emperatriz, él hubiera sido un gobernante idóneo para el imperio. A lo largo del texto, Ana Comneno nos narra las virtudes de su esposo, al cual siempre le da el título de César, incluso lo llega a nombrar como emperador.²⁴⁷

Los matrimonios con extranjeros fueron creciendo en número conforme avanzó la historia bizantina; pese a que en principio era muy mal visto emparentar con “bárbaros”, la seguridad del imperio exigía olvidarse del orgullo romano, para lograr, a través de los matrimonios, la unión en forma de vasallaje

²⁴⁵ La figura de María de Alania es la personificación de lo que Judith Herrin menciona como “el papel esencial de las emperatrices en la construcción de dinastías imperiales”, ya que, como hemos dicho en múltiples ocasiones, al ser esposas y madres de emperadores posibilitaban la continuidad de la familia gobernante y legitimaban al usurpador en el poder. Herrin, *op. cit.*, p. 313.

²⁴⁶ Comneno, *op. cit.*, pp. 138, 174-179, 281 y 359.

²⁴⁷ *Ibid.*, p. 575.

con otros pueblos; el matrimonio de gobernantes, tanto locales como extranjeros, con mujeres bizantinas emparentaba a su pueblo con el bizantino.

Para afirmar con más seguridad todavía la influencia bizantina en esos vasallos, se les casaba con mujeres griegas, salidas de la aristocracia senatorial, incluso a veces emparentada con la familia imperial. Y constituía una satisfacción el unirlos así indisolublemente al imperio, como «fieles esclavos de la majestad imperial».²⁴⁸

En un principio, esas alianzas matrimoniales con extranjeros se realizaban entre los hombres bizantinos y las mujeres extranjeras, que provenían, en su mayoría, de territorios dominados por el imperio; sin embargo, con el paso de los siglos, y por necesidades diplomáticas, se buscó casar a las mujeres de la familia imperial con jefes de otros Estados cristianos, ya fuera para crear alianzas o para evitar una invasión. La política de alianzas matrimoniales llevó a que el Imperio bizantino se considerara en pie de igualdad con otros Estados, a los que siempre había considerado inferiores y vasallos;²⁴⁹ además, Bizancio rompía con la tradición expresada por Constantino VII Porfirogéneta en el siglo X, según la cual “había tres cosas que un emperador no debía conceder nunca a un extranjero: una corona, el secreto del fuego griego y la mano de una princesa nacida en la púrpura”.²⁵⁰

A pesar de las exigencias políticas, los bizantinos siempre cuidaron que la normatividad de los matrimonios no fuera violada, esto es, que la edad de los prometidos fuera la adecuada, que existiera el contrato de aceptación por ambas familias y que los candidatos no fueran parientes en ningún nivel, ya que no se permitía el matrimonio ni entre parientes políticos. Ana Comneno da cuenta de estas normas:

²⁴⁸ Diehl, *op. cit.*, p. 55.

²⁴⁹ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, *op. cit.*, p. 34. Sin embargo, Ana Comneno observa los matrimonios con “bárbaros” como poco apegados a los intereses del imperio y como una negligencia, Comneno, *op. cit.*, p. 114.

²⁵⁰ Runciman, *op. cit.*, p. 146.

A Gregorio, su hijo, el sebastocrátor Isaac Comneno lo prometió a una de sus hijas. Como ambos eran aún impúberes, firmaron sólo un acuerdo de matrimonio entre ellos. Luego, tras poner a su hijo Gregorio en manos del sebastocrátor para que se cumpliera el compromiso en la edad permitida por la ley, regresó él por orden del emperador a su territorio. Cuando tras no mucho tiempo su cónyuge pagó la deuda común, se volvió a casar con otra muy noble mujer de origen alano. Pero coincidió que la esposa del sebastocrátor y la que desposó Gabras eran hijas de dos hermanas. Al hacerse esto público y como según las leyes y los cánones la unión de los niños quedaba entonces vetada, se disolvió aquel compromiso.²⁵¹

Así pues, el matrimonio fue una herramienta diplomática para el Imperio bizantino, en donde las mujeres desempeñaron el papel principal, pues aun cuando no siempre se les pedía consentimiento, ellas mismas podían manipular la situación para deshacerse del marido de forma honrosa o buscar una mejor posición para éste.

3.5. La doctrina legitimista

Con el nombre de *doctrina legitimista* nos referimos a la forma como se creó en el Imperio bizantino la sucesión familiar del poder; el término es utilizado por autores como Louis Bréhier para denominar la forma de transferir el poder en Bizancio, donde no existió una ley específica de sucesión al trono; ante tal ausencia, los emperadores debieron crear diferentes modalidades de sucesión para legitimarse en el poder y, de esta manera, crear una dinastía.

Para entender por qué en una civilización con un código judicial establecido y sumamente desarrollado, como era el mundo bizantino, no había una ley sucesoria clara es necesario entender la concepción que se tenía sobre el poder y sobre el soberano. Al explicar los problemas sucesorios también podemos entender las formas con las que las mujeres podían acceder al poder.

En un imperio donde los problemas sociales y políticos se volvían problemas religiosos, era indispensable contar con una figura monárquica con

²⁵¹ Comneno, *op. cit.*, p. 358.

gran fuerza física y espiritual, como se dijo anteriormente. La figura imperial debía estar dotada con una inteligencia amplia, grandes habilidades para la oratoria, virtudes para la guerra y la religión y, sobre todo, debía ser guía de los designios divinos para los romanos, ya que, como dice Bréhier:

[...] un solo Dios en el cielo, un solo emperador en la tierra. De la misma manera que en el cielo todos los ángeles están sometidos a la divina voluntad, mientras los demonios son indóciles, como los bárbaros, así también en la tierra, aunque hay muchas naciones no sometidas, una sola, la de los romanos, está destinada a dominar.²⁵²

El *basileus* tenía un vínculo con Dios, que lo hacía responsable de salvaguardar la fe cristiana y el rebaño de Dios, por ser el “vicario de Cristo”, es decir, se “consideraba que la plenitud de poder de Jesucristo en el cielo quedaba en la tierra encarnada en la persona de su vicario”,²⁵³ por este vínculo, el pueblo bizantino asumía que la decisión sobre la elección de su gobernante recaía directamente en Dios. Para los bizantinos no importaba la persona que llegara al poder, ni la forma en que lo hiciera; quien llegara a ocupar el cargo más alto del imperio, ya fuese por insurrección militar, por asesinato de los altos mandos de la corte, por revolución social o porque el emperador anterior le cediera el trono, debía su designación a la voluntad divina.²⁵⁴ Así por ejemplo, Ana Comneno considera que tras el ascenso de su padre al trono imperial había una decisión divina:

Rápidamente hubiera llevado a cabo su resolución, [el intento de Nicéforo Brieno por matar a Alejo Comneno] si no hubiera sido porque una fuerza divina procedente de lo alto se lo impidió, le calmó la furia de su ánimo y lo inclinó a observar con benevolencia al general. Yo misma pude oírle frecuentemente contar este relato. Le es legítimo, a quien quiera, pensar por ello que Dios guardaba a Comneno para un puesto de mayor rango, ya que era su deseo que el cetro de los romanos fuera honrosamente reclamado por él.²⁵⁵

²⁵² Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, op. cit., p. 4.

²⁵³ Ullmann, Walter, *Historia del pensamiento en la Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1992, p. 34. Sobre la síntesis de la ideología política en Bizancio, *ibid.*, pp. 33-39 y Diehl, op. cit., pp. 31-33.

²⁵⁴ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, op. cit., pp. 4 y 5.

²⁵⁵ Comneno, op. cit., p. 105.

También se consideraba que Dios decidía la duración del emperador en el poder; quien derrocara a un emperador tenía el derecho divino de llevar orgullosamente el título, ya que Dios así lo había dispuesto; el triunfo del usurpador era legitimado por el pueblo mediante la idea del mandato divino. No importaba la extracción social del gobernante; la historia bizantina nos muestra que hubo emperadores que provenían de los grupos sociales más bajos y no siempre de la aristocracia o de los altos círculos militares. En palabras de Charles Diehl, éste era el punto democrático de la monarquía bizantina:

En aquella monarquía de apariencia absoluta existía, en efecto, un principio completamente democrático: como no había en Bizancio sangre real, familia a la que varios siglos de posesión hubiesen consagrado los derechos al poder, cualquiera podía aspirar al trono [...]²⁵⁶

En Bizancio no existía una ley sobre la herencia del trono, ni se concebía la idea de la sangre real de la familia, por lo que si el emperador no abdicaba a favor de alguno de sus hijos o de algún magistrado importante, se ocasionaba una guerra entre facciones del ejército, dentro del palacio imperial o en el Senado.²⁵⁷ Por otra parte, si el favorecido por la decisión del emperador no era del gusto de la aristocracia, del ejército o del pueblo, alguno de estos sectores podía amotinarse para imponer su voluntad, siempre esperando que los demás grupos sociales favorecieran su decisión.²⁵⁸

Sin embargo, la decisión imperial tenía mucho peso ya que “el emperador reinante, por el simple hecho de la naturaleza providencial de su autoridad, posee *ipso facto* el derecho de asociar a un colega en el poder y el de designar su heredero”.²⁵⁹ Bajo este principio lograron crearse dinastías dentro del Imperio bizantino; en algunos casos se buscó continuar con la

²⁵⁶ Diehl, *op. cit.*, p. 113.

²⁵⁷ *Ibid.*, p. 37.

²⁵⁸ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino, op. cit.*, pp. 16-21.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 5.

aparición de una dinastía, cuando el usurpador se casaba con la *basilissa* anterior, para seguir con la línea dinástica.

El emperador, como dijimos anteriormente, podía elegir a su sucesor, y para que esto se llevara a cabo, debía asociar al elegido a la corona mucho antes de morir; esto es, a los nuevos emperadores se les coronaba en vida del anterior. En caso de que el elegido no fuera un hijo del soberano, se arreglaba un matrimonio con alguna pariente de la familia real para que, de esta manera, el candidato entrase en la dinastía imperial y fuera adoptado como hijo legítimo del emperador en turno.²⁶⁰

Con el paso del tiempo, esta tradición de asociación sobrepasó la idea de la decisión divina y se transformó en el concepto de tener un antepasado designado por Dios, lo que generó la llamada doctrina legitimista. Dentro de esta idea de legitimidad por pertenencia a la familia imperial, las mujeres resultaron de suma importancia; cuando el emperador no tenía heredero varón ni lograba asociar algún elegido, una de las mujeres cercanas al *basileus* heredaba el poder, para transmitirlo a otro hombre: “Los ejemplos son múltiples y, a falta de heredero varón, desde los mismos orígenes del régimen, las hijas, las hermanas y las viudas del emperador eran aptas para sucederle, transmitiendo sus derechos a sus esposos”.²⁶¹ Dentro de este papel, el ser hija, o familiar femenina del emperador servía para llevar a cabo la doctrina legitimista y poder iniciar, o continuar, las dinastías, ya que las hijas también eran consideradas princesas con posibilidad de acceder al trono, lo que se muestra al ser denominadas porfirogénetas, por nacer en la *Porphyra*.

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 15.

²⁶¹ *Ibid.*, p. 16.

Sin embargo, no era necesario ser una princesa nacida en la sala Púrpura para ceder el poder de gobierno o para legitimar el ascenso de un hombre al trono. Las *basilissas* viudas eran las que, en la mayoría de los casos, otorgaban este poder; tras el derrocamiento de un emperador, el usurpador buscaba casarse con la *basilissa* viuda y, de esta manera, legitimarse, incluso adoptando como propio al hijo porfirogéneta del emperador depuesto. Ana Comneno nos muestra un ejemplo cuando se refiere al derrocamiento de Miguel Ducas y al ascenso del usurpador Nicéforo Botaniates:

El soberano Miguel Ducas acababa de ser depuesto del trono y de vestir en lugar de la diadema y la corona, la indumentaria talar y la epómide arzobispal; Botaniates, tan pronto se hubo sentado en el trono imperial, como nuestra obra expondrá en su desarrollo con mayor detalle, desposó a la emperatriz María y se dispuso a dirigir los asuntos del imperio.²⁶²

La doctrina legitimista hacía que la legitimidad del emperador fuera concedida por un vínculo con la familia imperial, pero este vínculo no era necesariamente consanguíneo ni hereditario: todos los familiares de un emperador eran portadores de la legitimidad. Al no haber un orden sucesorio en el trono, cualquiera podía aspirar a él, ya que era decisión del emperador cuál de los hijos o hijas sería el asociado.²⁶³ Por lo anterior, incluso las mujeres accedían al poder, aunque, en casi todos los casos, debían ceder el poder a sus maridos o a sus hijos.

En ciertas ocasiones, sin embargo, en las que gobernaron mujeres solas más allá de las regencias y cogobiernos. El poder absoluto en manos de una

²⁶² Comneno, *op. cit.*, p. 95. También es demostrativo el hecho de que se dudara quien sería la *basilissa* durante el gobierno de Alejo; hubo un momento en que se buscó que el recién investido emperador se casara con la misma María de Alania para no interrumpir la línea dinástica. Sin embargo, no hubo necesidad de llegar a ese punto ya que Irene estaba emparentada con el emperador caído, Miguel Ducas.

²⁶³ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, *op. cit.*, pp. 17-19. Para explicar lo del orden sucesorio pone de ejemplo el caso de Ana Comneno.

mujer no fue mal visto en Bizancio; de hecho, se vio con naturalidad: Irene gobernó con todas las atribuciones de un emperador entre el año 797 y el 802; las *basilissas* Zoé y Teodora gobernaron en pareja el imperio en el 1042. Por su parte, Teodora gobernó sola entre el 1054 y el 1056. Todas ellas fueron apoyadas por el ejército, la Iglesia y el pueblo; en ningún caso se consideró vacío el trono cuando gobernaba una mujer.²⁶⁴ En Bizancio, no se consideraba que las mujeres fueran incapaces de gobernar ni que faltaran a ninguna de las obligaciones típicas del papel del emperador, ya que contaban con un consejo militar, generales que hacían las campañas en su nombre y un tropel de administradores anónimos que llevaban a cabo sus funciones, igual que bajo un emperador.²⁶⁵

Con esta doctrina de asociar al trono a cualquier familiar se muestra la importancia de la familia y del matrimonio dentro de la institución imperial bizantina. No obstante, esta doctrina no podría ser impuesta sino fuera importante y legítima la figura femenina dentro del imperio, ya que la legitimidad del heredero la daba la aprobación del pueblo, del ejército o del Senado y si alguno no aprobaba la continuación dinástica se iniciaba la revuelta. En suma, las mujeres no sólo fueron importantes para legitimar a los hombres en el poder, sino que fueron en sí la base de la legitimidad de cualquier emperador.

²⁶⁴ Diehl, *op. cit.*, p. 34.

²⁶⁵ Herrin, *op. cit.*, pp. 22-25. La autora nos muestra, en la figura de Irene, que los bizantinos entendieron "que el cargo de emperador era distinto de la persona que lo ocupaba. Para que el imperio floreciera, tenía que ser gobernado por una persona que llevara el título de *basileus*.", pp. 138 y 139.

3.6. El gineceo, un espacio femenino

El gineceo era el espacio netamente femenino dentro del palacio imperial, por lo que tiene gran importancia dentro de esta investigación. Sin embargo, la información con la que contamos sobre el gineceo es mínima; los historiadores contemporáneos no le han prestado atención, posiblemente por considerarlo como un espacio de vivienda y reclusión de las mujeres y sin mayor importancia dentro de la estructura del imperio. Por otra parte, nuestra fuente primaria, Ana Comneno, no lo menciona a menudo ya que para ella y para su público lector el gineceo era un espacio conocido que no tenía por qué explicar en su obra.

Louis Bréhier es uno de los primeros autores que menciona el concepto del gineceo. Según Bréhier, el gineceo bizantino, resultado de las influencias persas, es el lugar, dentro del palacio, donde se desempeñaban las *basilissas*; ahí vivían acompañadas por sus hijos, por otras mujeres y por los eunucos; la reclusión de las mujeres en Bizancio no llegó al nivel al que llegó en Oriente, pues las *basilissas*, y las demás mujeres, no estaban aisladas totalmente; como ya se dijo, eran figuras que desempeñaban una función pública.²⁶⁶

No obstante, la descripción que Bréhier hace del gineceo es muy escueta y el autor no nos explica la importancia de este espacio que, para muchos autores, era el espacio por excelencia para la intriga política. En el relato que hace Charles Diehl sobre las ceremonias de bienvenida de la princesa Olga de Kiev, menciona, someramente, al gineceo, mostrándolo como un lugar en donde también había vida diplomática y política, diferente a la vida general de la corte, dentro del palacio:

²⁶⁶ Bréhier, *Las instituciones del Imperio bizantino*, op. cit., p. 24.

Cuando Olga, gran princesa de Kiev, fue en 957 a visitar al emperador Constantino VII, no se sabía ya qué imaginar para recibir a aquella mujer, la primera soberana bárbara que había visto Bizancio. Se celebraron magníficas recepciones, en las que la emperatriz ocupó un lugar al lado del basileo, y las elegancias del gineceo rivalizaron con los esplendores habituales de la corte: se dieron suntuosas comidas, con el acostumbrado acompañamiento de canto, música de órgano, bromas y pantomimas de los bufones y danzas rituales.²⁶⁷

Es Steven Runciman quien destaca la importancia social del gineceo. Explica que todos los palacios de la nobleza, no sólo el del palacio imperial, tenían un gineceo donde vivían solamente mujeres; sin embargo, la existencia de estos apartamentos no implicaba que las mujeres no convivieran con los hombres; lo hacían, sólo que fuera del gineceo, ya que en él no podían entrar hombres.²⁶⁸

En este punto adquiere mayor importancia el gineceo: al ser un espacio sólo para mujeres, en donde los hombres (que no fueran eunucos encargados de la seguridad) tenían restringida la entrada, las mujeres tenían plena libertad de acción y de pensamiento y podían crear su propia organización.

Además de las oficinas públicas y de los vastos departamentos del emperador había unas construcciones donde residía la emperatriz con su corte, dependencias que estaban bajo su sola autoridad y donde el emperador no penetraba nunca sin permiso de aquella.²⁶⁹

Por otra parte, nos dice Runciman, el gineceo imperial tenía completa independencia: tenía su propia autoridad, la *basillissa*, y su propia organización; también tenía su propia fuente de recursos económicos, pues era el lugar donde se monopolizó la confección de la seda, tela considerada un artículo de lujo, que era usada solamente por las familias aristócratas.²⁷⁰

En consecuencia, la importancia del gineceo no sólo radica en haber sido un espacio para las mujeres, donde podían vivir plenamente, sino en

²⁶⁷ Diehl, *op. cit.*, p. 56.

²⁶⁸ Runciman, *op. cit.*, pp. 180 y 181.

²⁶⁹ *Ibid.*, p. 174.

²⁷⁰ *Idem.*

haber sido un espacio autónomo. Este espacio era gobernado y dirigido por la primera *basilissa*, quien se encargaba de que el ceremonial de la corte fuera llevado a cabo, que los vestuarios, las diligencias y las ceremonias fueran perfectas, y que el comportamiento de las habitantes fuera el correcto; en caso de que esto no sucediera, la *basilissa* podía cambiar todo e imponer el orden y la moral:

Volviendo a ella [Ana Dalasceno], diré –dice Ana Comneno– que era la mayor gloria tanto del sexo femenino, como del masculino, y un adorno de la naturaleza humana; ella transformó, mejoró e impuso un orden digno de elogio en el gineceo de palacio, que estaba totalmente corrompido desde que el famoso Monómaco asumiera el mando del imperio y que había sido el centro de insensatas pasiones hasta el reinado de mi padre.²⁷¹

No tenemos información sobre cuáles eran las “insensatas pasiones” a las que se refiere Ana Comneno, pero queremos rescatar la idea de la propia Ana de que era un espacio de acción para las mujeres. Dentro de él, las mujeres podían reunirse con cualquier persona y dirigir los asuntos del imperio desde su propia perspectiva. Además, el gineceo era el lugar en donde vivían los pequeños príncipes y se les impartía educación, lo que llevaba a que las mujeres controlaran el tipo de información y de crianza que tendría la siguiente generación de gobernantes.²⁷² En este espacio autónomo, la *basilissa* encarnaba el poder absoluto que rivalizaba con el resto de la corte y con el emperador, ya que la emperatriz tenía completa libertad de movimiento por el palacio, mientras que el emperador –si así lo quería su esposa– tenía prohibida la entrada a una parte importante de su corte. Es por lo anterior que Runciman nos dice: “Dentro de Palacio [la *basilissa*] era casi más poderosa que el

²⁷¹ Comneno, *op. cit.*, p. 193.

²⁷² *Ibid.*, p. 175 y Herrin, *op. cit.*, p. 39. Judith Herrin nos explica que la educación estaba en manos de los eunucos que eran los principales guardianes del gineceo y los únicos hombres con libre acceso a estos aposentos.

emperador".²⁷³ Sin duda el tema del gineceo merece una investigación más amplia que los propósitos de esta tesis. Por ahora baste con señalar su importancia.

3.7. Conclusiones parciales: Las mujeres bizantinas y el poder político

En conclusión podemos decir que *La Alexiada* de Ana Comneno nos provee de valiosa información sobre la relación que existió entre las mujeres aristócratas bizantinas y el poder político imperial. La gama de datos que se obtienen de esta obra incluye información sobre las características que debía tener una mujer de la corte imperial, sobre todo la *basilissa*, y los roles que desempeñó tanto dentro del círculo familiar, como dentro del político en la corte imperial. Además, la obra de Ana Comneno muestra bastantes ejemplos de las formas de acción política de las mujeres y cómo eran aceptadas por los hombres.

Sin embargo, *La Alexiada* no es una fuente suficiente para entender cada uno de los ámbitos en donde se desarrollaron las mujeres; con lo anterior queremos decir que la obra de Ana Comneno no muestra aspectos cotidianos de la vida femenina dentro de palacio; esta omisión no es intencionada por parte de la autora, más bien responde a dos circunstancias: la primera de ellas se refiere al hecho de que la obra fue escrita para un público determinado al cual no era necesario darle explicaciones sobre hechos que eran inmediatos para ellos; la segunda circunstancia está relacionada con el carácter y con los objetivos de *La Alexiada*, es decir, la obra de Ana Comneno tiene como principal objetivo mostrar las hazañas de Alejo I Comneno, por lo

²⁷³ Runciman, *op. cit.*, p. 174.

que referencias a actividades femeninas en el gobierno anteriores al momento de Alejo no son expuestas.

No obstante, estas lagunas que deja la obra de Ana Comneno fueron salvadas utilizando fuentes contemporáneas que han estudiado, aunque sea superficialmente, el papel de las mujeres dentro de la corte bizantina. Las fuentes y la bibliografía utilizadas nos dieron datos importantes sobre *basilissas* que detentaron el poder supremo, la ideología con respecto a la sucesión del trono y algunas características del gineceo. Sin embargo, nuestra investigación dejó abiertas muchas preguntas sobre las formas en que las mujeres utilizaban sus roles establecidos para la detentación del poder; también se crearon dudas sobre la impresión que existió en el pueblo bizantino respecto de estas acciones femeninas.

Por lo que tiene que ver con la manera como se relacionaban las mujeres bizantinas con el poder político, podemos hacer la siguiente recapitulación: en primer lugar, observamos que las características que debía tener una mujer aristócrata eran una ambivalencia entre la fortaleza y la suavidad, es decir, que la mujer bizantina debía ser fuerte y autoritaria sólo con aquellos atrevidos y cobardes, pero también debía ser piadosa y consoladora con los oprimidos y los desvalidos. En esta ambivalencia sólo había cabida para la belleza y la inteligencia, mientras que la cobardía y los lamentos eran inaceptables.

Los atributos ideales de la mujer se sumaban a las características idealizadas para los hombres con el fin de tener una pareja que se complementara y equilibrara en el poder imperial. Desde esta perspectiva

observamos que la figura de la *basilissa* resultaba totalmente imprescindible para el trono, por lo que no estaba relegada del poder político.

Por otra parte, encontramos que las mujeres bizantinas debían desempeñar diferentes roles a lo largo de su vida, a través de los cuales pudieron acercarse y detentar cierto tipo de poder. Para entender cómo se relacionaban los roles de las mujeres con la participación de éstas en el ámbito político, primero debemos entender que la familia fue un núcleo de suma importancia para el mundo bizantino, por lo que la imperial fue la representación máxima de este núcleo tan importante; además, la familia fue importante para la legitimación del emperador en el poder y para la creación de las siguientes generaciones de emperadores, esto es, con el nacimiento de los porfirogénetas.

Como se dijo líneas arriba, la *basilissa* era una figura necesaria dentro de la estructura del poder político en el Imperio bizantino. Desde el nombre de *basilissa* encontramos que la mujer que lo ostentaba tenía características similares a su homólogo masculino, por lo que también tenía derechos similares y, sobre todo, la misma obligación de cuidar al pueblo de Dios. La figura de la *basilissa* fue tan importante para el mundo bizantino que, para evitar la ausencia de dicha figura, se aceptó que la mujer que llevara este cargo no fuera, necesariamente, la esposa del emperador; de hecho podía ser cualquier mujer que estuviera relacionada con él.

Al ser una figura siempre en relación con el emperador, la *basilissa* tenía tanto actividad dentro del palacio como fuera de él. Las apariciones públicas de la *basilissa* eran necesarias ya que ella era la que mostraba el lado más caritativo, piadoso y humano al pueblo bizantino. Sin embargo, el mayor

dominio de la *basilissa* residía dentro del palacio imperial ya que a través de ella se ordenaba la vida cortesana y, sobre todo, el gineceo, que estaba bajo su mando.

La soberanía de la *basilissa*, es decir, el poder factible y soberano que llegaba a detentar, se desarrollaba en ciertos aspectos de la vida del imperio, sobre todo en la vida religiosa. No obstante, bajo diferentes modalidades, las *basilissas* lograron crear gobiernos femeninos: la mayoría de estos gobiernos se dieron en las modalidades de regencia (por incapacidad de salud o edad del emperador), bajo el título de coemperador, esto es, en compañía del emperador (sobre todo si éste era menor de edad) o como gobierno interino, si el emperador tenía que ausentarse de la ciudad; el caso de Irene, a finales del siglo VIII, y el de Zoé y su hermana Teodora en pleno siglo XI, son los únicos que encontramos de gobiernos netamente femeninos, que no fueron vistos como un vacío en el trono imperial.

Sin embargo, la *basilissa* no fue la única mujer que detentó poder político dentro del imperio; todas aquellas mujeres de la corte imperial podían moverse en círculos políticos y manipular los hechos según sus intereses si sabían aliarse y llevar a cabo las acciones correctas.

Las acciones políticas que llevaban a cabo las mujeres aristócratas eran realizadas, sobre todo, de manera velada. Con lo anterior hacemos referencia a que no era un poder tangible y que la acción no podía ser directa; en esta modalidad, las mujeres aprovecharon la influencia que ejercían sobre los hombres para conseguir alianzas o para poder defender, o proteger, a algún súbdito de las decisiones del emperador, pero, sobre todo, con esta influencia y

“diplomacia” lograban modificar significativamente la cabeza del imperio, ya que eran líderes de numerosas conjuras, incluso contra el emperador.

Sin embargo, las mujeres también fueron utilizadas, en mayor medida que los hombres, como arma diplomática, a través del matrimonio. Los lazos matrimoniales en el Imperio bizantino implicaban uniones a nivel familiar, por lo que fueron utilizados como medida para lograr lazos de fidelidad con otras familias o para contrarrestar los intereses de familias que atentaban contra la dinastía en el poder, ya que a través de la unión matrimonial las familias quedaban ligadas íntimamente y era mal visto alguna traición en este nivel.

Por último, se analizó un espacio netamente femenino, en donde las mujeres tenían entero control y gobierno: el gineceo. Gracias a esta característica, el gineceo se convirtió en el lugar donde sucedieron numerosas conjuras y donde se resguardó a personas caídas de la gracia del emperador. Sin embargo, la importancia del gineceo, en cuanto espacio político, no estriba en lo que ocultaba, más bien muestra la libertad de movimiento y de acción de las mujeres de la corte bizantina. Lo anterior hace referencia al hecho de que al gineceo nadie podía entrar si no tenía autorización de la *basilissa* y de que era un espacio autónomo política y económicamente del resto del palacio imperial, lo cual llevó a una gran independencia de las mujeres que vivían en este recinto.

Conclusiones

A lo largo de la investigación se encontraron las claves que fueron dando la respuesta al principal objetivo de este estudio, esto es, la manera en que se relacionaban las mujeres bizantinas con el poder político en el siglo XII. Sin embargo, al ir desentrañando las fuentes para sustraer la información, nos fuimos percatando de una serie de nuevas líneas de investigación que abrieron nuestra perspectiva sobre la relación mencionada.

Es por lo anterior que debemos hacer una recapitulación de las conclusiones a las que hemos llegado en los diferentes ámbitos que manejamos dentro del estudio emprendido.

Ciertamente, la investigación tuvo que sortear problemas serios para su realización; el principal de ellos se localizó en las obras secundarias con las que se cuenta en México. La falta de interés o el desconocimiento de la historia bizantina han hecho que pocas fuentes hayan sido traídas a nuestro país, e incluso traducidas al español. Lo anterior se debe a que el Imperio bizantino continúa como la imagen de una civilización lejana, exótica y extraña a nuestro mundo, por lo que no recae en nuestro campo de interés de estudio.

Por el problema de la falta de interés sobre este periodo histórico, no contamos con un gran abanico de obras de historiadores contemporáneos y, mucho menos, con las fuentes primarias, esto es, con los documentos y los textos de los intelectuales bizantinos. Debido a esto, se hizo un análisis centrado en conocer los límites de nuestras fuentes, tanto bizantinas como contemporáneas.

Tras el análisis de las obras de los historiadores contemporáneos llegamos a diversas conclusiones. La primera de ellas fue que las fuentes

disponibles en México resultan atrasadas y no existe mucho material de las nuevas investigaciones y temáticas que se manejan sobre el Imperio bizantino; lo anterior nos llevó a buscar diferentes medios para conseguir algunos de aquellos materiales. Ejemplo de lo anterior es el haber utilizado la obra de Herrin, *Women in purple*, que no había sido traducida hasta el 2002.²⁷⁴

Por otra parte, descubrimos que estas obras contemporáneas muestran, en su mayoría, un Bizancio en donde la historia política y económica gira en torno a grandes personajes, que casi en su totalidad son del género masculino y de las clases altas. Este aspecto fue de sumo interés para nuestra investigación, ya que si la mayoría de las obras no tratan sobre las mujeres, muchas de ellas buscan no mencionarlas por considerarlas personajes secundarios. Sin embargo, aquí reside el punto que nos llamó la atención; si bien estos historiadores plantean la poca importancia de las mujeres en cuestiones políticas dentro de las instituciones imperiales, sus relatos no expresan en su totalidad la insignificancia de la figura femenina. Invariablemente, cada uno de ellos, tuvo que mencionar a más de una emperatriz y las acciones políticas que emprendió.

Ciertamente, muchos de los historiadores que analizamos buscaron menguar esta contradicción valiéndose de diferentes herramientas: hubo algunos historiadores, principalmente Charles Diehl y Karl Dieterich, que describieron al sexo femenino con una imagen de ambición, traición y sin la inteligencia y destreza para gobernar un imperio; por otra parte, historiadores como Georg Ostrogorsky, Louis Bréhier y John Norwich buscaron minimizar el campo de acción de las mujeres argumentando que su poder era básicamente

²⁷⁴ Sin embargo, la traducción castellana, a cargo de Taurus, todavía no ha llegado a México.

de influencia sobre los hombres que lo detentaban, ya que proyectando su visión del mundo al pasado, consideraban que las mujeres son el complemento, prescindible de ellos; por último, hubo quienes, sobre todo Alexander Vasiliev y Charles Diehl, plantearon que los casos donde la relación entre el poder político y alguna mujer fue completamente directo, intervinieron acontecimientos extraordinarios e insólitos en el Imperio bizantino.

Tras el estudio de estos historiadores llegamos a la conclusión de que la relación mujer-política no está lo suficientemente estudiada por estos autores y que presenta una complejidad y diversidad muy interesantes que se puede dilucidar con una lectura más profunda de estas fuentes, ya que a través de los mínimos datos en que nos presentan a las mujeres al lado del emperador se pueden reconstruir las relaciones que existieron entre ellos.

Sin embargo, no toda la historiografía bizantina presenta esta tendencia de anulación de las mujeres en la historia, por no decir que ni siquiera aquéllos con esta tendencia lo logran. Existen nuevas corrientes e investigadores que buscan cambiar la perspectiva del análisis. La obra temática que escogimos, esto es, el libro de Judith Herrin, representa esta nueva forma de hacer historia de dicho periodo. Sin embargo, la obra de Herrin tiene ciertas limitantes: una de ellas, y la más importante, es el hecho de que su tema de estudio se centra en el periodo de la iconoclastia y su objetivo principal es presentar una nueva visión de la participación en dicho periodo de tres emperatrices (Irene, Eufrosine y Teodora); por lo que no explora los diferentes campos de acción política del género femenino.

Tras el análisis de este texto encontramos nuevas herramientas y pistas para desentrañar la enorme red de información útil dentro de las demás

fuentes. La mayor aportación de esta obra a la presente investigación fue la forma de análisis que plantea Herrin, esto es, una nueva perspectiva para investigar la relación entre los géneros y la relación de ambos con el poder.

En este punto, debemos hacer hincapié en el hecho de que en todas las sociedades se construyen roles e identidades para cada género y que éstos se jerarquizan dentro de la estructura social, por lo que es necesario estudiar ambos géneros y sus relaciones para entender a uno de ellos; evidentemente, dentro de la sociedad bizantina existían estas diferencias entre los géneros, pero lo que lleva a un análisis distinto es el hecho de que las mujeres tuvieron una relación más estrecha con la política porque existieron herramientas y justificaciones que les abrieron paso. Las herramientas que encontró Herrin dentro del periodo de su análisis nos dieron pie a encontrar en nuestra fuente primaria (Ana Comneno) los diversos recursos con los que contaba la mujer bizantina.

Por otra parte, surgió la duda sobre la capacidad de nuestra fuente primaria de brindarnos la información necesaria para llegar a un análisis lo suficientemente amplio y documentado sobre la relación entre las mujeres bizantinas y los campos políticos. Por lo anterior, se realizó un análisis, tanto a la fuente como a la autora, para entender la capacidad de la fuente y los límites de la misma por el devenir histórico de su autora.

A pesar de que el objetivo principal de la obra de Ana Comneno era escribir una historia sobre las hazañas y gobierno de su padre, Alejo I Comneno, el texto de esta princesa bizantina ha sido de suma importancia por la cantidad y calidad de la información que posee. Más allá de ser *La Alexiada* una obra importante para el periodo histórico que trata, también lo es para el

estudio de los aspectos de la vida femenina. Concluimos lo anterior no sólo por la información provista por el texto, también tras el análisis tanto de la vida de la autora como de las razones que la llevaron a escribir su obra.

El hecho de que Ana Comneno haya nacido dentro del palacio imperial y que haya sido considerada, en un principio, como la siguiente emperatriz, resulta fundamental para esta investigación, ya que nuestra autora principal estuvo en contacto con aquellos círculos políticos en los que buscamos la acción femenina. Además, al ser vista como posible emperatriz, se le dio una educación para que gobernara y se le permitió acceder a fuentes de información a las que ningún otro intelectual de la época tenía acceso.

Las razones que llevaron a Ana Comneno a escribir *La Alexiada* fueron tanto mostrar el gobierno de su padre para que no cayera en el olvido, como usar su obra como reivindicación a su posición perdida, mostrando los amplios conocimientos que poseía y al hacer explícito el amor que le tuvo a sus padres y los sufrimientos a los que estuvo expuesta por ellos.

Ana Comneno nos muestra las características necesarias e imprescindibles que debían tener los emperadores, así como la forma en que debían llevar el gobierno. Además, al retratarnos tan vivamente a sus padres encontramos una gran cantidad de datos sobre la relación que existía entre ambos géneros dentro de la figura de la pareja imperial.

Entendemos que la obra de Ana Comneno debe ser estudiada con precaución, ya que utiliza una retórica en la que los datos necesarios para esta investigación se pierden entre las subjetividades de la autora. Sin embargo, las mismas opiniones de la autora nos permiten establecer cómo percibía una princesa bizantina al poder político y cómo las mujeres de su familia se

movieron en este campo, a manera de justificación de cómo ella también se hubiera gobernado.

En suma, *La Alexiada* resulta una obra histórica que nos proporciona suficiente información sobre el papel que jugaban las mujeres dentro de las decisiones políticas, así como sobre las formas de relacionarse que había entre ambos géneros y su convivencia en los círculos de poder. Por otro lado, la información que no nos proporcionaba Ana Comneno pudo ser complementada con la que nos ofrecían las demás obras consultadas.

Tomando en cuenta la información que nos presentan nuestras fuentes, así como sus limitantes, emprendimos el análisis para entender el papel de las mujeres en el ámbito político y la relevancia de sus acciones.

A pesar de que las características idealizadas del género femenino encuadraban a la mujer en un mundo cerrado, donde no podían explotar su potencial y eran dominadas por el sexo masculino, y de que los roles en que se desempeñaban las mujeres las llevaba a la reclusión y a permitir que los hombres controlaran sus decisiones vitales, encontramos numerosas salidas que fueron utilizadas para romper el cerco patriarcal y, de esa manera, tener la posibilidad de actuar en los grandes acontecimientos del Imperio bizantino.

Cabe aclarar que muchos de esos recursos utilizados fueron contruidos desde los roles cerrados en los que se desempeñaban; con lo anterior nos referimos al hecho de que, incluso, desde la imposición de un matrimonio, las mujeres hallaron la manera de influir en sus maridos y manipular su situación marital en beneficio de ellas mismas y de sus aliados. Estos recursos de la influencia y las alianzas fueron los más utilizados para actuar “detrás del trono”, es decir, que a partir de lazos de fidelidad, una buena elocuencia y la

diplomacia, la mujer se permitió mayor libertad de acción dentro del ámbito político; ciertamente, de manera velada, pero ahí estaba la presencia femenina.

Por otra parte, a pesar de restringir su vida a un espacio cerrado como el gineceo, las mujeres encontraron la manera en que este espacio geográfico sobrepasara en importancia política y social al resto de la corte imperial. Con esto queremos decir que, gracias a que el gineceo era un lugar netamente femenino, las mujeres aristócratas tuvieron mayor libertad de movimiento y acción sobre los aspectos del gobierno, ya que desde las estancias destinadas a mujeres se fomentaron rebeliones, se planearon asesinatos y se hicieron alianzas que permitieron la legitimidad de los movimientos femeninos.

Más allá de esos recursos que utilizaron las mujeres para poder sobresalir, encontramos que para la sociedad bizantina la mujer no era un ser denigrado, sin importancia dentro de la estructura imperial; muy por el contrario, en el Imperio bizantino la mujer tenía un lugar muy importante, tanto dentro de la sociedad como en el ámbito imperial. Tan sólo la figura de la emperatriz fue imprescindible en la idiosincrasia bizantina y el resto de las mujeres de la corte siempre fueron necesarias, ya fuera como herramienta política o como ayuda para algunos movimientos políticos.

La emperatriz es la figura que, por excelencia, nos muestra la importancia del sexo femenino dentro del Imperio bizantino. Debido a su rol como madre y/o esposa del emperador, la emperatriz era vista por el pueblo bizantino como la madre de todos ellos, como el ser que los protegía y curaba de todo mal, como un símil humano de la Virgen María. Además, al ser la señora de la casa imperial, ella gobernaba y ordenaba todo aquello que tuviera

que ver con la corte, por lo que ganarse el favor de la emperatriz era de suma importancia si se buscaba sobrevivir entre tantas intrigas.

Sin embargo, el aspecto más importante de la figura de la emperatriz recaía en el hecho de que era ella la que permitía la continuidad de una dinastía, ya que era la única que podía dar a luz al siguiente emperador. Además, de continuar con las dinastías también permitía la legitimación del usurpador en el poder, ya que la sucesión dinástica se daba, en parte, a través de la mujer, no sólo por la decisión del emperador.

Es cierto que en la mayoría de los casos la emperatriz cedió su poder a un hombre, ya sea casándose por segunda vez o gobernando junto con su hijo. Sin embargo, esto no mermó el hecho de que recayera en ella la continuidad de un imperio en el territorio romano oriental y de que muchas veces detentara el gobierno imperial de manera directa y lo ejerciera de facto.

Dentro del Imperio bizantino no se consideró anormal o inconcebible el caso de que alguna mujer se encargara por completo del poder político, ya fuese como regente o como gobernadora directa del imperio. Aunque este caso no fue cotidiano, tampoco fue poco común, ya que se presentan varios casos en los que la *basilissa*, como el caso de Ana Dalasceno, fungía como gobernadora interina cuando el emperador salía en campaña militar o cuando era menor de edad o estaba enfermo; es en estos casos que se observa que para el mundo bizantino el gobierno de una mujer se consideraba igualmente válido al de un hombre; en Bizancio, el género no fue una condición fundamental para sentarse en el trono imperial.

La importancia de las mujeres en el ámbito político fue tal que, al igual que entre los hombres, nunca hubo una seria diferencia entre el mundo privado

y el público de una mujer aristócrata bizantina. Las esferas de influencia de las mujeres sobrepasaron los límites del hogar.

En conclusión podemos decir que, en el Imperio bizantino, las mujeres aristócratas tuvieron un papel activo en el ámbito de la política imperial; y aunque muchas jugaron un papel “tras bambalinas”, también, muchas de ellas detentaron diferentes formas de poder con el que influyeron de manera decisiva en el devenir histórico de Bizancio.

Bibliografía general

Anderson, Bonnie y Judith Zinsser, *Historia de las mujeres: una historia propia*, Barcelona, Editorial Crítica, 3ª ed., 2000, 606 pp.

Asimov, Isaac, *Constantinopla, el imperio olvidado*, trad. de Javier Alfaya y Barbara McShean, Madrid, Alianza Editorial, 1982, 299 pp.

Baynes, Norman, *El imperio bizantino*, México, FCE, 1974, 210 pp.

Bréhier, *El mundo bizantino. Vida y muerte de Bizancio*, México, UTEHA, Colección "La evolución de la humanidad", Sección segunda, "Orígenes del cristianismo y Edad Media", tomo XLVIII, 1956.

Bréhier, Louis, *El mundo bizantino. Las instituciones del Imperio bizantino*, México, UTEHA, Colección "La evolución de la humanidad", Sección segunda, "Orígenes del cristianismo y Edad Media", tomo XLIX, 1956.

Bréhier, Louis, *El mundo bizantino. La civilización bizantina*, México, UTEHA, (Colección "La evolución de la humanidad", Sección segunda, "Orígenes del cristianismo y Edad Media", tomo L, 1956.

Burns, J.H. (ed.), *The Cambridge history of medieval political thought (c.350-c.1450)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, 808 pp.

Caldecott Chubb, Thomas, *Los bizantinos*, México, Joaquín Mortiz, 4ª ed., 1978, 110 pp.

Clarmunt, Salvador, *El mundo bizantino. La encrucijada entre Oriente y Occidente*, Barcelona, Montesinos, Biblioteca de divulgación temática, núm. 42, 1987, 136 pp.

Comneno, Ana, *La Alexiada*, traducción y estudio preliminar de Emilio Díaz Rolando, Sevilla, Editorial de la Universidad de Sevilla, 1986, 700 pp.

- Diehl, Charles, *Grandeza y servidumbre de Bizancio*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1324, 1963, 264 pp.
- Dieterich, Karl, *Figuras bizantinas*, trad. Emilio Sadia, Madrid, Revista de Occidente, 1927, 204 pp.
- Duby, Georges y Michelle Perrot (directores), *Historia de las mujeres*, Vol. 2 La Edad Media, México, Taurus minor, 2ª ed., 2001.
- Faci Lacasta, Javier, *Introducción al mundo bizantino*, Madrid, Síntesis, 1996, 218 pp.
- Fe, Marina (coord.), *Otramente: lectura y escritura feministas*, México, FCE-PUEG-FFyL, 2001, 268 pp.
- Gibbon, Edward, *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, [1776-1788] Madrid, Ediciones Turner, tomo VII: El Imperio de Oriente y las cruzadas (años 733 a 1261), facsimilar de la 1ª edición en castellano, Barcelona, 1842, traducción José Mor Fuentes, 8 vols.
- Gibbon, Edward, *The decline and fall of the Roman Empire*, New York, The modern library, s/a, 2 volumes.
- Guerdan, René, *Grandezas y miserias de Bizancio*, trad. de Julio Lago Alonso, Barcelona, Luis de Caralt, 1964, 294 pp.
- Herrin, Judith, *Mujeres en púrpura. Irene, Eufrosine y Teodora: soberanas del medievo bizantino*, Madrid, Taurus, 2002, 412 pp.
- Herrin, Judith, *Women in purple. Rulers of medieval Byzantium*, Londres, Weindenfeld & Nicolson, 2001, 304 pp.
- Kazhdan, Alexander P., *The Oxford Dictionary of Byzantium*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, 3 vols.

Kuhlman, Erika, *A to Z of women in World history*, Nueva York, Facts on File, inc., 2002, 452 pp.

Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG-Miguel Ángel Porrúa, 1996, 382 pp.

Maier, Franz Georg (comp.), *Bizancio*, México, Siglo XXI Editores, Colección "Historia universal Siglo XXI", vol. 13, 15ª ed., 2004, 422 pp.

Navarro, Marysa y Catherine R. Stimpson (comp.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, Buenos Aires, FCE, 1999, 264 pp.

Norwich, John, *Breve historia de Bizancio*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2000, 374 pp.

Ostrogorsky, Georg, *Historia del Estado bizantino*, trad. Javier Facci, Madrid, Akal, 1984, 618 pp.

Patlagean, Evelyne, "Bizancio siglos X-XI" en *Historia de la vida privada. Del Imperio romano al año mil*, dirección de Philippe Ariès y Georges Duby, Madrid, Taurus, 1987, tomo I.

Pernoud, Régine, *La mujer en tiempos de las cruzadas*, trad. Teresa Garín Sanz de Bremond, Madrid, Editorial Complutense, 2000, 348 pp.

Power, Eileen, *Mujeres medievales*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1979, 128 pp.

Roth, Karl, *Historia del Imperio bizantino*, Barcelona, Editorial Labor, 3ª ed., Sección VI: Ciencias históricas, núm. 9, 1943, 184 pp.

Runciman, Steven, *La civilización bizantina*, trad. A. J. Dorta, Madrid, Ediciones Pegaso, 1942, 286 pp.

Saranyana, Josep-Ignasi, *La discusión medieval sobre la condición femenina (siglos VIII-XIII)*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, BIBLIOTHECA SALMANTICENSIS, Estudios 190, 1997, 156 pp.

Trillo San José, Carmen (editora), *Mujeres, familia y linaje en la Edad Media*, Granada, Universidad de Granada, 2004, 320 pp.

Ullmann, Walter, *Historia del pensamiento político en la Edad Media*, trad. de Rosa Vilaró Piñol, Barcelona, Ariel, 2ª ed., 1992, 242 pp.

Vasiliev, Alexander, *Historia del imperio bizantino*, trad. Juan G. de Luaces, Barcelona, Iberia-Joaquín Gil, 1946, 2 vol.

Internet

<http://www.doaks.org/WomeninByzantium.html>, Alice-Mary Talbot editor, 2004.

<http://www.fordham.edu/halsall/byzantium/index.html>, Paul Halsall, marzo 2004.

Shahan, Thomas, "Ana Comnena", *Catholic Encyclopedia*, 1913, vol. 1-381,

<http://www.newadvent.org/cathen/01531a.html>